# DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

AUDACES

30

## EL TERROR DEL POLO SUR

TERCERA FUNDACIO

# El terror del Polo Sur

**Kenneth Robeson**
**Doc Savage/43**

# CAPÍTULO I

### *MUERTE A BORDO DE LA CHALUPA*

DOC Savage fue una de las numerosísimas personas que oyeron hablar del misterio de la chalupa de plata, tan pronto como el suceso ocurrió y, al principio, es probable que el misterio le intrigó tanto como a ellos.

Un guardacostas de patrulla encontró la chalupa de plata en el estuario de Long Island. Era de noche y los tripulantes del guardacostas llamaron a los de la chalupa porque ésta no llevaba luces.

Llamaron sin obtener respuesta. La chalupa de plata era un fantasma silencioso con las velas caídas... Los tripulantes del guardacostas subieron a bordo.

Al día siguiente, la historia salió en todos los periódicos. En Londres publicaron ediciones extraordinarias y en París y Berlín le dedicaron la primera página.

En el lejano Japón, la pintaron en extraños caracteres sobre carteles anunciadores.

Desde luego, Doc Savage leía los diarios. Hacía tiempo que se diera cuenta de la necesidad de estar al corriente de los acontecimientos mundiales.

En varias ocasiones, esta precaución le había salvado la vida y esto era, desde luego, debido a la profesión en extremo particular de Doc Savage.

La chalupa de plata tenía aproximadamente cincuenta pies de largo. Sus líneas eran elegantes, tenía una hermosa cubierta de madera de teca, velas en excelente estado y estaba provista de toda clase de accesorios, casi todos nuevos.

En el interior de la embarcación, todo era caoba y metal

brillante. En suma, era una joya y los marineros que subían a bordo dejaban oír murmullos de admiración.

Los tripulantes del guardacostas eran marineros, pero cuando subieron a bordo de la chalupa de plata, palidecieron de horror y algunos doblándose sobre la borda, se marearon completamente.

Lo que descubrieron a bordo de la chalupa de plata, era algo increíble, algo tan horrible que les prohibieron subir a bordo a los fotógrafos de la prensa, cuando hubieron remolcado la embarcación hasta el puerto de New London.

AL público americano, lo sepa o no, se le ahorra a menudo espectáculos que son susceptibles de marearle el estómago o privarle de sueño.

Lo que los tripulantes del guardacostas encontraron a bordo de la chalupa plateada, era capaz de darles insomnio a muchas personas y eso mismo les ocurrió a los infelices.

En la recámara del timón encontraron un muerto, banquero conocido, filántropo, hombre famoso por su bondad y su cordialidad.

La mano del simpático muerto tenía agarrado el cabello de una mujer a la que había cortado el cuello de una oreja a la otra y que según se supo más tarde en el transcurso de la investigación, hizo víctima de un chantaje durante años al filántropo, como consecuencia de un episodio de su juventud.

Los hombres del guardacostas prosiguieron su registro y descubrieron nuevos horrores.

Había habido quince personas a bordo del balandro de plata, según se supo después. Encontraron a catorce de ellas, todas muertas, aunque no hubo más que un crimen.

Un examen detenido no reveló herida alguna en los cadáveres, excepto el corte en la garganta de la mujer asesinada por el hombre a quien había atormentado.

AL principio, los guardias creyeron que su muerte era debida a los efectos de un gas asfixiante, pero no encontraron nada que confirmase sus sospechas.

Las quince personas que se hallaban en la chalupa de plata cuando se hizo a la vela, fueron identificadas y todas resultaron ser personas famosas, de excelente reputación y en su mayoría, acaudaladas.

La tripulación se componía de hombres decentes. Además, mientras una persona había muerto de una manera fácil de diagnosticar, existían dudas respecto a lo que mató a las demás.

Como es de suponer, varios médicos fueron llamados a bordo para un examen de las víctimas. También acudieron detectives que se enteraron de algunas cosas.

Todas las víctimas estaban fuertemente quemadas del sol, pero aunque se estaba en otoño, el día anterior había sido tórrido y las quemaduras del sol escaparon a la atención.

El reloj de la embarcación había sido tirado al suelo por alguien a las tres, pues estaba parado en dicha hora. Era de suponer que se trataría de las tres de la tarde anterior.

La mezcla de alquitrán había sido arrancada de algunas de las costuras de los tablones de la cubierta y un periodista escribió una historia fantástica que hablaba de una mano gigantesca que se hubiera apoderado de la embarcación.

El otro punto era el más interesante.

Faltaba alguien a bordo. Esto se comprobó inmediatamente cuando se supo que quince personas habían embarcado a bordo de la balandra de plata para pasar el día en el estuario.

Se consultó la lista de los nombres de esas personas y se vió que el nombre de la que había desaparecido era Velma Crale.

El nombre de Velma Crale fue impreso en todos los periódicos en letras de gran tamaño. Velma Crale era ya famosa, era la mujer del día.

Había volado sobre el Atlántico y el Pacífico, descubriendo indios blancos legendarios en las desiertas regiones del río Amazonas.

Había recibido las llaves de la ciudad de Nueva York y comió una vez con el presidente.

La última hazaña de Velma Crale fue una exploración desde el aire de las regiones del Polo Sur. Esta vez no se hizo la publicidad usual al regreso de la aviadora, unos quince días antes.

Velma Crale se limitó a anunciar que no había descubierto nada de valor.

Aquello era extraño. Velma Crale estaba, se sabia, sedienta de publicidad y aún cuando no había hecho gran cosa, nada le gustaba tanto como hacer hablar de ella.

Argüía que podía acometer cualquier empresa mejor que un hombre y no se recataba para pregonarlo al mundo entero.

El hecho de que Velma Crale regresara de las regiones del Polo Sur, diciendo que no había realizado nada de importancia, desconcertó sumamente a los chicos de la prensa que la conocían y le habían dado el apodo de "Thunderbird" Crale en cierta ocasión, aunque en la actualidad se preguntaran por qué.

Velma Crale pareció, incluso, dejarse retratar contra su voluntad.

¡Y ahora había desaparecido… se habla ido dejando a catorce locos y locas muertos, detrás de ella!

El mundo empezó a buscar a Velma Crale sin que se la acusara de nada. En realidad, se creyó que algunos de los locos debieron tirarla por la borda de la chalupa de plata durante el holocausto.

Esta teoría adquirió peso a medida que el tiempo transcurría y no se descubrió rastro alguno de Velma Crale.

Entonces fue cuando Doc Savage oyó hablar de ella. Doc Savage era conocido en muchos rincones apartados del mundo y su nombre era de los que hacen temblar a cierta clase de gente dudosa cuando lo oyen pronunciar.

Casi todos los que habían oído hablar de Doc Savage sabían que practicaba una de las profesiones más extraordinarias que existían. Doc Savage era un moderno Galahad que iba de un lado a otro ayudando a los oprimidos, enderezando entuertos y descargando el peso de su justicia especial sobre la cabeza de los criminales.

Esta profesión no era especialmente lucrativa. Doc Savage no les cobraba nunca nada a sus protegidos, pero había reunido una fortuna tan cuantiosa que nadie sospechaba su importancia.

Muy pocos eran los que sabían que Doc Savage podía, si lo quería, comprar algunas naciones del mundo.

Se le conocía ante todo por su fabulosa habilidad mental, su extraordinario dominio de la electricidad, de la química, de la cirugía y otras profesiones.

El desarrollo físico de Doc era también merecedor de atención.

Doc Savage tenía instalado su cuartel generad en el piso ochenta y seis de uno de los más altos rascacielos de Nueva York. Allí tenía su biblioteca, su laboratorio y su salón de recepción.

Tanto el laboratorio como la biblioteca eran tan completos que

se daba frecuentemente el caso de que hombres de ciencia del extranjero vinieran a visitarlos. Contenían un sinnúmero de instrumentos y aparatos científicos.

El autómata telefonista era uno de tales instrumentos. Se le enchufaba al teléfono cuando Doc Savage estaba ausente.

Cuando alguien llamaba, una voz mecánica contestaba que el hombre de bronce no estaba y que se apuntaría cualquier recado que se quisiese dar, para entregárselo a su regreso.

El aparato no era otra cosa que una adaptación del dictáfono, del fonógrafo y de un amplificador, reunidos en un solo instrumento.

Aquel día, Doc Savage pasó la tarde dando una conferencia a un grupo de eminentes paleontólogos, dejándoles asombrados ante sus conocimientos sobre el asunto.

Al regresar a su cuartel general, Doc encontró la siguiente conversación anotada por el telefonista automático.

—Yo soy Velma Crale —dijo una voz agradable:— Algo terrible está ocurriendo y se necesita su ayuda. Dentro de unos momentos recibirá usted un paquete. Sírvase examinar su contenido y haga lo que le parezca oportuno.

Al final del breve aviso, el autómata había registrado las palabras siguientes, pronunciadas por un reloj mecánico que marcaba la hora de este modo: "Este mensaje ha sido recibido a las tres y diez de esta tarde".

Eran las seis menos cuarto cuando Doc Savage se enteró del mensaje y llamó inmediatamente al cuarto de recepción de paquetes del rascacielos.

En efecto, tenían allí un paquete dirigido a Doc y se lo mandaron arriba.

El paquete no tenía un pie cuadrado y estaba envuelto en papel de embalaje, atado con alambre. Era muy pesado. Doc Savage era prudente. De no haberlo sido, habría muerto mucho antes. Puso el paquete debajo de un aparato de rayos X, para ver si contenía una bomba. Enchufó la máquina y se oyó una explosión terrible, como si la parte superior del rascacielos saltara hecha pedazos.

# CAPÍTULO II

## *LA AMENAZA DEL REGIS*

YA en otras ocasiones, el cuartel general de Doc Savage había sido el lugar de actos de violencia, de manera que los periódicos no dejaban nunca de tener el ojo encima.

La mitad de los habitantes de la isla de Manhattan oyeron la explosión y muchos de ellos vieron el humo que salió disparado del techo del rascacielos y los ladrillos y el cristal que cayeron a la calle.

Afortunadamente, nadie quedó mal herido por los escombros.

Tanto reporteros como fotógrafos acudieron corriendo. La policía fue, sin embargo, la primera en llegar y alejó a todo el mundo.

Los periodistas armaron jaleo, pero no se les dejó pasar. La policía rehusó divulgar cualquier información. AL poco rato, seis hombres vestidos de blanco sacaron unas parihuelas del vestíbulo del rascacielos.

Los periodistas alargaron el cuello y unos gritos de excitación surgieron.

Un gigante de bronce yacía sobre las parihuelas, completamente inmóvil.

Sus facciones eran singularmente regulares y el color de su piel especialísimo. Sus ojos dorados estaban abiertos y miraban fijamente.

Tenía una mano cubierta por la sábana blanca que le habían echado encima.

Aquella mano era asombrosa. Tenía los dedos largos y proporcionados y sus tendones resaltaban de un modo increíble. Era una mano de formidable fuerza muscular.

Todos identificaron el hombre de la camilla y todos vieron algo más.

¡LA CABEZA DE BRONCE ESTABA SEPARADA DEL TRONCO!

Durante un momento, nadie dijo una sola palabra entre los periodistas.

Estaban anonadados. Conocían algunos de los peligros que el hombre de bronce arrostró en el pasado y a los que siempre escapó de milagro.

Parecía imposible que estuviera muerto, pero tenían la prueba ante los ojos, aunque la policía hacia un esfuerzo visible por evitar que observaran.

No hubo empujones para tomar fotografías. No hubo gritos. Reinó un silencio sepulcral. Todas las cabezas estaban inclinadas. La camilla que llevaba el cuerpo de Doc Savage fue colocada en una ambulancia pintada de negro, detalle significativo.

Más tarde, se hicieron preguntas. Si, la explosión había destruido el laboratorio de Doc Savage y el cuerpo tendido en la camilla había sido recogido en medio de los escombros.

No, los fotógrafos no pudieron sacar fotografías. ¿Qué harían con el cuerpo?

Todavía no se sabía...

¿A qué se debía aquella explosión? ¿Estaría Doc Savage haciendo experimentos y sufrió acaso un accidente?

La policía contestó que todavía no tenía nada que decir.

En aquel momento, un hombre que no era un periodista se presentó e intentó romper el cordón de la policía. Dijo que quería ver a Doc Savage y se le participó que éste había muerto.

—¡Velma Crale! —exclamó el hombre.

AL oír esta exclamación, un policía que estaba cerca de allí, preguntó rápidamente.

—¿Qué ha dicho usted?

EL desconocido tenía manos huesudas y una cara que le recordaba a uno un poney de Shetland. Su cabello era rubio y tieso como las púas de un cepillo.

Vestía un traje de excelente paño que no le caía muy bien.

—¡Eh! —contestó evasivamente al policía—. ¿Qué quiere usted decir?

—¿No ha hablado usted de Velma Crale? —preguntó el

representante de la ley—. Velma Crale es la única persona que falta a bordo de aquella chalupa de plata cargada de cadáveres de locos y locas.

El hombre rubio y huesudo meneó la cabeza con violencia.

—He dicho... ¡Es increible!... ¡Es increíble!

No era imposible que, en efecto, hubiera pronunciado estas palabras, y el policía se dio casi por satisfecho.

—¿Quién es usted? —preguntó todavía.

—Derek Flammen —contestó el hombre.

El policía arrugó el ceño, se rascó la cabeza y exclamó de pronto: —¡El explorador del Polo Sur!

—El mismo —asintió Derek Flammen—. Deseaba que Doc Savage subvencionara una expedición al Polo Sur y he venido a verle con este fin.

El policía inclinó la cabeza.

—Lo siento —dijo.

Derek Flammen gruñó: —¡De manera que Doc Savage ha muerto!

—Acaban de llevarse el cadáver en una ambulancia.

—¡Esto es horrible! —gimió Derek Flammen.

Y a continuación, se alejó.

El policía que había hablado con Derek Flammen, se alejó también. Entró en el rascacielos y se encaminó a un teléfono.

—Tengo que decir algo que puede ser interesante.

—Diga —contestó una voz inexpresiva.

El policía repitió exactamente las palabras cambiadas entre él y Derek Flammen.

—Ese sujeto puede haber dicho: ¡Es increíble, en vez de "Velma Crale"! —concluyó diciendo.

—Gracias —dijo la voz inexpresiva.

Antes de alejarse del rascacielos, Derek Flammen fue detenido por un periodista. La luz de la publicidad caía a menudo sobre el nombre de Derek Flammen, pues era una figura conocida en el mundo de los exploradores.

Teniendo en cuenta que Doc Savage fue un explorador famoso, se pidió a Derek Flammen que hablara con motivo de la muerte del hombre de bronce.

Flammen reflexionó un momento y declaró:

—El mundo sabe poco respecto a la importancia de la obra realizada por el hombre de bronce —dijo,— pero la recordará mucho tiempo. Preveo que la rueda del tiempo que empaña la memoria de la mayoría de las celebridades, no hará sino dar mayor brillo al nombre de Doc Savage. Su figura será recordada por las generaciones venideras. La humanidad ha sufrido hoy una de sus mayores pérdidas..

—¡Declaración estupenda! —exclamó el reportero.

Derek Flammen se abrió camino entre la muchedumbre, en busca de un taxi.

La noche había caído ya y no fue sino a alguna distancia de la multitud que encontró finalmente un taxi.

Buscaba con tanto ahínco un vehículo que no se fijó si le seguían o no, cosa que habría sido sumamente fácil.

Derek Flammen no parecía tener mucha prisa en llegar al hotel cuyas señas dio al chófer. Se recostó en el asiento del taxi y su rostro adquirió una expresión pensativa.

Emitió un leve sonido, que tanto podía ser una breve risa como un gruñido, pero su cara no expresó ni odio ni alegría.

—¡Maldita sea Velma Crale! —dijo claramente—. ¡Me pregunto por qué demonio habrá nacido!

Derek Flammen se apeó del taxi frente al hotel, pagó al chófer, sonrió al conserje, sonrió al mozo encargado del ascensor y abrió la puerta de sus habitaciones con una llave que llevaba en el bolsillo.

Las habitaciones estaban a oscuras. Entró y encendió la luz, enfrascado en sus pensamientos.

—¡No se mueva! —dijo una voz seca y profunda.

Derek Flammen no obedeció. Tenía todavía la mano en el conmutador de la luz y le dio otra vuelta, hundiendo nuevamente el aposento en las tinieblas.

Simultáneamente, saltó a un lado y se acurrucó.

Se oyó un silbido y Flammen recibió un fuerte golpe en el hombro derecho.

Gruñó, descargó un golpe a ciegas sin dar en el blanco y cambió de posición.

Casi instantáneamente, recibió un nuevo golpe. Lanzó un terno y por tercera vez cambió de posición. La oscuridad era completa en el cuarto.

Sin embargo, su agresor le encontró nuevamente, sin vacilar. Esta vez, un porrazo sobre la oreja le dejó aturdido.

Flammen gruñó más fuerte. Acababa de descubrir por qué su enemigo le veía...

¡Sus manos!..., Brillaban y una de ellas estaba untada de una substancia fosforescente. Miró la puerta y comprendió de dónde provenía... del pomo interior de la misma...

—¡Hará bien en entregarse! —le aconsejó una voz en la oscuridad—. ¡En caso contrario, empezaré a disparar!

—¿Qué significa esto? —gritó Derek Flammen.

Las luces se encendieron.

Parpadeando, Derek Flammen se quedó mirando a la persona que le enfrentaba.

—¡Velma Crale! —exclamó.

A Velma Crale la habían llamado a menudo la Amazona del siglo Veinte, a causa de las hazañas que realizó; pero, a decir verdad, su aspecto desmentía semejante calificativo.

Era una muchacha pequeñita que parecía tan inofensiva como una rata y que en aquel momento tenía el mismo color. A pesar de los golpes asestados a Derek Flammen, no tenía brazos musculosos y sus facciones, aunque regulares, no eran notables.

Tal como estaba, entonces, Velma Crale no parecía ser la mujer fatal por quien dos caballeros ingleses lucharon en duelo y un nabab indio renunció a una provincia y a veintidós esposas.

Esto era debido al hecho de que Velma Crale se había teñido el pelo de un color indefinido y no llevaba afeites, además de haberse vestido muy sencillamente.

Pero cuando Velma Crale llevaba su pintura de guerra, valía la pena mirarla.

Además, tenía personalidad, hechizo y una dosis más que ordinaria de inteligencia. Velma Crale era conocida por su falta de interés por los hombres. Hasta la fecha, su corazón había sido una roca sobre la cual se habían estrellado un sinnúmero de admiradores infelices.

La muchacha blandió la pistola que sostenía y con la cual había asestado sendos culatazos a Derek Flammen.

—¡No es el primer hombre sobre quien disparo! —le dijo a manera de aviso.

Era cierto y, sola, luchó en cierta ocasión contra un grupo de caníbales, al verse obligada a aterrizar en un lugar salvaje de Nueva Guinea.

Derek Flammen se humedeció los labios, sin apartar los ojos del cañón de la pistola. La muchacha tampoco se movía y así estuvieron unos momentos.

Algo ocurrió en este momento, en lo que ninguno de los dos reparó.

La ventana se levantó, cosa de media pulgada, cosa singular, teniendo en cuenta que daba a la calle y se hallaba en el piso vigésimo, mientras faltaban otros diez para llegar al techo.

Derek Flammen suspiró ruidosamente.

—¡Tendrá usted que dar cuenta de esto! —rezongó.

Velma Crale resopló como delante de un perro viejo y desdentado que tuviera la pretensión de morder.

—Tiene usted el mismo orgullo que todos los hombres —dijo despreciativamente—. No le tengo miedo.

—¡Claro que no, con esa pistola!

Velma Crale sonrió torvamente e hizo algo digno de su reputación. Tiró la pistola cargada sobre la cama y se acercó a Derek Flammen con los puños en alto.

Flammen, que parecía encantado, se tiró sobre ella, pero no tardó en cambiar de expresión. La muchacha le dio un puñetazo en el ojo derecho, le arrancó un puñado de cabellos y le dio un puntapié en el diafragma, antes de que supiera lo que le pasaba.

Diez segundos después, Flammen estaba tendido de bruces y la extraña muchacha se sentaba en su espalda, sujetándole con una llave de jiu —jitsu que resultaba una verdadera tortura.

—No me asusta nada que lleve pantalones —dijo Velma Crale.

Registró a Derek Flammen y le despojó de un cortaplumas y de una pipa de tubo largo y recto. Hecho esto, le ató de pies y manos con las sábanas de la cama.

Dando unos pasos atrás, examinó la pipa. El tubo incrustado pareció interesarle. Lo acercó a la pared e intentó apretar algunos trozos de incrustación.

Se oyó un leve zumbido. Algo se aplastó en la pared y la muchacha se inclinó para recogerlo... Era un pequeño dardo.

—¡Envenenado, sin duda! —dijo secamente, mirando

amenazadoramente a Derek Flammen.

Este no contestó, pero no parecía estar a sus anchas.

Velma Crale se le acercó y le miró, echando fuego por los ojos.

—¿Dónde está Thurston H. Wardhouse? —preguntó.

—¡No he oído hablar nunca de él! —contestó secamente Derek Flammen.

—¡Claro que no! —rió duramente Velma Crale—. Pero Thurston. H. Wardhouse sale esta noche de Southampton en el transatlántico Regis y cuando le ponga las manos encima algo ocurrirá.

Derek Flammen guardó silencio, pero palideció levemente.

—He tomado mis informes —declaró Velma Crale—. Conozco toda la historia y sé cuántos millones están en juego.

Derek Flammen tragó saliva con algún esfuerzo, pero siguió callado.

—Cuando su cuadrilla quiso entendérselas conmigo, escogió mal su víctima —declaró secamente la muchacha—. Yo voy a dejaros desplumados y a cubrirme un riñón. Thurston me ayudará a ello. Eso no lo sabía, ¿verdad?

Derek Flammen parecía a punto de ahogarse.

La ventana no se había abierto más que la pulgada que subió momentos antes.

Se oyó una llamada en la puerta. Velma Crale recogió su pistola y se acercó a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Un telegrama —dijo una voz masculina desde fuera. Sonaba como la voz de un muchacho.

Velma Crale era demasiado astuta para dejarse engañar por lo que podía ser un ardid.

—Póngale debajo de la puerta —dijo.

Un sobre amarillo no tardó en ser empujado por debajo de ésta. Con muestras evidentes de alivio, la muchacha lo recogió, vió el nombre de Derek Flammen escrito encima y lo abrió, sacando una hoja de papel amarilla y doblada.

La muchacha lanzó una exclamación y cayó al suelo.

# CAPÍTULO III

### *EL CABLE MISTERIOSO*

SE oyó el ruido de una llave en la cerradura y la puerta se abrió.

Media docena de hombres entraron en silencio y el último cerró rápidamente la puerta.

Todos iban vestidos sencillamente y tenían el aspecto de hombres que viven al aire libre. Sus rostros no eran precisamente angelicales y todos estaban muy tostados por el sol o, por lo menos, así parecía.

—¡Atadla y amordazadla! —dijo el que parecía el jefe—. El gas del sobre no la pondrá fuera de combate más de un minuto o dos.

El jefe del grupo era más alto y grueso que sus compañeros y tenía peor facha. Llevaba lentes extraordinariamente gruesos y levemente amarillentos.

Un hombre se inclinó sobre la muchacha. No tardó en lanzar una exclamación sorda y estuvo a punto de caer, pero logró tambalearse a un lado.

—¡Maldición, Cheaters! —dijo con voz entrecortada—. ¡Todavía hay algo de este producto en el aire!

—¡Arrastradla a un lado para atarla! —mandó el jefe que respondía al nombre de Cheaters.

Sus extraños lentes le habían valido aquel apodo de Cheaters, que es una palabra de caló aplicada a veces a los lentes.

Se cumplió su orden respecto a la muchacha, que ya empezaba a murmurar detrás de la mordaza y cuyos ojos brillaban de ira.

Derek Flammen dio media vuelta sobre sí, forcejeando por desatarse.

—¡Soltadme! —chilló.

Pero Cheaters le miró burlonamente.

—¡Poco a poco, rubiales! —gruñó—. Todavía no has salido del bosque.

Derek Flammen se inmovilizó y una expresión extraña cubrió sus facciones.

—No entiendo lo que está pasando —dijo.

—Magnífico —contestó Cheaters con tono preñado de amenazas —. Es preferible que así sea. ¡Si lo entendieses, podía costarte la vida!

Cheaters se acercó a Velma Crale.

—No creo que irás a charlar con la policía —dijo—. Te buscan por haber enviado esa bomba a Doc Savage. El dependiente del cuarto de recepción de los paquetes del rascacielos recuerda que el nombre del remitente era el tuyo. Todas las ediciones extras de los periódicos lo publican.

Le sacó la mordaza a Velma Crale y la muchacha miró a Derek Flammen.

—¡Creí que era usted el jefe de la otra banda… de ésta! —dijo con asombro.

—¡No sé nada de todo eso! —contestó secamente Flammen.

Cheaters tocó suavemente a la muchacha con la punta del zapato.

—¿Me conoces? —preguntó.

—¡Eres Cheaters Slagg! —dijo secamente ésta—. ¡Un tuno… al que colgarán algún día…!

—Después que a ti, querida —rió Cheaters. Pero hizo una mueca y siguió diciendo:— Pensándolo mejor, no creo que les daremos la oportunidad de colgarte. No. Aunque es probable que te lincharían por haber matado a Doc Savage, a pesar, de que eres una mujer.

Velma Crale resopló.

—Estás chiflado —dijo.

Pero no parecía muy entusiasmada.

Cheaters Slagg se meció sobre sus talones. Levantó sus gruesos lentes de color y se restregó los ojos como si le doliesen, en un gesto que le era habitual.

—¿De manera que Thurston H. Wardhouse trabaja ahora contigo? —preguntó.

—No —se apresuró a contestar Velma Crale.

—¡Hemos escuchado al otro lado de la puerta, así es que no nos

vengas con mentiras! —replicó Cheaters Slagg—. Hace días que te hemos estado siguiendo, hermosa, y tenemos copias de los cables que has mandado a Wardhouse. Sabemos que se embarca en el transatlántico Regis esta noche.

Slagg se inclinó hacia adelante repentinamente. Su rostro feote tenía una expresión amenazadora.

—Hemos tomado nuestras precauciones —dijo entre dientes—. ¡Wardhouse no volverá a ver a Nueva York!

La muchacha se mordió los labios sin contestar.

—¡Traedlos a ambos! —ordenó Slagg.

Levantaron en vilo a Velma Crale y a Derek Flammen y los sacaron del cuarto. Resultó que la banda tenía un montacargas que les esperaba, al mando del cual se hallaba un mozo del hotel, muy asustado y desde luego cómplice suyo. Les llevó abajo y aceptó un billete de veinte dólares que le alargaron.

—¡No diré nada de esto! —exclamó nerviosamente.

Aprovechando un momento oportuno, unos instantes después, Cheaters Slagg le hundió tranquilamente un largo cuchillo en el corazón, por la espalda.

—¡Es cierto que no dirás nada, de esto en este mundo! —gruñó Slagg, tapando la boca del moribundo para que no pudiera emitir un sonido.

La banda salió del hotel, sin ser vista, por una puerta lateral y subió a un par de automóviles que les estaba esperando.

—Un buen número de individuos va a estirar la pata sí esto continúa —dijo tranquilamente Cheaters Slagg—. ¡Pero mí idea es que el asunto se lo merece!

Los hombres iban confiados y, de todos modos, no era conveniente que llamasen la atención mirando ostensiblemente en torno suyo al alejarse, de forma que no se fijaron en una sombra que se hallaba en la entrada de la calleja.

El individuo en cuestión se movía furtivamente, de tal modo oculto en las tinieblas que era imposible determinar si era hombre o mujer.

El o la desconocida permaneció inmóvil un momento después de haberse alejado los automóviles, La prudencia dictaba su conducta, puesto que era posible que la cuadrilla de Cheaters tuviera hombres apostados en los alrededores.

Aparentemente, sin embargo, no los tenía y al cabo de unos momentos la sombra se movió, se confundió con otras y desapareció de aquel lugar.

Unos minutos después y a alguna distancia en la calle oscura, se oyó un ruido de cristal al romperse contra la rejilla de una cloaca.

Se trataba de una botella plana y un zapato empujó los fragmentos de la misma hasta que desaparecieron.

Unas horas después, un policía que patrullaba la talle se detuvo cerca de la boca de la cloaca y, haciendo molinetes con su porra, miró distraídamente a sus pies.

Vió un brillo extraño y lo estudió un momento antes de dejarse caer de rodillas para mirar por la rejilla. No acabó de decidir qué era lo que había visto.

Sin embargo, mucho antes de que la curiosidad consumiera al digno representarte de la ley, el dependiente de una compañía de cablegramas encontró sobre su mesa un mensaje junto con el importe de su transmisión.

El dependiente no vio quién lo dejó allí y el mensaje no iba firmado.

El cablegrama llevaba la mención "Urgente" y no se perdió tiempo en transmitirlo por el hilo.

El mensaje fue enviado por teletipo a una estación de radio transatlántica de Long Island y de allí, por el aire, a Inglaterra, llegando en muy poco tiempo al hotel donde se hospedaba el destinatario.

Este era un caballero que llevaba el apellido auténticamente anglo —sajón de William Harper Littlejohn.

# CAPÍTULO IV

## *EL MISTERIO EN EL MAR*

WILLIAM Harper Littlejohn, conocido por el apodo de Johnny, era un caballero largo y huesudo, verdadero esqueleto andante.

Tenía el cráneo extraordinariamente ancho en la parte superior y sus ropas colgaban de su persona como de una percha. Llevaba monóculo, colgado de la solapa por una cinta de seda.

No llevaba el monóculo por ser afectado en el vestir, sino que lo necesitaba a menudo para estudiar rocas y antiguos jeroglíficos.

William Harper Littlejohn era uno de los más sabios arqueólogos y geólogos del mundo. A la sazón, se hallaba en Londres traduciendo las inscripciones de unas lápidas para el Museo Nacional Británico.

Abrió el cablegrama y lo leyó. A continuación, derribó una silla en su prisa por cruzar el salón de sus habitaciones.

—¡Renny! —aulló—. ¡Lee este, caballero de la Triste Figura!

Alargó el cable al ocupante de uno de los dos dormitorios, individuo de rostro delgado y melancólico, que se hallaba en la cama.

—¡Rayos y truenos! —exclamó con la voz de un oso que gruñe en el fondo de una cueva.

Renny volvió a leer el telegrama.

—¡Rayos y truenos! —repitió con mayor fuerza. Se levantó de la cama y con la expresión de un hombre que va a un entierro, se acercó a la puerta y rompió tranquilamente el grueso tablero de madera de la misma de un solo puñetazo.

Esta hazaña no tenía nada de particular, si se tiene en cuenta que cada uno de sus puños parecía un jamón.

Renny pesaba unos ciento veinticinco kilogramos, sin tener una

onza de grasa sobre su persona; pero sus puños eran tan enormes que parecían deformes.

—Sabia que algo agradable me pasaría cuando acudí a la iglesia el domingo —dijo.

Seguía con la expresión de quien va a un entierro, pero su aspecto era sumamente engañoso, pues en realidad estaba satisfechísimo de lo que el mundo le ofrecía en aquel momento.

Ambos hombres volvieron a leer el cable.

*EMBARCAD TRANSATLANTICO REGIS ESTA NOCHE STOP ENTERAOS LO QUE PODAIS RESPECTO HOMBRE LLAMADO THURSTON H. WARDHOUSE.*

—No está firmado —musitó Renny, cuyo nombre era coronel John Renwick, Miembro de la Sociedad Internacional de Maestros Ingenieros. Su deporte favorito consistía en atravesar fuertes tableros de madera con sus enormes puños.

—La firma huelga por completo —dijo William Harper Littlejohn.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. Es cierto, Johnny, es la pura verdad. Vamos a ver lo que hay en ese transatlántico, el Regis.

El huesudo Johnny se acercó al teléfono y tras un intercambio de algunas frases colgó el receptor con aire disgustado.

—El transatlántico Regis ha salido hace media hora —dijo.

Dicho barco era uno de los más modernos y rápidos, aunque de pequeñas dimensiones. Sin embargo, las exigencias de la vida moderna hacían necesaria una rápida transmisión del correo, de manera que era usual que un hidroavión saliera unas cuantas horas después que el Regis y dejara caer el correo de última hora a bordo.

En dicha ocasión, el avión correo amaró en el tranquilo mar a corta distancia de la proa del Regis y dos pasajeros subieron a bordo, después de ser recogidos en una lancha salvavidas.

El capitán del Regis, hombre canoso, vió con desagrado el leve retraso que esta operación ocasionó y se enfrentó con los dos forasteros.

—¡Esto es irregular! —dijo secamente—. ¿Por qué diablo no han embarcado ustedes en otro buque, caballeros?

Tanto el huesudo Johnny como el fornido Renny deseaban congraciarse con el capitán y adoptaron una actitud seria.

—Era muy importante para nosotros subir a bordo —dijo Renny

con su vozarrón.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió el primer oficial del Regis.

Se lo dijeron y la actitud del capitán cambió instantáneamente.

—Lo siento —murmuró—. Doc Savage tenía un grupo de cinco hombres que le ayudaban en sus trabajos. ¿Son ustedes dos de ellos?

—Eso mismo —asintió Renny.

—Y, desde luego —añadió el capitán—, desean ustedes llegar a Nueva York para el entierro.

—¿Eh? —exclamó Renny—. ¿Para qué?

—¡Para el entierro de Doc Savage! —Renny y Johnny estaban aturdidos. Era la primera noticia que tenían de lo ocurrido en Nueva York. Intentaron hablar, pero las palabras no salían de sus gargantas.

El capitán del Regis no se dio cuenta de lo que había hecho y prosiguió:

—Tal vez les guste leer la edición extraordinaria de nuestro periódico de a bordo que salió con ocasión de la muerte de Doc Savage.

—Sí… sí —dijo Renny con dificultad—. Nos gustaría verla.

La leyeron en el camarote que pusieron a su disposición. La historia había venido por radio y estaba completa aunque abreviada por disponer de escaso espacio.

No hablaron mucho mientras la leyeron y estuvieron silenciosos mucho tiempo después.

Habían pedido camarotes separados. Era una petición extraña, pero querían estar solos con su dolor. Parecían un par de fantasmas cuando desayunaron juntos al día siguiente y apenas encontraron algo que decirse.

—¡Rayos y truenos! —murmuró finalmente Renny—. ¡No puede ser verdad!

Johnny soltó el cuchillo y el tenedor, se levantó y fue a mirar por una portañola. —Los últimos informes por radio dicen que un fotógrafo logró sacar una fotografía de… de Doc… ¡Malditos sean los fotógrafos!

Dejaron el desayuno sin concluir.

—Ese Thurston H. Wardhouse debe tener alguna relación con la banda que acabó con Doc —murmuró finalmente Renny.

—Sí —asintió Johnny—. Le encontraremos.

Pero no le encontraron, o, por lo menos, no inmediatamente y cuando lo hicieron fue en circunstancias increíbles.

No había tal Thurston H. Wardhouse en la lista de pasajeros. Nadie conocía semejante individuo. Si se hallaba a bordo, sin duda sería bajo otro nombre.

Renny intentó una estratagema, alquilando un botones para que recorriera repetidamente el buque, gritando que traía un radiograma para Thurston H. Wardhouse, pero no dio resultado.

Johnny y Renny se veían molestados por la simpatía que les demostraban los pasajeros del Regis que habían oído hablar de Doc Savage y parecían creer que los dos ayudantes del hombre de bronce tendrían sumo placer en recordar algunas de las hazañas de su jefe y amigo.

En ocasiones. Johnny y Renny tuvieron que encerrarse en sus camarotes. No querían hablar de Doc Savage. Les era demasiado penoso.

A los ojos del mundo, Doc Savage era un hombre misterioso, respecto de quien se contaban unas leyendas increíbles.

Para Johnny y Renny, que estaban a su lado desde hacía algunos años, Doc Savage seguía siendo un ser misterioso por excelencia. Le conocían mejor que nadie en el mundo y, extraña paradoja, le desconocían totalmente.

Doc Savage se había entrenado científicamente desde la infancia para el trabajo inusual a que se dedicaba.

Los mayores hombres de ciencia, los más sabios de muchas profesiones le habían educado y Doc Savage, producto de su pericia combinada, resultaba una combinación asombrosa de magia mental y extraordinario poder físico que hacían de él un superhombre.

Las hazañas del hombre de bronce no habían cesado nunca de asombrar a sus cinco ayudantes, que eran los que vivían más cerca de él.

Tres de esos cinco hombres debían encontrarse en Nueva York. Johnny y Renny les enviaron radiogramas, pidiendo detalles, sin obtener respuesta alguna.

—¡Eso huele mal! —gruñó Renny.

—¡Terriblemente mal! —contestó sombríamente Johnny.

—La banda que acabó con Doc puede haber suprimido a Monk,

Ham y Long Tom —añadió Renny.

Transcurrieron cuatro días y el transatlántico Regis se acercaba a Nueva York cuando ocurrió una de las cosas más fantásticas de la historia del mar.

Reinaba una densa niebla y la tarde era fría, ya que en el Norte del Atlántico, aun cerca de la punta de Long Island, no hace nunca mucho calor, y los pasajeros se paseaban por cubierta con el gabán puesto.

De pronto, la temperatura se suavizó notablemente y los pasajeros empezaron a desabrigarse.

Sudaban. En el interior del buque hacía un calor no común y todo el mundo subió a cubierta para gozar de aquella temperatura tan agradable e inesperada.

No fue agradable por mucho tiempo. El calor fue en aumento y los pasajeros se congregaron a la sombra de los toldos. Enchufaron los ventiladores y el bar empezó a trabajar en serio, despachando refrescos.

Nadie se extrañaba aún. Todos creían que el buque había penetrado en una zona de temperatura suave.

Los que miraban hacia el sol empezaron a darse cuenta que notaban manchas delante de los ojos al cabo de unos momentos, como si hubiesen mirado de cerca la llama de un soplete.

Llegó el momento en que todo el mundo tuvo que refugiarse a la sombra.

De pronto, un camarero lanzó un grito, agarró a un hombre gordo e intentó tirarlo por la borda.

Varios marineros sujetaron al camarero y la escena suscitó algunas carcajadas, pues se sabia que el hombre gordo, que era uno de los pasajeros, se había mostrado particularmente desagradable con el camarero durante la travesía.

Se llevaron a este último abajo, rezongando, y lo encerraron en la cala.

El incidente fue comentado como un momento de aberración mental provocado por el brusco cambio de temperatura.

Fue entonces cuando Thurston H. Warhouse hizo su aparición.

# CAPÍTULO V

### *EL BUQUE EXTRAÑO*

RENNY y Johnny estaban de pie debajo de un toldo, en el paseo central de cubierta. Ambos estaban en mangas de camisa y se enjugaban el sudor.

Por lo menos, eso era lo que Renny hacia. El huesudo Johnny no acostumbraba sudar más que un esqueleto.

—Esto es muy extraño —hizo observar Renny.

—¡Egregiamente enigmático! —asintió Johnny.

—Sigo pensando en ese cablegrama —rezongó Renny—. ¿Quién diablo lo habrá puesto? Naturalmente, supusimos que era Doc pero… debe haber sido otra persona.

—Sin duda alguna —asintió Johnny.

Entonces Thurston H. Wardhouse surgió. Era un hombre guapo como un actor de revistas de Broadway, pero sus facciones estaban contraídas por el miedo. Llegó corriendo como un loco por la cubierta.

—¡Escondeos todos! —gritaba—. ¡Todos en la cala! ¡Vais a morir si no os ocultáis!

La casualidad hizo que pasara delante de Renny y Johnny, pero éstos no habrían conocido su identidad si no hubiese añadido:

—¡Han matado a Doc Savage! ¡Ahora quieren matarme a mí!

Renny y Johnny le cerraron el paso. El primero le agarró con sus manazas y Wardhouse gritó de dolor.

—¿Qué es lo que acaba de decir? —rugió Renny.

—¡Todos adentro! —chilló el hombre—. ¡Pronto!

—¿Quién es usted? —insistió Renny.

—¡Wardhouse! —gimió el hombre, que estaba fuera de sí—. ¡Locos!¿No os dais cuenta de lo que está sucediendo?

Renny acercó su largo rostro de puritano al del hombre.

—No —dijo—. Pero nos gustaría saberlo.

—¡Es el sol! —exclamó Wardhouse—. El sol..

Calló de repente. La prudencia se imponía a pesar del pánico que sufría y se limitó a humedecerse los labios sin añadir otra palabra.

—Siga —insistió Renny.

—Si, amplíe sus palabras —dijo a su vez Johnny.

Wardhouse hizo un esfuerzo por soltarse, sin lograrlo.

—¡Socorro! —gritó inesperadamente—. ¡Estos hombres van a matarme!

Varios tripulantes del Regis se habían acercado sin que Renny lo notara. Se abalanzaron sobre los dos amigos con el fin de rescatar a Wardhouse a quien creyeron en peligro.

Los marineros eran hombres fornidos. Era preciso luchar o soltar a Wardhouse. Renny y Johnny prefirieron soltarlo.

—¡Algo extraño ocurre aquí! —gritó Renny—. ¡Llevadnos a presencia del capitán!

Era una petición razonable y a los pocos segundos se hallaron delante del preocupado jefe del transatlántico.

Thurston H. Wardhouse fue el primero en hablar.

—¡Ordene usted marcha atrás a toda velocidad! —exclamó, muy excitado—. ¡Es lo único que nos salvará la vida!

El capitán era hombre rutinario y esta petición de volverse atrás le pareció absurda.

—Este hombre se ha vuelto loco —dijo tranquilamente—. Encerradle.

Los marineros arrastraron a Thurston fuera del camarote.

Se oyó entonces una fuerte explosión en proa. La conmoción sacudió al transatlántico entero y todo el mundo miró en su dirección.

Un agujero enorme fue descubierto en la proa, bastante encima de la línea de flotación.

—Ahora es demasiado tarde para volver atrás —dijo Wardhouse.

Los minutos que siguieron fueron de tumulto y confusión. Los oficiales gritaron órdenes para que se comprobara la extensión de los daños sufridos y algunos marineros corrieron a proa para cumplirlas.

Algunos de esos marineros cayeron por la cubierta y no volvieron a levantarse. Varios pasajeros que salieron del interior del buque se desplomaron, apenas pusieron el pie fuera.

Thurston H. Wardhouse aprovechó la confusión reinante; echó a correr escapando de manos de los que querían retenerle y bajó corriendo una de las escalas que llevaban al interior del buque.

—¡Marcha atrás! —gritó el capitán—. ¡A toda velocidad!

Se había decidido a seguir el consejo de Wardhouse.

Renny miró a Johnny.

—¡Wardhouse! —gritó.

—Comprendido —contestó Johnny y ambos amigos echaron a correr en pos del misterioso fugitivo.

Wardhouse les llevaba unos segundos de delantera y cuando Johnny y Renny estuvieron en el interior del buque donde los gritos de los que seguían en la cubierta quedaban ahogados, oyeron el eco de sus rápidas pisadas.

Wardhouse parecía adentrarse en las profundidades del barco.

Renny y Johnny, que físicamente no podían ser más distintos, eran capaces de correr como gamos. Permanecieron juntos y no tardaron en ganar terreno.

—¡Dentro de un minuto será nuestro! —gritó triunfalmente Renny cuando divisaron a Wardhouse en el extremo de un pasadizo.

El hombre debió de oírlos. Se paró, se arremangó el pernil del pantalón y agarró un revólver de pequeño calibre que llevaba en una funda atada a la pierna. Era uno de esos revólveres modernos que disparan balas pequeñas pero con gran rapidez. El arma escupió sus balas con débiles detonaciones.

Renny y Johnny se metieron por la primera puerta que hallaron, encontrándose en un almacén que no poseía otra salida.

—¡Que me superamalgamen! —dijo Johnny, empleando su expresión favorita en momentos de tensión mental.

Renny se restregó vigorosamente los ojos.

—¡Rayos y truenos! —exclamó—. Johnny, ¿ves claro? ¿No ves manchas delante de los ojos, o algo por el estilo?

—Sí —dijo Johnny—. ¡Doloroso fenómeno!

Guardaron silencio un momento.

—Es este calor —dijo finalmente Renny—. No es natural. ¿Recuerdas la historia que leímos en los diarios respecto a esa

chalupa plateada que encontraron en el Estuario de Long Island con todos los de a bordo muertos?

Johnny resopló fuertemente.

—¿Crees que algo así va a ocurrirnos?

—¡Tus suposiciones valen tanto como las mías!

Renny se dispuso a saltar por la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Johnny.

—Voy a cuidar de que el telegrafista ponga al mundo al corriente de lo que sucede en este transatlántico —gritó Renny—. Tú síguele la pista a ese Thurston H. Wardhouse.

Dicho esto, Renny salió corriendo. No se oyó disparo alguno, aunque vió distintamente a Wardhouse que le espiaba desde el otro extremo del corredor.

No parecía sino que no iba a usar su arma más que para evitar que se le capturara.

Renny sabía dónde se hallaba el cuarto de la radio, en popa, en la cubierta superior.

Allí se encaminó, pues, pasándose de vez en cuando la mano por los ojos.

Veía apenas y tenía la sensación de estar cegado por una luz poderosísima.

Sin embargo, se daba bastante cuenta de lo que ocurría en torno suyo para sufrir una impresión desagradable. Los pasajeros y la tripulación corrían de un lado a otro como locos.

Recordando que los periódicos habían hablado de la locura de los tripulantes de la chalupa plateada descubierta en Long Island, Renny buscó señales de locura en su alrededor.

Se convenció enseguida que el extraño calor no enloquecía a todo el mundo.

Muchas personas se mostraban muy excitadas, pero eso era de esperar.

Todos sabían que algo anormal ocurría y muchos se habían vuelto histéricos.

Un gran número de personas yacían sobre cubierta. EL fantástico calor aniquilaba a cuantos quedaban expuestos al mismo.

Renny permaneció a la sombra. Sentía que el sudor le brotaba por todos los poros de la piel y se tambaleó contra la pared del salón, cerca de un termómetro que marcaba tan sólo veinte grados,

lo cual le sorprendió bastante.

No era, pues, el calor lo que ocasionaba tanta desgracia, sino algo distinto.

Al llegar frente al cuarto de la telegrafía, Renny cruzó la cubierta rápidamente y penetró en la estancia como una tromba.

Inmediatamente se alegró de haber ido.

El Regis llevaba dos telegrafistas que estaban siempre de servicio. Ambos estaban caídos en el suelo, pero respiraban todavía.

Renny, al igual que los demás ayudantes de Doc Savage, era un buen telegrafista. Se sentó en el puesto de uno de los caídos y empezó a transmitir una seria de S. O. S.

Los ojos le dolían más que nunca. Los cerró, pero el fuego parecía seguir dentro y se sentía mareado.

—S. O. S. —transmitió.— T R A N SATLANTICO REGIS SE ENCUENTRA EN EXTRAÑA ZONA CALOR EXPLOSION LA GENTE MUERE A BORDO.

Renny se detuvo pues un hombre acababa de entrar, tambaleándose. Apenas podía tenerse de pie y se sostenía la cabeza entre ambas manos.

Era Thurston H. Wardhouse y miró a Renny.

—¡Me he equivocado! —dijo con dificultad—. Ignoraba que eran ustedes amigos de Doc Savage. Creía... creía... que era un ardid...

Cayó sin conocimiento y permaneció inmóvil.

Renny se sostenía la cabeza, resguardándose los ojos con el codo. Tenía el cerebro ardoroso. Se volvió lentamente y empuñó nuevamente el aparato de telegrafía. Era preciso obtener ayuda.

—S. O. S. —envió—. TRANSATLANTICO REGIS TOCADO POR EXTRAÑO...

Renny se interrumpió nuevamente. No lo hizo por su voluntad. Quería seguir transmitiendo, estaba confiado en que podía hacerlo, pero se deslizó al suelo, permaneciendo inconsciente.

# CAPÍTULO VI

### *EL ARDID MORTAL*

EL mensaje fragmentario que el coronel John Renwick transmitió desde el transatlántico Regís no fue la primera noticia que alcanzó al mando.

Los telegrafistas forman un gremio amistoso y sostienen frecuentemente conversaciones por el aire.

Uno de los telegrafistas del Regís estuvo hablando con el de otro transatlántico y comentó el calor reinante. Dio algunos detalles de lo que sucedió e incluso dio parte de la explosión antes de perder el conocimiento.

Los periódicos de Nueva York publicaron inmediatamente ediciones extraordinarias. Los vendedores recorrieron las calles, anunciándolas, unos treinta minutos escasos después.

Uno de los muchachos vendedores de periódicos fue llamado y vendió una hoja a una persona que ni siquiera vió.

La transacción se llevó a cabo por la rendija de una puerta entreabierta, en un sector de la ciudad donde abundaban las casas de alquiler.

El muchachito no extrañó la cosa, suponiendo que el comprador no llevaría puestos los pantalones, o algo por el estilo.

Sin embargo, el individuo que compró el diario estaba vestido correctamente.

El hecho de que se ocultara de tal modo era un misterio, aunque era cierto que su aspecto bastaba para asustar a cualquiera que se encontrase con él en una calleja oscura.

El hombre en cuestión tendría poco más de cinco pies de estatura y resultaba tan ancho como alto. Sus largos brazos le colgaban hasta debajo de las rodillas y su rostro, bastante feo,

estaba cubierto de un pelo rojizo e hirsuto.

Se parecía mucho más a un mono de gran tamaño que a un ser humano.

Era Monk y ningún otro nombre podía caerle mejor.

En realidad, era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, pero había oído pronunciar este nombre tan rara vez, que lo tenía olvidado.

EL aspecto de Monk engañaba, pues era el mejor químico de América, un verdadero Houdini de las probetas.

Monk leyó los títulos en grandes letras y las noticias que seguían.

—¡Ham! —gritó con una voz chillona que parecía la de un muchachito.

—¿Qué ocurre, Monk, hermoso Cupido? —preguntó una voz sarcástica desde el cuarto contiguo.

—¡Arrr! —exclamó Monk—. ¡Déjate de tonterías, picapleitos presuntuoso! ¡Algo serio ha ocurrido!

El ocupante del cuarto contiguo surgió. Era un hombre delgado, de estrecha cintura, boca grande y frente alta. Lo que más llamaba la atención en su persona era su indumentaria.

Su traje de tarde era una maravilla en cuestión de sastrería. El pliegue de sus pantalones rayados, una perfección Su chaqueta negra, un sueño.

Su camisa deslumbraba y su barbero era, sin duda, un maestro en su arte.

Ham, cuyo verdadero nombre era brigadier general Marley Brooks, tenía el aspecto de lo que era en realidad, un hombre listo y tal vez el abogado más astuto que saliera de Harvard. No salía nunca sin un bastón negro liso que era entre otras cosas, un bastón —espada, cuya punta estaba untada de un producto que narcotizaba a sus víctimas.

Los dos hombres cambiaron las miradas que preceden por regla general a una lucha, después de lo cual, Monk alargó el periódico a su compañero.

—¡Hem! —dijo el elegante Ham, después de haberlo leído—. Esto significa que Renny y Johnny se hallan, sin duda, en un aprieto.

—Hemos de hacer algo —murmuró Monk.

—Pero tenemos que permanecer aquí, donde nadie conoce nuestras señas, hasta contra orden —le recordó Ham—. Si nos mostramos los reporteros nos volverán locos buscando entrevistas para saber lo que podemos decirles de Doc Savage.

Monk movió los brazos.

—¡Maldito sea! —exclamó—. Eso del Regis, es mucho más importante.

La discusión prosiguió mientras ambos hombres se ponían largos abrigos y sombreros que les tapaban la cara.

No había concluido todavía cuando subieron a un vehículo que tenía el aspecto de un taxi ordinario y que se hallaba en un garaje anexo a la casa.

Durante el trayecto no cesaron de discutir y cambiar insultos. Finalmente, detuvieron el coche en una calle pobrísima, cerca del puerto y se apearon como si estuviesen a punto de echarse el uno encima del otro.

En vez de eso, franquearon una puerta, recorrieron un pasadizo húmedo y franquearon otra puerta más. Ham llevaba su bastón —espada como si tuviese el deseo de pinchar a Monk.

—Quietos, por favor —dijo una voz sin timbre—. Y no encendáis luz alguna.

Monk y Ham callaron. El tráfico era escaso en aquel sector de la ciudad y silencio relativo reinaba. En medio de aquella tranquilidad oyeron unos débiles sonidos.

¡Voces! Pero débiles y agudas como las de pequeños gnomos que estuvieran al otro extremo de la estancia.

Esta conversación cesó al cabo de un rato.

—Muy bien —dijo la voz sin expresión—. ¿Qué pasa?

—Algo ha ocurrido en el transatlántico Regis, según dicen los periódicos —gruñó Monk—. Aquí tienes una edición extraordinaria.

La oscuridad era completa en el cuarto, pero le tomaron el diario de la mano y a continuación se vió una lucecita.

La producía una lamparita eléctrica y no iluminaba más que parte de los títulos en grandes letras. El pequeño haz de luz recorrió rápidamente toda la historia.

—¿Por qué no se puede tener luz aquí dentro? —preguntó Monk, en voz baja.

—Es posible que haya rendijas entre los tablones que cubren las

ventanas —explicó la voz sin expresión—. La banda de la casa de al lado podría ver la luz.

Monk rió suavemente.

—¿Sospechan algo? —inquirió.

—En tal caso saben disimular muy cien.

—¿Han traído a Derek Flammen otra vez? —preguntó Monk.

—Todavía no —dijo la voz sin timbre—. Cuando descubrimos este escondrijo siguiendo la pista de los coches untados con una composición que más tarde se hizo luminosa, había allí seis hombres que retenían a la muchacha, Velma Crale. Logramos colocar un micrófono y traer los hilos hasta esta habitación. Lo que hemos oído indica que esos hombres esperan el regreso de alguien que es su jefe y tienen orden de esperar allí hasta que ese jefe se presente.

—¿Y no ha venido? —gruñó Monk.

—Todavía no —declaró la extraña voz—. Hace cinco días que están esperando y empiezan a impacientarse.

Monk suspiró fuertemente.

—¿No han dicho nada todavía que dé a entender de qué se trata?

—Nada.

El elegante Ham intervino, diciendo: —¿Qué vamos a hacer respecto al asunto del Regis?

—Dejaremos de esperar pacientemente la ocasión de enterarnos de algo interesante y vamos a apoderarnos de la muchacha y de la banda que la retiene prisionera. Cuando hayamos dispuesto de ellos, tomaremos un aeroplano e iremos a investigar el asunto del Regis.

Monk suspiró.

—Eso significa que la banda se enterará que Doc Savage no ha muerto.

—No es preciso —dijo Doc Savage con su voz sin expresión.

Doc Savage prestó el oído un momento al auricular conectado con el micrófono. No se oía nada interesante.

—No hablan mucho a esta hora de la tarde —dijo el hombre de bronce—. Podemos cerrar.

Cerró el contacto y precedió a Monk y a Ham por la puerta y por una escalera situada detrás de ésta.

Monk dijo de pronto: —Si el público se entera que no has muerto, habrá una sensación.

—Nadie comprenderá por qué has hecho eso —añadió Ham.

Doc les contestó tranquilamente.

—La bomba enviada a nuestro cuartel general no me mató sencillamente porque tomé la precaución de retirarme a la biblioteca y enchufé el rayo X por medio del control lejano. La persona que mandó esa bomba sospechó que seria pasado por el rayo X y le conectó un aparato electroscópico provisto de un detonador.

Monk asintió: —Sí y entonces preparaste aquella figura de cera, obteniendo de la policía que dejara creer en tu muerte. Pero no comprendo por qué fue necesario hacer tantos preparativos.

—La persona que previó el caso de que se mira la bomba con rayos X es muy lista —explicó Doc Savage—. Un ardid grosero no la habría engañado y era conveniente que creyera en el éxito de su trampa mortal, por la sencilla razón de que así no volvería a atentar contra mi vida, dejándome en libertad para entregarme a mis investigaciones sin obstáculo alguno.

—¡Hu… u… m! —dijo Monk—. Me gustaría saber qué es lo que hay detrás de todo este misterio.

Doc Savage no contestó y subió una escalera sumamente estrecha, alumbrándose con una lámpara eléctrica. Llegó finalmente a una trampa que empujó, abriéndola silenciosamente.

Los tres hombres salieron a un terrado rodeado de una alta barandilla.

El terrado estaba cubierto de una verdadera red de alambres que formaban parte de antenas de radio. Esto no tenía nada de particular puesto que todos los techos de las casas de Manhattan se hallaban en las mismas condiciones.

Doc Savage se sacó unos alicates del bolsillo y procedió tranquilamente a cortar uno de los hilos.

Ham murmuró: —¡Espero que dará buen resultado!

—Claro que sí —gruñó Monk—. ¡Yo mismo lo he preparado todo!

—Por eso —replicó sardónicamente Ham,— por eso abrigo algunas dudas.

Monk resopló con indignación.

—¡Oye, picapleitos! Hace tres días que esto ha sido colocado aquí. Al cortar este alambre, un relai se abre en el sótano de la casa donde la banda se oculta. Al abrirse el relai, se cierra un contacto eléctrico que pone en marcha un fonógrafo… ¡Ahí está! ¡Alarga las orejas y oye!

No era preciso hacer un esfuerzo para recoger los sonidos que subían de la parte inferior del edificio. Se oyó primeramente una serie de crujidos espantosos como si se hundieran unas puertas de madera; enseguida siguió un grito:

—¡La policía! —exclamó un vozarrón—. ¡Vigilad las dos puertas!

Monk rió al abrigo de la barandilla.

—Que lo creáis o no, esta es mi voz —dijo—. ¡Muchachos, que actor sería!

—Venid —dijo Doc Savage.

Se hallaban ya en el techo contiguo y divisaron una puertecita que daba acceso al interior de la casa. Doc Savage había estudiado el terreno previamente.

A la izquierda de la puerta, una hilera de chimeneas ofrecía un excelente escondrijo. Doc y sus amigos se acurrucaron detrás.

El hombre de bronce se sacó de un bolsillo un objeto de dimensiones reducidas que tenía el aspecto de una pitillera, pero que nunca había contenido tabaco.

A un lado, estaba provista de un botón redondo. Doc pulsó éste y apuntó la puertecita del tejado con la caja.

Abajo, el gramófono seguía lanzando órdenes. Una sirena de policía cubrió los demás ruidos y una vez ruda aconsejó rapidez y prudencia.

—¡Chitón! —susurró Monk—. ¡Ya vienen!

La puertecita del techo se abrió bruscamente y un hombre surgió. Era un hombre de mala catadura que parecía muy asustado.

Cruzó el techo con la evidente intención de pasar a otro, desde el cual tendría, sin duda, preparada la retirada.

La caja que Doc Savage sostenía en la mano dejó oír un leve sonido.

El hombre gruñó fuertemente, se paró, miró vagamente en torno suyo y se dejó caer al suelo.

Otro hombre surgió. Estaba menos asustado que el primero y se

volvió para hablar a alguien.

—No se precipite, señorita Crale —dijo—. No nos apresarán...

La voz de Velma Crale contestó: —Seria lástima que la policía nos lo echara a perder todo precisamente ahora.

Velma Crale salió al techo, seguida de tres hombres. La muchacha no estaba atada ni amordazada y nada indicaba que fuese prisionera de aquellos hombres.

Parecía gozar de entera libertad y tan deseosa como los demás de alejarse de aquel lugar.

—¡Me pregunto cómo nos han podido encontrar los policías! —dijo airada.

El objeto que Doc Savage sostenía en la mano dejó oír varios leves sonidos.

Los compañeros de Velma Crale lanzaron breves exclamaciones y cayeron, inmóviles al caer el último, la muchacha comprendió lo que sucedía.

—¡Dardos! —gritó, echando a correr.

Saliendo de su escondite, Doc Savage le cerró el paso. La muchacha forcejeó un momento, pero dándose cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, dejó de resistir.

—¡Me parece —dijo,— que me he metido en un lío.

Monk y Ham estaban examinando los hombres que habían caído, asegurándose que todos estaban sin conocimiento y extrayéndoles los pequeños dardos que Doc Savage disparó con la pistola neumática que se parecía a una pitillera.

Aquellos dardos tenían el aspecto de jeringuillas para dar inyecciones y costaban unos cinco dólares cada uno. Valían, pues, la pena de ser recogidos.

Ham se acercó y se enfrentó con la muchacha.

—Es usted lo que se llama una buena actriz —dijo mordazmente.

La muchacha le miró frunciendo las cejas y aparentando inocencia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Suponíamos que usted era prisionera —prosiguió Ham secamente—. Y ahora resulta que usted forma parte de la banda.

—¡Señor! —exclamó la joven—. Usted cree lo que ve, ¿no es verdad?

—Esta comedia no nos convence —replicó Ham.

La muchacha no le hizo caso y se puso a mirar a Doc Savage. Las facciones del hombre de bronce carecían completamente de expresión y la muchacha no pareció muy tranquila.

—Era prisionera —dijo con tono serio—, pero me dejaron en libertad. Preferían que escapara antes de verme caer en manos de la policía.

Ham resopló fuertemente para expresar su escepticismo y muy finamente decirle a Velma Crale que era una embustera.

La muchacha intentó dar patadas a Ham, pero Doc Savage la retuvo y perdió el equilibrio, no dando en el blanco.

Quiso dar patadas a Doc e incluso morderle, pero la suerte no la acompañó.

—Es preferible que nos diga lo que hay detrás de todo esto —dijo entonces Doc Savage.

La muchacha le miró, echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada sonora.

—¿Y que pierda más dinero del que Rockefeller ha visto en su vida? —dijo burlonamente—. ¡Mi madre no ha criado hijas tan tontas!

Ham hizo observar.

—Me parece que vamos a vernos obligados a hacer entrar esta señorita en razón.

Velma Crale se serenó y se quedó mirándoles.

—Vais a tener para un rato —dijo.

Doc Savage la levantó en vilo, llevándola con facilidad a pesar de su resistencia y cruzó el techo de la casa desde la cual había espiado a la banda, bajando hasta la puerta de entrada.

Sus dos ayudantes, Monk y Ham, llevaban a los bandidos que estaban sin conocimiento. Los metieron en el automóvil que estaba pintado y equipado como un taxi.

—Guardad la muchacha aquí —dijo Doc a Monk y a Ham.

Doc volvió a entrar en la casa, subió al techo y se introdujo en el edificio donde la banda tenía su guarida. Encontró una habitación pobremente amueblada que olía a tabaco y a comida y la registró.

No parecía haber otra cosa que huellas dactilares. Doc no se molestó en retratarlas; las espolvoreó y las estudió detenidamente, fijándolas en su memoria para recordarlas en el caso de que más

tarde volviera a ver las mismas.

Recordar huellas dactilares no era la tarea difícil que podía parecer a primera vista. No se trataba más que de recordar mentalmente las letras del código indicador de la clasificación de las huellas.

Doc volvió sobre sus pasos y se reunió con sus dos ayudantes, Velma Crale y los bandidos sin conocimiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Monk, que estaba al volante.

—A casa —dijo Doc Savage—. Vamos a interrogar a estos hombres.

—¿Y lo del Regís? —preguntó Ham.

—El interrogatorio no será largo —le dijo Doc—. Inmediatamente después iremos al encuentro del transatlántico en aeroplano.

Entraron en el rascacielos por el garaje del sótano, cuya existencia era conocida de muy pocas personas y de allí subieron por un ascensor especial y rapidísimo que la explosión había averiado pero que había sido reparado después. Nadie les vió, pues, subir al piso ochenta y seis del rascacielos.

Doc Savage abrió la puerta de metal que daba acceso al salón de recepción.

Esta puerta estaba intacta aunque al extremo de un corredor, cerca del laboratorio, había una barrera de tablones que tapaba una abertura practicada en la pared por la explosión.

Doc Savage y sus ayudantes introdujeron sus prisioneros en el salón de recepción, que estaba amueblado con una enorme caja de caudales, una mesa de incrustaciones y varios sillones forrados de piel.

Ham miró en torno suyo con asombro.

—¿Dónde estará Long Tom? —observó.

También Monk parecía intrigado. El mayor Tomás J. Roberts era el quinto miembro del grupo de ayudantes de Doc Savage.

Era el más débil físicamente: delgado, pequeñito y tenía la piel de un color malsano; pero era un verdadero mago de la electricidad.

Debía encontrarse en el piso, vigilando el valioso equipo del laboratorio para evitar que nadie sustrajera nada.

—¡Long Tom! —gritó Monk.

Doc Savage se movió repentinamente, empujando a Monk y a

Ham.

Franquearon el umbral de la biblioteca, dejando a sus prisioneros en el suelo del salón de entrada.

Monk rodó al suelo, abriendo la boca para hacer preguntas, que no pronunció, pues no eran precisas.

Unos hombres de aspecto sombrío y decidido, armados de rifles, subían la escalera y salían de dos de los ascensores.

# CAPÍTULO VII

## *ENIGMA EN EL MAR*

DOC Savage era capaz de desarrollar una velocidad igualada por muy pocos seres humanos. Dio muestras de esa rapidez de movimientos ahora, abalanzándose sobre la puerta.

Pero uno de los hombres que se hallaban en el corredor iba armado con una silla pesada, que podía serle útil tanto para hundir puertas o, como en el caso presente, para evitar que éstas se cerraran.

Logró tirar la silla con tal destreza, que cayó como una cuña entre la puerta y el marco de ella. Inmediatamente, los demás hombres se echaron encima.

Doc Savage, que empujaba la puerta desde el otro lado, logró contener su ataque.

—¡Coged las pistolas ametralladoras! —gritó a Monk y a Ham.

Los dos hombres salieron de la biblioteca, sacando de sus ropas unas armas que tenían el aspecto de grandes pistolas automáticas, provistas de una cinta de balas.

Una voz decidida habló desde el otro lado de la puerta:

—¡Si queréis salvar el pellejo, salid sin hacer tonterías!

—¡Ah! —dijo burlonamente Monk—. Fíjate bien en nosotros, amigo.

El hombre replicó desde fuera: —¡Y tú, fíjate en esto!

Algo en el tono del individuo hizo que Doc Savage y sus dos ayudantes sintieran el deseo de ver lo que ocurría en el corredor.

Doc hizo una seña con la mano y Monk corrió a un maletín que pertenecía a Ham, abriéndolo y sacando un espejito que el presumido Ham llevaba dentro.

Lo usaron para echar una mirada fuera. La puerta estaba hecha a

prueba de balas y se hallaban a salvo de ellas mientras permanecieran detrás.

—¡Maldición! —exclamó Monk.

Los tres hombres veían lo que la banda que les asaltaba deseaba que vieran… un hombre de rostro pálido, atado y amordazado, ante cuyo rostro blandían un cuchillo, aunque su palidez era natural y no debida a la amenaza de que era víctima.

Aquel hombre no parecía gozar de salud y tenía el aspecto de quien ha pasado su vida entera en un sótano. Era muy delgado y tampoco se veía el brillo de la salud en sus ojos ni en su cabello.

—¡Long Tom! —exclamó Monk.

—¡Exactamente! —dijo secamente el bandido de fuera—. ¡Vuestro compañero! ¡Mirad ahora lo que el cuchillo va a hacerle!

—¡Esperad! —dijo Doc Savage.

Había una fuerza extraña en esta sencilla palabra.

—Si nos entregamos, ¿nos garantizáis que no se hará daño alguno a Long Tom? —continuó diciendo el hombre de bronce.

—Eso es lo que queríamos decir —gruñó uno de los hombres, Doc Savage volvió la mirada hacia Monk y Ham, que parecían inquietos.

—No os preocupéis —dijo Doc, abriendo la puerta.

Los hombres armados con rifles avanzaron. Se sentían victoriosos y no tomaban demasiadas precauciones. En grupo compacto franquearon la puerta.

Un solo hombre permaneció atrás, reteniendo a Long Tom.

Doc Savage se retiró a medida que los hombres avanzaban. Tenía las manos en alto y su actitud era la de una rendición absoluta.

Derek Flammen surgió en el vestíbulo, sosteniendo un revólver en las manos huesudas y con una expresión de triunfo pintada en la cara.

—¡Maravilloso! —dijo alegremente—. Esto es lo que yo llamo un buen trabajo.

Doc Savage se paró. Habló y algo en su tono detuvo a todos.

—¿Usted es el responsable de esto? —preguntó a Flammen.

Derek Flammen se humedeció los labios con nerviosidad.

—Sí, señor —dijo—. ¡Y le aconsejo que no nos haga una jugarreta de las suyas!

—¿Qué tiene usted que ver con este asunto, Flammen? —preguntó Doc Savage.

Derek Flammen contestó rápida y francamente:

—AL principio me vi metido en esto siendo inocente —dijo—. Desde entonces, me he enterado de algunas cosas. Sigo ignorando lo que hay detrás de esto, pero sé que interesa un buen número de millones de dólares y la vida de mucha gente, El dinero me interesa. Si alguien se apodera de esa riqueza, su nombre es Derek Flammen.

La muchacha, Velma Crale, habló con sarcasmo: —Alguien va a sufrir un desengaño en este juego de pillos —espetó.

—Esperemos que no se equivoque —dijo Doc Savage.

EL hombre de bronce seguía retrocediendo como quien no hace tal cosa, pero pisaba fuertemente ciertos puntos de la alfombra del cuarto de recepción.

Se oyó el ruido de un mecanismo y algo pareció volar en el aire entre el hombre de bronce y la banda que seguía avanzando.

Los hombres de Derek Flammen se detuvieron como si algo invisible les hubiese parado y empezaron a lanzar ternos.

—Una pared de cristal ha caído —gritó uno de los hombres.

Instantáneamente, la mayor confusión reinó. Dispararon sus armas y las balas se aplastaron en el cristal, que se rajó levemente en algunos puntos, pero no se rompió. Long Tom, el prisionero que seguía en el corredor, gritó algo. Al principio sus palabras no se distinguieron en medio del estrépito.

—Detrás de vosotros —gritaba—. ¡Hay más hombres escondidos en el laboratorio!

Doc Savage se volvió, pero tarde. Varios hombres salían del laboratorio y de la biblioteca. Iban armados de rifles y llevaban sin duda la intención de disparar.

El techo del salón de recepción, que tenía el aspecto de un techo ordinario, adornado con tiras de metal al estilo moderno, era en realidad un techo muy notable.

Varias tentativas hechas para quitarle la vida movieron a Doc Savage a instalar hojas de cristal irrompible que caían a gran velocidad si se presionaba algunos puntos del suelo.

Otras hojas protegían el centro del cuarto de recepción del lado de la puerta de la biblioteca.

Doc las dejó caer todas. Pero los asaltantes llegaban armados

para luchar adecuadamente contra aquella defensa inusual.

Sacaron a relucir granadas, les arrancaron la espoleta y las tiraron. La primera explotó con una detonación que amenazó con destruir la parte superior del rascacielos.

Otras granadas explotaron. Iban cargadas con un explosivo moderno que producía una llamarada blanca cegadora.

Las explosiones eran imponentes y cubrían todo otro sonido. Las paredes de cristal se derrumbaron y las balas silbaron por la habitación.

Doc Savage y sus ayudantes se vieron acorralados por un grupo de hombres armados hasta los dientes y dispuestos a todo. Debido a la naturaleza peligrosa del trabajo peculiar a que solía entregarse, Doc Savage acostumbraba tomar todas las precauciones posibles.

De no haberlo hecho así, habría muerto mucho antes. Su cuartel general era un verdadero laboratorio mecánico.

Allí se hallaban cuantas medidas defensivas el hombre de bronce había inventado. En ningún otro sitio del mundo habría estado más seguro.

El hombre de bronce hizo señas, indicando a Monk y a Ham que se le acercaran. Así lo hicieron. El hombre de bronce se inclinó y golpeó fuertemente el suelo con el puño, en algunos sitios.

Se oyó una explosión bastante fuerte, acompañada de una llamarada de luz blanca mucho más intensa que la que usan los fotógrafos.

Además, esa llamarada tenía la virtud especial de cegar a cuantos la miraban durante un momento.

Hubo un intervalo de diez segundos durante el cual ni uno solo de los intrusos vió otra cosa que una bola de fuego. Lanzaron abundantes imprecaciones y se movieron de un lado a otro sin saber lo que hacían.

Un hombre recobró la vista e inmediatamente vió que Long Tom, el mago de la electricidad, había desaparecido del corredor. Además, Doc Savage, Monk y Ham no se veían en ninguna parte.

En medio de la confusión que siguió, la muchacha, Velma Crale, se desató e intentó huir. Dispararon en su dirección, pero llegó hasta la escalera y escapó.

Derek Flammen perdió de pronto la serenidad.

—¡Escape quien pueda! —gritó, dando el ejemplo.

Los ascensores les esperaban y los encargados de los mismos estaban en su sitio, acobardados por los revólveres con los que otros miembros de la banda de Flammen les amenazaban.

Apretujándose en los estrechos recintos, los bandidos bajaron.

Una vez en el vestíbulo de entrada del edificio, Derek Flammen dio pruebas de ser rápido en sus decisiones.

Dos de sus hombres armados se abrieron paso hasta el sótano y cortaron la corriente eléctrica de la casa. Los ascensores quedaron inmediatamente fuera de servicio con una excepción.

Esta excepción era el ascensor particular de Doc Savage, que funcionaba por medio de una instalación privada, con dinamos instaladas en el sótano.

Sin embargo, durante la refriega, los bandidos habían entrado en el ascensor particular de Doc aunque, afortunadamente, éste lo descubrió a tiempo y detuvo a sus hombres cuando iban a penetrar en el mismo.

—¡No lo uséis! —aconsejó.

—¡Eh! —exclamó Monk—. ¡No veo nada alarmante!

El hombre de bronce le señaló la bombilla eléctrica que, por regla general, alumbraba el ascensor, pero que había sido rota, dejando a éste en la oscuridad. No tardaron en descubrir con qué fin.

En el fondo del ascensor había un paquete conteniendo explosivos y un detonador eléctrico atado al control del ascensor, de tal modo que, de haber sido puesto en marcha rápidamente, la explosión era inevitable.

—¡Maldición! —exclamó Monk—. ¡Van a escapar!

Y así fue.

El hecho de que los asaltantes y Velma Crale habían logrado escapar se hizo patente a los pocos minutos. No había el menor rastro de ellos en la calle.

Regresando a su cuartel general del piso ochenta y seis, Doc Savage inspeccionó el suelo para asegurarse que ninguna de las trampas que daban acceso a pasadizos secretos, situados debajo, había sido dejada abierta.

No quería que visitantes casuales los descubrieran, pero todas estaban cerradas. Doc volvió a cargar el dispositivo con el polvo que ardía con tanta potencia cegadora.

—Long Tom —dijo el hombre de bronce—. Quédate aquí.

El esmirriado Long Tom sonrió amargamente.

—¡Okey! —dijo.

La idea de ser dejado atrás no le atraía, puesto que suponía que iba a perder algunos momentos interesantes.

—¡Anda con cuidado! —le aconsejó Doc—. No te dejes atrapar nuevamente.

—Por supuesto —asintió Long Tom con tono ligero—. No me habrían agarrado la primera vez si no hubiesen dicho que eran inspectores del edificio, enseñándome sus chapas. Debieron robarlas o falsificarlas De todos modos, así me agarraron.

Doc Savage no insistió en sus recomendaciones. Long Tom no acostumbraba dejarse engañar fácilmente.

Acompañado de Monk y Ham, el hombre de bronce salió del edificio. Se encaminaron en un sedan blindado, pero de aspecto inofensivo, al río Hudson, en cuya orilla Doc Savage poseía un enorme cobertizo en el cual guardaba sus embarcaciones y aeroplanos.

En apariencia, el cobertizo pertenecía a una sociedad mística, la Hidalgo Trading Company.

Monk suspiró fuertemente y dijo: —¡No entiendo jota en este asunto!

—Yo empiezo a tener algunas ideas —declaró el elegante Ham.

—¿Sí? —resopló Monk.

—Son por lo menos tres bandas las que luchan para apoderarse de algo —dijo Ham—. La muchacha, Velma Crale, capitanea una de ellas. Derek Flammen, otra y la tercera tiene por jefe una o varias personas desconocidas.

Monk resopló de una manera insultante, como siempre que Ham sugería algo.

—Supongo que sabes por qué luchan —preguntó.

Ham miró a Monk con ceño fruncido, se indignó de pronto y gritó:

—¡Calla, error de la naturaleza! Me figuro que adivino algo más que tú...

—Vamos a tomar el gran aeroplano, el más rápido, para volar hasta el Regis —interrumpió Doc Savage.

# CAPÍTULO VIII

## *HORROR FLOTANTE*

UNA hora había transcurrido desde que se recibió el misterioso S. O. S. del transatlántico Regis. Varios barcos se dirigían hacia él, pero sin ganar terreno, pues una violenta tormenta se había desencadenado.

Aquella tormenta era inexplicable.

Los observatorios y boletines meteorológicos indicaban un área de alta presión sobre aquel sector del Atlántico, sin que nada indicase un cambio de tiempo.

Sin embargo, la tormenta estalló con un fuerte vendaval, seguido de una ligera lluvia, truenos y relámpagos. Los informes de los buques que se acercaban al Regis indicaban que la fuerza del viento iba en aumento, adquiriendo ya la importancia de un temporal.

Dos aeroplanos guardacostas del gobierno que querían acercarse al Regis fueron zarandeados de mala manera.

Asimismo, varios aeroplanos que llevaban reporteros y fotógrafos lucharon contra los elementos y se vieron obligados a volver atrás.

Ham, el elegante y presumido abogado, había mudado de color. Estaba francamente mareado, cosa que le sucedía rara vez.

Tumbado al lado de Ham se hallaba su animal favorito, Química, un mico sudamericano que se parecía bastante a un hombre.

En realidad, Química tenía un parecido asombroso con el químico Monk, por cuyo motivo, sin duda, Ham lo había adoptado como compañero suyo.

Química era un mono de raza indefinida y estaba mareado tanto

o más que su dueño.

AL otro lado del camarote del avión y meciéndose al compás de las sacudidas de éste, moviendo las grandes orejas para conservar mejor el equilibrio, se hallaba el favorito de Monk, el marrano Habeas Corpus.

Habeas era un puerco árabe de largas patas, grandes orejas y morro muy desarrollado.

Monk y Ham viajaban rara vez sin sus favoritos y es significante el hecho de que Habeas Corpus y Química se llevaban tan mal como sus amos.

Periódicamente, era necesario separarlos para evitar que se comiesen vivos.

El gran aeroplano subía, bajaba y faltaba muy poco para que hiciera un rizo.

Doc Savage luchaba con los mandos. Llevaba un casco receptor de radio y acababa de recibir un mensaje fragmentario indicando que el avión guardacostas y el que llevaba fotógrafos de revistas cinematográficas se habían visto obligados a volver atrás.

Monk gritó alegremente: —¿Algo por radio del Regís, Doc?

—No —contestó Doc Savage.

El camarote del avión estaba construido a prueba de sonidos y una calma relativa reinaba en el interior.

—¡En tal caso, sin noticias, buenas noticias! —declaró Monk.

—¿Quieres callar, período humano? —dijo mordazmente, Ham —. ¡El sonido de tu voz me causa dolor de oídos!

Monk inició un largo monólogo, que hablaba de hombres que mueren en el mar y cuyos huesos son triturados por los tiburones, mientras lograba de un modo extraño guardar el equilibrio en el maltratado aeroplano.

El Regis yacía inmóvil sobre el mar, soportando el asalto de las violentas olas a medida que llegaban. A veces el agua barría completamente la cubierta. La lluvia y las olas lo habían mojado de proa a popa.

Salía humo de sus chimeneas, pero las hélices estaban paradas. Sin embargo, el Regis era un buque nuevo y bien construido y no era probable que, de momento, corriera peligro.

—Lo que quisiera saber —gruñó Monk,— es cómo vamos a subir a bordo.

Habían localizado al transatlántico sin grandes dificultades.

—Usaremos los paracaídas —dijo Doc—. Uno de vosotros permanecerá en el aeroplano y nos recogerá más tarde, si es posible.

Monk miró hacia abajo y murmuró: —Veo unos cuerpos sobre cubierta.

Era cierto. Aquí y allí se veía un cuerpo inerte, casi todos arrimados a obstáculos de la cubierta, donde les habían empujado las olas o tumbado los movimientos del buque.

—¿Quién se queda en el aeroplano? —preguntó Monk.

—Tú —dijo Ham, reponiéndose un poco de su mareo.

—¡Eso te crees!

—¡Que la suerte lo decida! —sugirió Doc.

Monk sacó rápidamente una moneda y dijo: —¿Cara o cruz?

—¡Cara! —gruñó Ham.

Monk disimuló una sonrisa, tiró la moneda y, desde luego, salió ganando, puesto que la moneda llevaba cruz en ambos lados. Monk la tenía hacia algún tiempo con la esperanza de engañar alguna vez al elegante abogado.

Con una alegre mueca, el químico se ató las correas del paracaídas mientras Ham se acercaba sombríamente a los mandos.

—Es probable que ese barco dé más saltos y tumbos todavía que el aeroplano —se dijo Ham para consolarse.

El descenso en paracaídas hasta el Regis se realizó sin grandes dificultades.

Un frío cálculo le despojó de sus peligros. Doc Savage dejó caer primeramente una bomba de humo con el fin de darse cuenta de la dirección del viento. Luego ayudó a Monk a tirarse.

El fin que se proponía al enviar a Monk primero era hallarse en una situación que le permitiera ofrecerle su ayuda, en caso de que ésta fuese necesaria.

Monk aterrizó en la cubierta de popa, Con suma destreza y agilidad, logró desatarse las correas antes de que el viento se llevara el paracaídas de seda sobre la borda. Monk tenía todavía retratada en las facciones la impresión que le había causado el peligro corrido cuando Doc Savage cayó cerca de él. El hombre de bronce se quitó las correas en un santiamén y soltó el paracaídas.

Juntos, cruzaron la cubierta hacia el sector central y casi

inmediatamente empezaron a notar cosas extrañas.

—¡Mira cuán quemado del sol está este sujeto! —exclamó Monk.

El químico señalaba el primero de los cuerpos que se ofrecía a su vista.

La víctima era un hombre alto y fornido cuya piel estaba quemada hasta presentar el aspecto de una remolacha. Doc Savage se le acercó y lo examinó rápidamente. Al erguirse, meneó la cabeza.

—Está muerto —dijo—. La causa no es definida,. Es lástima que no hayamos traído algunos instrumentos y aparatos para un análisis químico.

—Este tío está muerto —murmuró Monk—. En pocas palabras, ¿a qué te parece que ha sido debido?

—Me parece que ha sufrido una insolación.

Monk se rascó la cabeza y siguieron andando. Encontraron dos cuerpos más, sin vida. Cerca de la escalera del salón, Monk examinó detenidamente las junturas de la cubierta.

Esta estaba hecha de madera de teca y las junturas iban rellenas de una mixtura, parte de la cual había sido extraída.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. Doc, ¿recuerdas aquella chalupa plateada que encontraron en el Estuario de Long Island, con toda aquella gente muerta a bordo?

—Perfectamente —dijo el hombre de bronce—. Se hallaba en las mismas condiciones que este barco.

Entraron en el salón y se hizo evidente que no todo el mundo estaba muerto a bordo. El salón que era de grandes dimensiones y contenía un buen número de sillones y divanes, había sido convertido en un hospital.

Sin duda no habían colocado a nadie de vigía y el ruido de la tempestad debió ahogar el zumbido de los motores de los aeroplanos, que eran silenciosos.

De pronto comprendieron por qué nadie vigilaba. Casi todos los presentes llevaban los ojos vendados.

Un hombre se acercó a Doc Savage y a Monk. Era un individuo delgado, aunque musculoso, y de piel curtida, algo menos tostada por el sol que la de los demás… si se trataba verdaderamente de quemaduras producidas por el sol. Se levantó una punta de la venda que le cubría los ojos.

—¿Quiénes son ustedes, caballeros —preguntó,— y cómo demonio han escapado a ese calor infernal?

Doc Savage se dio a conocer, así como a Monk. El hombre se asombró en sumo grado. Se arrancó la venda de los ojos como para ver mejor a los recién llegados, pero empezó a parpadear violentamente y tuvo que cubrirse nuevamente la vista.

—¡Es una cosa increíble! —dijo—. Me llamo Ward y soy uno de los camareros del barco. ¿Puedo servirles en algo?

—Explíquenos lo sucedido —dijo Doc.

El hombre habló del extraño calor y de lo que hicieron pasajeros y tripulantes.

—Fue empeorando por momentos —dijo—. Me refiero al calor. Llegó el momento en que nadie quedó en pie y de pronto se fue…

—¿Cuánto tiempo tardó en restablecerse la temperatura normal? —preguntó Doc Savage.

—Bastante —dijo el hombre—. Todavía hace calor… pero el extraño bochorno… lo que tumbó a todo el mundo… eso desapareció casi instantáneamente.

—¿Ha visto usted a un hombre llamado Thurston H. Wardhouse? —preguntó Doc.

—No —contestó el camarero.

—¿O a mis dos ayudantes, Renny y Johnny?

—Estaban a bordo —declaró el hombre—. Pero no han sido vistos desde el momento en que el extraño calor dejó a todo el mundo inconsciente.

Doc Savage no dijo nada a Monk ni le participó sus temores, pero el químico dedujo su inquietud de la rapidez con que el hombre de bronce procedió a registrar el Regís.

El camarero Ward les sirvió de guía y empezaron a buscar a Renny, Johnny y a Thurston.

Registrar un trasatlántico no es cosa que se hace en unos minutos y cuando esta tarea queda encomendada a tres individuos, los pasadizos y camarotes de semejante buque adquieren las características de un vasto laberinto.

Hicieron gran número de descubrimientos.

Primeramente, las brújulas parecían haber perdido su imantación.

—Igual ocurrió en la chalupa de plata del Estuario de Long

Island —recordó Monk.

Después llegaron a la conclusión que los individuos que se hallaban en el fondo del barco durante aquel periodo de calor no habían sufrido mucho sus efectos.

Por ejemplo, los fogoneros del cuarto de las máquinas habían sudado copiosamente, pero eran pocos los que habían perdido el sentido.

No hallaron a Johnny, ni a Renny, como tampoco al misterioso Thurston H. Wardhouse.

Una hora después, Doc Savage anunció una decisión que acababa de tomar.

—Se necesitaría una semana para registrar el barco a fondo —dijo—. Renny y Johnny deberían haber contestado, puesto que les hemos llamado a gritos. O están incapacitados o no se hallan a bordo.

—Si no están a bordo, ¿dónde demonios habrán ido? —preguntó Monk.

En vez de contestar, Doc Savage le dijo:

—Para realizar una investigación completa con el fin de saber qué es lo que le ha ocurrido a este barco, necesitaremos unos aparatos especiales. Este calor misterioso parece ser la base del asunto y es esencial que sepamos lo que es. Así, pues, es preferible radiar a Long Tom que se reúna con nosotros y traiga en el aeroplano los aparatos. Esto sería más rápido que enviar a Ham en su busca.

Monk estaba mirando arriba y veía el aeroplano que describía grandes círculos sobre el barco, aunque el ruido de sus tres motores quedaba ahogado completamente por el fragor de la tempestad.

—¡Uh, uh! —dijo distraídamente.

—Vamos a ver si la telegrafía funciona —añadió Doc.

Ward les acompañó al cuarto del telegrafista, estancia lujosa de mármol y caoba. Ward empezaba a ver mejor.

—He tenido la suerte de permanecer bajo cubierta durante el calor —dijo—. A decir verdad, estaba pelando patatas. De ahora en adelante, no volveré a maldecir de las patatas.

La instalación de telegrafía sin hilos era del tipo más moderno. Doc Savage la miró rápidamente y a continuación examinó a los telegrafistas que, ambos, estaban muertos.

No se veía rastro alguno de Renny ni de Johnny en el cuarto de la telegrafía.

Inesperadamente, se oyó un sonido extraño: un trino débil que recordaba un circuito eléctrico heterodino. Subía y bajaba la escala musical y Ward miró el aparato con extrañeza.

—Es la primera vez que oigo a una radio hacer este ruido —gruñó.

Doc Savage no dijo nada. Tampoco Monk reveló la verdad, es decir, que el trino era un ruido inconsciente que Doc emitía en momentos de tensión mental. En el presente caso, significaba que el hombre de bronce había descubierto algo interesante.

—Alguien estuvo sentado ante el aparato y cayó, derribando una botella de tinta —dijo—. ¿No veis la huella de una mano untada de tinta en el suelo?

Monk miró casualmente al principio y luego con intensidad. La huella en cuestión era tan enorme que únicamente un hombre podía haberla imprimido.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Renny!

—Exactamente.

—¿Pero dónde estará?

Doc Savage no contestó inmediatamente. Anduvo por la habitación, fijándose en una mancha de tinta cerca de la puerta.

—Hecha por una mano que se arrastraba por el suelo —dijo—. Renny parece haber sido llevado fuera después de su caída. De todos modos, la tinta que llevaba en las manos no había tenido tiempo de secarse.

El hombre de bronce se acercó al aparato de radio y empleó unos momentos en una tentativa para ponerse en comunicación con su estación receptora del rascacielos.

La emisora no había sufrido daño alguno a consecuencia de las explosiones.

Doc no tardó en transmitir: —86. Cárgalos en uno de los aeroplanos y tráelos al transatlántico Regis.

El hombre de bronce indicó los números de las cajas del equipo de memoria, sabiendo que contenían aparatos para análisis científicos.

—¡Okey! —contestó Long Tom, usando como Doc el alfabeto Morse.

—¿Algo nuevo por ahí? —preguntó Doc.

—Nada —contestó el mago de la electricidad—. La policía y los periodistas han hecho algunas investigaciones, pero ya no están aquí. Han hecho un sinfín de preguntas respecto a tu muerte… los periodistas y la policía querían saber qué había sido de ti.

—¿Cuándo saldrás? —preguntó Doc Savage.

—Dentro de unos momentos —contestó Long Tom.

Doc Savage cerró la emisora y dio media vuelta.

Monk miró en torno suyo con curiosidad.

—¿Dónde está nuestro amigo Ward? —dijo en voz alta.

Ward, el camarero servicial, había desaparecido.

—Es probable que no quería meter la nariz en nuestros asuntos particulares —decidió Monk.

Doc y Monk prosiguieron su registro del barco en busca de sus dos camaradas, esperando la llegada de Long Tom de Nueva York con el equipo pedido.

Ward, el camarero, les espiaba, oculto detrás de un ventilador de la cubierta.

Una mueca viciosa le desfiguraba por completo.

—¡Buena oportunidad para el tío Rastus! —murmuró alegremente.

# CAPÍTULO IX

## *TRAMPA MARITIMA*

WARD no siguió a Doc Savage ni a Monk.

Esperó hasta que ambos amigos estuviesen fuera de su vista y se metió rápidamente en el cuarto de la telegrafía, cuya puerta cerró, asegurándose que no podía abrirse desde fuera.

Se acercó al aparato de telegrafía y lo manipuló como un perito.

Usó una onda muy corta con la emisión de onda corta y en muy pocos instantes se puso en comunicación con otro operador que usaba muchas combinaciones como si intentara disfrazar su mensaje.

—Doc Savage y Monk están a bordo —envió Ward—. Afortunadamente yo estaba aquí. Hacen venir a Long Tom desde Nueva York. Creo que podríamos hacer algo respecto a eso.

—Podemos —asintió el otro hombre—. Espera un momento. Voy a ver lo que dice el viejo "Ojo de Cristal".

AL cabo de unos segundos, siguió transmitiendo: —Comunícate con Long Tom y hazle volar al Suroeste de Montauk. Dale instrucciones para que aterrice cuando nos vea y cuidaremos de él.

—O. K.

—No cierres. El viejo `Ojo de Cristal" acaba de tener una de sus ideas geniales.

Siguió dando instrucciones a Ward durante unos minutos.

El fingido camarero escuchó con atención.

—¡Okey! —volvió a transmitir cuando el otro acabó.

Se apresuró a cambiar la longitud de onda, volviendo a dejarlo todo como cuando Doc Savage usó el aparato para comunicarse con Long Tom.

Debió espiar a Doc, enterándose de las letras de llamada de la

estación del cuartel general de Doc Savage en Nueva York, pues la marcó rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Long Tom por el aire.

—Tus instrucciones están cambiadas —marcó el hombre que decía llamarse Ward.

—¡Eh! —dijo Long Tom—. ¡Tú no eres Doc!

—Soy Monk —transmitió el fingido camarero—. He caído en la maldita cubierta y me he torcido la muñeca, de manera que, a lo mejor, no podrás leer este mensaje.

—Sigue —marcó Long Tom, completamente engañado—. ¿Cuáles son mis nuevas instrucciones?

—Volar al Suroeste del faro de Montauk —indicó el otro—. Busca un proyector que marque las letras DOC varias veces y amara hasta que te vayan a buscar. ¡Que no te extrañe el aspecto del buque que marcará la señal!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Long Tom.

—Muchas cosas. No hay tiempo de decírtelo todo. Te enterarás cuando amares. No vengas al Regís, pues ni Doc ni yo estaremos a bordo. Si puede servirte de consuelo, creo que estamos a punto de dilucidar este misterio. Y ahora, 73 's.

—73's —contestó Long Tom.

El término "73" lo usan los telegrafistas y periodistas para desear buena suerte a su interlocutor. El hombre que se hacía llamar Ward rió sardónicamente después de transmitirlo.

Ward no acabó con la emisora al concluir su comunicación con Long Tom.

Cerró la onda corta y enchufó la onda larga.

Se dispuso a transmitir, pero no lo hizo inmediatamente, sino que permaneció inmóvil con una expresión de concentración pintada en las facciones. Al cabo de unos minutos, volvió a empuñar la palanca.

—S. O. S. —transmitió—. Doc Savage vive y es responsable del ataque al transatlántico Regis. ¡Está asesinando a mucha gente!

El hombre acabó transmitiendo las letras de llamada del transatlántico y pulsó unos cuantos S. O. S. más, con el fin de dar la impresión de que el terror reinaba a bordo.

—¡Doc Savage mata la gente a bordo del Regís con una máquina extraña! —prosiguió—. ¡Enviad socorro! Doc Savage...

A continuación apretó la palanca de una manera que haría que, al otro lado, la estación receptora recogiera un largo ronquido que causaría la impresión de que el telegrafista había muerto en su sitio.

Para dar el toque final y hacer creer definitivamente en un crimen, el hombre agarró a uno de los telegrafistas que yacían en el suelo, lo levantó y le sentó en una silla delante de las palancas.

Metió uno de los dedos del muerto en la tinta derramada, en la cual se veía la huella de la manaza de Renny, y con el dedo así untado, escribió lo siguiente:

*"Doc Savage ha hecho..."*

Lo que seguía era un borrón, como si el dedo hubiese perdido toda fuerza antes de poder completar el mensaje.

Dando un paso atrás, el hombre contempló su obra. Cambió la posición del cuerpo y, sonriendo satisfecho, salió de la cabina, mirando hacia arriba al alejarse por la cubierta.

El aeroplano de Doc, con Ham de piloto, no estaba ya a la vista. El hombre prestó el oído sin oír el ruido del motor.

—Espero que se le caigan las alas o le pase cualquier otro percance —murmuró.

No tardó en encontrar a Doc Savage y a Monk.

—Esto le facilitará el viaje a Long Tom —declaró Monk—. Barrunto que no tardará en llegar. A decir verdad, Long Tom no estaba todavía en el aire a corta distancia del transatlántico, sino que se hallaba sobre el río Hudson en el pequeño hidroavión de alas bajas que había escogido para el vuelo.

La nave era fuerte y de gran estabilidad. En cuanto al motor, era potente y capaz de arrancar materialmente el hidroavión de la cresta de una ola para hacerlo remontar en el aire.

Quince minutos más tarde, Long Tom hubiese leído en Nueva York las ediciones extraordinarias de los periódicos, que hicieron sensación anunciando que un nuevo S. O. S. había llegado del Regís.

¡Doc Savage estaba complicado en el asunto! ¡Doc Savage vivía todavía El S. O. S. decía que era responsable de la matanza a bordo del Regis.

Los periódicos emplearon títulos en letras de un tamaño olvidado desde hacia años.

Un grupo de fotógrafos, periodistas y tripulantes de aviones guardacostas se lanzó en busca del barco. La misteriosa tormenta

desencadenada de un modo tan misterioso iba aplacándose ya.

Long Tom salió volando sobre el mar, felizmente ignorante de todo aquello.

Mantuvo su aparato de radio en la onda usada por Doc Savage y sus ayudantes para comunicar entre sí y esta circunstancia hizo que no oyera los partes que hablaban del ataque de Doc Savage contra el transatlántico.

Había una densa niebla en la punta de Long Island, pero Long Tom encontró fácilmente el faro de Montauk. Rebasado éste, el mago de la electricidad tomó la dirección Suroeste tal como se le había indicado.

No se le ocurrió la idea de que las instrucciones recibidas por radio pudiesen ser falsas. Ni siquiera lo soñó y empezó a escudriñar el mar con ayuda de un par de anteojos.

Sabía que se dirigía a bastante distancia al Sur del transatlántico Regis, pero eso no le preocupaba. Lo que quería ver era una luz que señalara "DOC".

La vió al cabo de algún tiempo. Era una luz muy fuerte y dedujo que la proyectaba un buque de gran tamaño. La noche era oscura; no había luna ni tampoco nubes.

Long Tom dio la vuelta a la luz. Esta se volvió hacia arriba y le inundó, cegándole de tal manera que no veía nada a sus pies.

—Les voy a pagar con la misma moneda —gruñó el esmirriado mago de la electricidad.

Dejó caer una bengala provista de paracaídas y la luz blanca que despidió ésta iluminó lo que estaba abajo. Long Tom se inclinó por la ventanilla del camarote y abrió la boca de sorpresa.

AL principio creyó que lo que veía era una roca larga y brillante, pero cambió de parecer, puesto que los mapas indicaban varios centenares de brazas de profundidad en aquel lugar y ninguna roca podía brillar tanto.

Aquella cosa era larga, estrecha, iba disminuyendo de circunferencia en ambos extremos y le recordaba un enorme cigarro de metal que flotara en el agua.

—¡Un dirigible! —exclamó.

Inició un rápido descenso, con el fin de amarar antes de que la bengala se hundiera en el mar. Luego, vió que no era un dirigible lo que flotaba sobre el agua.

Miró con suma atención. Nunca había visto algo que se le pareciese y no podía siquiera adivinar lo que era.

Se distrajo tanto, que hizo una falsa maniobra. EL aeroplano tocó una ola, rebotó y se hundió por la proa. Long Tom dio por seguro que iba a dar una vuelta completa sobre sí.

El aeroplano no dio la vuelta gracias a su perfecta estabilidad, antes que a la habilidad de Long Tom. Este paró el motor y enjugó unas imaginarias gotas de sudor de su enorme frente.

La luz del proyector le dio de lleno en los ojos cuando sacó la cabeza y los hombros por la trampa de escape del techo del aeroplano.

Se los cubrió con el brazo e hizo seña que apartaran la luz. Esta no se apartó, sino que, al contrario, pareció acercarse.

—¡Doc tiene un puñado de novatos para ayudarle! —pensó Long Tom, metiéndose nuevamente en el camarote en busca de otra bengala.

Estas estaban hechas de tal modo que podía sostenerlas en la mano mientras ardían.

Volvió a salir del camarote y se quedó inmóvil de sorpresa. El proyector se había acercado más deprisa de lo que esperaba y casi estaba sobre él.

El agua se arremolinó, silbó, gimió. Un barco enorme surgió a la vista. Era la extraña y brillante nave. Aun en la oscuridad veía su brillo fantástico.

Estaba ya sobre él.

EL choque ocurrió un segundo después que Long Tom se tirara de bruces, agarrándose al propulsor de una dinamo, la única protuberancia al alcance de su mano. El hidroavión giró en redondo, se inclinó y un ala se sumergió.

En un segundo se hundió el aparato.

Long Tom fue arrastrado bajo el agua, quedando cogido entre el flanco del extraño artefacto y el casco del aeroplano. El impacto fue terrible y los pulmones de Long Tom se vaciaron de aire.

No estaba en una situación que le permitiera pensar en muchas cosas; pero comprendió repentinamente que Doc Savage no estaba allí y que se había dejado engañar.

Tuvo la horrible sensación que el mar tenía un millar de millas de profundidad, que estaba en el fondo y nunca volvería a subir a la

superficie.

Luego no sintió nada más ni pensó ya en Doc Savage ni en el engaño de que había sido víctima.

# CAPÍTULO X

### *EL TIO PENGUINO*

DOC Savage estaba de pie en el puente del transatlántico Regis. Tenía el gran proyector del buque vuelto hacia arriba y enviaba repetidamente el aviso S. O. S., no porque necesitara ayuda, sino porque intentaba revelar a Ham la posición del transatlántico.

—¡Espero que no le habrá ocurrido nada a Ham! —dijo Monk.

Cualquiera que hubiese oído esta frase pronunciada con tono ansioso se hubiera negado a creer que el químico no había dicho nunca una frase cortés o amable al elegante y desaparecido Ham.

Se oyó un ruido de motor en la lejanía y un aeroplano se acercó atraído por el poderoso proyector.

—Debe ser un guardacostas o un peliculero —dijo Monk.

Pero se equivocaba; era Ham, que bajó a poca altitud y empezó a transmitir un mensaje en código con los faros rojos y verdes de las puntas de las alas.

—¡Maldición! —exclamó Monk, leyendo el mensaje.

Doc Savage dejó oír su trino por espacio de unos segundos.

—Ham se ha vuelto útil —dijo Monk con sorna.

Doc Savage volvió a cruzar los camarotes, luego el salón y de allí pasó al bar, buscando con los ojos a alguien.

Ward estaba en el bar, apurando una copa de whisky.

—¡Bebo por el éxito de sus investigaciones! —dijo.

—Sí —contestó Doc Savage, cogiéndole el cuello con ambas manos—. Por el buen éxito de mis investigaciones.

Al retorcerse Ward, el licor le inundó la cara. Intentó gritar, sin conseguirlo.

Movió los brazos frenéticamente y, finalmente, dejó oír un estertor, permaneciendo inerte.

Monk acercó la cara a la de Ward, dándose cuenta que el hombre estaba en estado de comprender lo que se le decía.

—Ham ha recogido esos mensajes que has enviado —espetó ferozmente—. ¡El maldito picapleitos se había perdido! Acaba de regresar y nos ha transmitido la noticia con sus luces.

—¡A —r— r —r— k! —dijo Ward.

Doc Savage le soltó la garganta.

—¿Están a bordo Renny y Johnny? —preguntó.

Ward reflexionó rápidamente.

—Sí —contestó.

Doc Savage miró a Monk.

—Miente —dijo el hombre de bronce—. Lo que quiere es entretenernos aquí hasta que el guardacostas llegue, después de lo cual es casi seguro que nos arrestarán.

Monk hizo una mueca que no tenía nada de agradable.

—Entonces, lo mejor es volver a nuestro aeroplano —dijo.

—Desde luego —contestó el hombre de bronce—. Y nos llevaremos a Ward, si es así como se llama.

—Ya pueden ustedes pegarme un tiro —gruñó Ward—. Nos vamos a ahogar si ese aeroplano intenta recogernos.

No se ahogaron. Doc Savage bajó al interior del buque y con ayuda de una bomba tiró aceite al mar por una tronera de popa.

No bastó para suprimir las olas, pero las calmó y dejaron de azotar el barco.

Esto era el peligro que amenazaba al aeroplano.

Unas cuantas señales con una luz hicieron bajar a Ham. El hidroavión se enderezó, maniobró diestramente.

—Apuesto lo que quieras a que Ham quisiera en este momento haberse entrenado últimamente —rezongó Monk con un dejo de ansiedad.

Pero Ham era un excelente piloto y dio pruebas de ello. Se posó sobre el agua sin mojar siquiera los flotadores de las puntas de las alas.

Doc Savage tiró a Ward por la borda y le siguió de cerca. Monk fue el último en dejar el buque. El agua, cubierta de una capa de aceite, era espesa y sucia, pero resultaba tranquila como la de un lago si se le comparaba con la que rodeaba la superficie alcanzada por el aceite.

Se encaramaron al aeroplano mientras éste subía y bajaba sobre el mar, dando saltos de veinte pies, y más, cada vez. Doc Savage se sentó ante los mandos e hizo remontar el aparato con una maniobra audaz.

El mar pareció caer bajo sus plantas y la oscuridad del cielo les tragó.

—¡Puf! —dijo Monk—. Habeas, de buena te has librado, hijo.

Habeas Corpus, el marrano, gruñó cariñosamente, dio unos pasos y mordió tranquilamente al simio, Química, para expresar su satisfacción ante el regreso de Monk.

Química lanzó unos chillidos espantosos, que únicamente un mico es capaz de proferir.

—¡Eh! —aulló Ham, dando un puntapié a Habeas.

Habeas lo esquivó con la precisión adquirida merced a una larga práctica.

Química agarró el bastón —estoque de Ham que estaba en el asiento y lo descargó con tremenda fuerza sobre Habeas.

El gruñido del puerco dejó tamañito el grito anterior del mico.

—¡Eh! —rugió Monk tirando lo que tenía en la mano y que resultó ser el estuche de unos anteojos, sobre Química.

Ham resopló y se abalanzó sobre Monk, gritando: —¡Voy a desollarte vivo... so... orangután!

—¡Acércate, maniquí viviente, abogado de mentirijillas! —replicó Monk.

Ward, el falso camarero, se tiró de pronto sobre la puerta del aeroplano, forcejeó, la abrió y se dispuso a tirarse al espacio.

Luego lanzó un grito ahogado y cayó, en parte, fuera de la puerta, pero sin que su cuerpo acabara de resbalar.

Olvidando su querella, Monk y Ham se tiraron adelante.

Monk recogió una llave inglesa que Doc Savage había sacado de una caja de herramientas y dejado caer al suelo y derribó a Ward, que quedó inanimado.

Monk volvió a introducir la llave inglesa en la caja.

—Debimos vigilarle —gritó el químico—. Pero tenía tanta alegría de volver a ver a Ham, que iba a arrancarle el hígado.

Ham volvió a introducir a Ward al interior del avión y cerró la puerta.

—¿Qué vamos a hacer con este cliente? —preguntó.

—Llevarle a Nueva York e interrogarle —dijo Doc Savage.

—No será empresa fácil hacerle cantar —declaró Monk:— Este sujeto estaba dispuesto a suicidarse hace un minuto, con el solo fin de escapar de nuestras manos.

—¿Y Long Tom? —preguntó Ham.

—Vamos a seguir la ruta al Suroeste del faro de Montauk para verlo que descubrimos —dijo Doc Savage.

No encontraron nada, sino agua y oscuridad. No hacia mucho viento, circunstancia que le llamó la atención a Monk.

—Es extraño —declaró—. La tormenta no existió más que alrededor del transatlántico Regis.

Doc Savage no cambió de expresión.

—El extraño calor que causó tantas desgracias en el Regis se limitó a una reducida superficie del mar —dijo—. El calor ocasiona expansión del aire. La contracción del aire al enfriarse la atmósfera cuando el calor desapareció, causó, naturalmente, un viento bastante fuerte.

No dijeron nada más hasta haber volado bastante lejos al Suroeste del faro de Montauk. La noche era muy oscura y Doc Savage, no fiando en su poder visual, usó un aparato que consistía en dos unidades, la primera un proyector de gran poder que echaba unos rayos invisibles fuera del alcance del ojo humano y la segunda una lente mecánica y eléctrica que hacia visibles esos rayos.

El complicado aparato no reveló nada.

—Volvamos atrás —dijo Doc Savage—. Vamos a intentar de nuevo…

Entregó el mando del aparato a Ham y sacó el rollo de película de una de las cámaras fotográficas que operaba junto con el proyector, examinando las fotografías de su vuelo con un amplificador.

En una de ellas, vió algo interesante.

Era algo que se parecía a la aleta de un enorme pez espada, aunque ningún pez espada podía parecer tan grande desde semejante altura.

En la orilla del clisé estaba fotografiado automáticamente el tiempo hasta décimas de segundos y Doc calculó la posición del extraño objeto. Luego volaron hacia el mismo.

Era un ala del aeroplano de Long Tom. Doc Savage amaró el

hidroavión cerca, se tiró al agua a la luz de una bengala y nadó hasta el aparato naufragado. Estaba en mal estado. Era un fragmento de ala, con la mayoría de los flotadores reventados. El extremo que había estado reunido con el aeroplano estaba destrozado y Doc estuvo examinándolo un buen rato.

Cuando regresó a bordo de su aeroplano llevaba algo entre los dedos bronceados.

—¿Qué es esto? —gruñó Monk—. ¿Una escama de pez?

Doc le entregó el objeto para que lo examinara.

Monk lo miró, dándole vueltas entre sus dedos con expresión de asombro.

—¡Metal! —dijo—. Pero ¿lo es? ¡No pesa mucho! Tiene el aspecto de haber sido arrancado de algo.

Doc le dijo: —¿Has visto alguna vez el cristal roto del recipiente de una botella termos?

—¿Eh? —murmuró Monk—. Es verdad que esto se lo parece, pero que me aspen si veo la relación que tiene...

Doc no dijo nada más.

Estuvieron mucho tiempo buscando el cuerpo de Long Tom sin encontrarlo.

Doc Savage emprendió el regreso a Nueva York, volando muy alto, en la estratosfera. Mantuvo los silenciadores funcionando todo el rato y tenía sus motivos para tomar estas precauciones.

Las noticias se sucedían por telegrafía hundieron al grupo de Doc y sus ayudantes en el silencio. Cuando Habeas y Química iniciaron una breve lucha, ni Monk ni Ham intervinieron ni aprovecharon la oportunidad para insultarse. Estaban sumamente abatidos y cabizbajos.

Guardacostas y aeroplanos de la Prensa habían alcanzado al Regis.

Encontraron al telegrafista muerto delante de sus aparatos. Unas noticias asombrosas conmovían al mundo entero y obligaban a las autoridades a preocuparse de Doc Savage.

Los S. O. S. recibidos antes hacían a Doc Savage responsable de los acontecimientos del transatlántico. Nada indicaba que el telegrafista no había sido quien mandó el mensaje y en la actualidad aquel hombre estaba muerto.

El testimonio de los moribundos es invariablemente aceptado

por el público como la pura verdad.

Personas sagaces e inteligentes en otras circunstancias, considerarán como la verdad los murmullos de un moribundo, aunque la víctima puede no tener la menor idea de que está a punto de fallecer y, en cambio, ser capaz de acusar a un enemigo completamente inocente.

—Tendremos que contestar a un sinfín de preguntas —murmuró Monk.

—Lo cual será bastante molesto —concluyó Ham.

A unos treinta mil pies, Doc Savage paró los motores y el aeroplano bajó hacia la tierra, como una sombra, con sus luces apagadas.

Doc cogió los anteojos y escudriñó el río Hudson en los alrededores del edificio de la Hidalgo Trading Company, que era una combinación de cobertizo, almacén y astillero.

Desde luego, la policía sabia que el hombre de bronce era el dueño de aquel lugar.

El cobertizo estaba equipado con una notable red de señales de alarma. No era preciso que un ladrón se introdujera en el edificio para hacerla funcionar.

Cualquiera que se acercara mucho al cobertizo ponía en marcha el sistema conectado con un hilo que iluminaba un rótulo eléctrico colocado en otra casa situada a alguna distancia.

El rótulo estaba iluminado en la actualidad.

Doc Savage amaró en el río Hudson, acercó el hidroavión a la orilla, lo ató a un poste y se encaminó a la parte baja de Manhattan con su prisionero.

Este empezó a luchar y quiso gritar. Con una mueca feroz, Monk le asestó un puñetazo y el hombre se desplomó. Llamaron un taxi. Ya era de noche cuando éste se detuvo a su lado.

—Nuestro compañero se encuentra mal —explicó Monk.

Cuidaron de que la luz de los faroles no les iluminara de lleno la cara durante el trayecto y se apearon cerca del laboratorio de experimentos químicos de Monk en el sector de Wall Street.

El laboratorio de Monk era una maravilla. Era más completo todavía que el que quedó destruido por la explosión en el cuartel general de Doc, en lo que se refiere al equipo químico, y estaba situado en el tejadillo de la parte superior de un rascacielos.

Las habitaciones particulares de Monk eran contiguas al laboratorio. A Monk le gustaba, por lo visto, el lujo y el estilo modernista. Todo en su casa era metal, cristal, o piel de colores chillones. Habeas Corpus tenía un cuarto para él solo con un baño de barro químicamente purificado y perfumado.

Ham se mofó mordazmente, como siempre lo hacía, al ver el lujo chillón del aposento de Monk.

—¡El producto de una mente animal! —resopló.

Monk se limitó a sonreír y recordó las ocasiones en que hizo algunas reflexiones escogidas y satíricas respecto al piso sombrío y serio de Ham, situado en un club de Park Avenue, tan exclusivo que, incluso, los botones del establecimiento eran ex duques.

Doc entró en el laboratorio. Había estado allí antes de entonces y sabia dónde encontrar los diversos productos. Empezó inmediatamente a preparar algunas mezclas.

—Necesitaremos un aparato eléctrico —dijo—. Monk, prepáralo. Ham, llévate el prisionero a otro cuarto para que no vea lo que estamos haciendo.

Ham arrastró al cautivo a otra estancia. El hombre no había vuelto todavía en sí.

Media hora después, Doc Savage entró y se enfrentó con el cautivo, que acababa de recobrar el conocimiento. Doc llevaba en la mano una jeringuilla para dar inyecciones y la usó sobre el prisionero.

—¿Qué le estás dando? —preguntó Ham.

Doc Savage replicó en lengua maya, antiguo idioma que tanto él como sus ayudantes habían aprendido hacía tiempo en el transcurso de una aventura fantástica en las selvas vírgenes de Centroamérica y que usaban para comunicarse entre ellos cuando no querían ser comprendidos de otras personas presentes.

Aparte de ellos, no habría, probablemente, media docena de hombres en el llamado mundo civilizado que conocieran el idioma.

—Una droga que le hará perder el dominio de sí y le predispondrá a aceptar ideas sugeridas por otros —contestó Doc.

Esperaron; al cabo de un momento, el hombre empezó a retorcerse. Era evidente que estaba asustado. Doc miró a Monk y a Ham e hizo una seña con la cabeza..

—¡Habla, debes hablar! —dijo Doc Savage sombríamente.

El prisionero le miró con ojos desorbitados y descubrió los dientes en una mueca atroz.

—¡Váyase al infierno! —dijo.

Doc Savage sacó un rollo de esparadrapo, cortó algunas tiras y cerró uno de los ojos del prisionero por medio de una de ellas. Luego, Doc sacó un cuchillo largo y puntiagudo y lo puso delante del otro ojo del individuo.

—Cuando cambies de idea, dínoslo —dijo el hombre de bronce, inclinando la punta del cuchillo.

El hombre cerró involuntariamente el ojo.

Doc obró con rapidez. Tiró el cuchillo a un lado, agarró un pedazo de hielo que Monk tenía preparado y lo pasó sobre el ojo de la víctima.

Sabido es que el hielo al pasar por la carne humana produce la impresión de un corte de cuchillo.

Monk tenía un contacto eléctrico preparado. Doc lo aplicó al ojo del hombre. Un pedazo de esparadrapo sirvió para sujetarlo sobre su cara y Monk vertió un poco de agua caliente sobre el rostro del hombre.

El contacto eléctrico causó un dolor seguido y agudo muy real. En cuanto al agua caliente, daba la impresión de la sangre.

El hombre gritó y forcejeó. Le sujetaron. Chilló tan fuerte que le salieron espumarajos por la boca.

—Este piso tiene gruesas paredes —dijo Monk.

—Afortunadamente —añadió Ham.

Habeas, el marrano, entró, gruñendo fuertemente, con el fin de investigar la causa de los gritos de la víctima.

—Habeas —dijo Monk—. ¿Te gustaría comerte les ojos de este hombre? ¡O. K.! ¡Ten!

Monk hizo con los labios una buena imitación del ruido de un puerco que está comiendo.

El hombre que yacía en el suelo se movió frenéticamente como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

—Me parece que Habeas se comería gustosamente una oreja —dijo Monk.

Usaron el hielo, el agua caliente y otro electrodo eléctrico para hacerle creer al individuo que había perdido una oreja. De haber estado en sus cabales, tal vez no se habría dejado engañar, pero la

droga le tenía medio aturdido.

—Creo que no quiere hablar —dijo Monk.

El prisionero se limitó a blasfemar.

—¿Quieres la oreja, Habeas? —preguntó Monk—. Gruñe en caso afirmativo.

Monk hizo una seña a su puerco y éste gruñó fuertemente.

—¡Magnifico! —dijo Monk, riendo—. Vamos a darte su segundo ojo.

El hombre lanzó un grito agudo, el último.

—¿Qué queréis saber? —preguntó con voz ronca.

—¿Dónde están nuestros amigos? —dijo Monk.

—¿Quiénes son?'

—Long Tom —dijo Monk.

—Johnny y Renny —añadió Ham.

—¿Qué me daréis por charlar?

—No sé —contestó Monk—. Lo que ya tienes, quizá. ¡Tu ojo, por ejemplo… y tu vida!

El prisionero se retorció y blasfemó.

—¡Decían que vosotros no habíais mutilado a nadie! —espetó—. ¡Oh, oh, mi ojo!

—¿Dónde están nuestros amigos? —preguntó tenazmente Monk.

—El Tío Penguino se los ha llevado —contestó el hombre.

# CAPÍTULO XI

### *UNA META POLAR*

TRAS estas palabras hubo un corto silencio de asombro.

—¡Hem! —resopló Monk—. Este sujeto se burla de nosotros...

—No —insistió el cautivo.

—Dadme el cuchillo —pidió Monk—. Voy a sacarle el otro ojo...

—Aquí lo tienes —dijo amablemente Ham.

El prisionero gritó de un modo horrible.

—¡Un momento! —aulló—. El Tío Penguino es un barco. Es el buque de la exploración polar de Cheaters Slagg.

Doc Savage dijo entonces: —¿Acaso Cheaters Slagg es el hombre conocido por el nombre de capitán Montmorency Federico Slagg que fleta su barco para exploradores famosos'!

—Exacto —dijo el prisionero.

—Así, pues, no mentía —dijo Monk con desaliento—. Bien, tengo el cuchillo a mano por si se presenta la ocasión de usarlo.

Doc Savage prosiguió el interrogatorio.

—¿Cuándo empezó este asunto? —preguntó.

—No lo sé de fijo —dijo el hombre—. Hace cinco o seis años, cuando los vuelos sobre los Polos y las expediciones a los mismos, eran tan populares, Cheaters Slagg tomó un aviador y su aeroplano, se fue al Polo Sur y estableció bases para él. Era mientras lo estaba haciendo, que Cheaters Slagg descubrió el valle.

El hombre respiró hondamente, gimió y prosiguió:

—Otras dos personas conocen la existencia del valle —dijo—. Es decir, que saben dónde se encuentra. Derek Flammen, el explorador es una de ellas. Era el aviador que fletó el buque de Cheaters Slagg hace cinco años, cuando Slagg descubrió el valle.

El hombre volvió a gemir más fuerte.

—La otra persona que conoce su existencia es la muchacha Velma Crale —dijo con voz quejumbrosa—. Descubrió el lugar cuando volaba en el Antártico, explorando. Aterrizó y descubrió que Cheaters Slagg había estado allí anteriormente. Regresó rápidamente a los Estados Unidos, buscó a Slagg y le propuso asociarse con él para explotar el valle. No tenía dinero, pero quería vender su silencio. Callaría si Slagg le daba la mitad. Slagg encontró la manera de hacerla callar sin que le costara tanto. Decidió matarla. Ella estaba a bordo de la chalupa de plata, pero es astuta, escapó y se dedicó a hacer una limpieza general, aunque no logró gran cosa.

Si el hombre no hubiese estado bajo el efecto de la droga, habría comprendido que se hubiese desmayado o por lo menos debilitado mucho a consecuencia de una herida tan seria como la extracción de un ojo.

—¿Qué hace Thurston H. Wardhouse en este asunto? —preguntó Doc.

—¡Que me aspen si lo sé!

—¿Qué hay en ese valle del Polo Sur? —insistió Doc.

—No lo sé.

—¿Qué causó la extraña ola de calor que azotó al transatlántico Regis?

—No lo sé.

Monk intervino, diciendo:

—Trae una piedra de afilar, Ham, para que afile la punta de este cuchillo. Voy a sacarle el otro ojo.

El prisionero pateó y dejó oír unos sonidos inarticulados.

—¡Les he dicho todo lo que sabía! —chilló—. Yo no era más que un marinero a bordo del Tío Penguino.

Cayó al suelo, dándose un fuerte golpe en la cabeza.

Doc le examinó:— El corazón se ha parado —dijo.

Ham miró a Monk con aire acusador: —Ya lo ves. ¡Asustas a la gente normal hasta matarles, eslabón que falta! ¡Piensa en lo que tengo que soportar de ti!

Monk estaba demasiado preocupado para hacerle una contestación adecuada. No se le había ocurrido que el prisionero pudiera morir de miedo.

—¡Tendría el corazón débil! —dijo con voz entrecortada.

Doc Savage trabajó rápidamente. Entró en el laboratorio, se apoderó de una larga jeringuilla, del tipo de las que Monk empleaba para inyectar mezclas químicas a sus conejillos y ratas, la llenó de adrenalina y volvió.

Aplicó al hombre una inyección en toda regla.

La víctima no tardó en respirar nuevamente.

El hecho no era sin precedente. Más de un paciente había literalmente muerto en la mesa de operaciones para ser traído a la vida por el uso de la mágica adrenalina que estimula el corazón hasta que éste reanuda su actividad. Doc telefoneó y unos minutos después una ambulancia vino a buscar al hombre. Era una ambulancia blanca y el chófer parecía conocer a Doc Savage. Monk se sorprendió.

—Pero ese sujeto debe saber más —rezongó—. No nos ha dado detalles respecto al Tío Penguino.

—No podrá hablar antes de que transcurran algunas horas —contestó Doc Savage—. Y es probable que nos ha dicho casi todo lo que sabía.

La ambulancia se alejó. Monk y Ham no dijeron nada, pero sabían que llevaría el prisionero al extraño instituto de Doc Savage para la cura de criminales, situado al Norte del Estado de Nueva York, lugar donde operaban a los pacientes, de tal modo, que todo recuerdo de su pasado quedaba borrado de su mente, después de lo cual, se les volvía a educar con el fin de transformarlos en ciudadanos honrados.

Nadie, aparte de Doc Savage y sus ayudantes conocía su existencia.

Doc lo mantenía en secreto por la sencilla razón de que este sistema inusual de tratar a los criminales, habría merecido la crítica de reformadores bien intencionados que abrigaban otras ideas respecto a la forma de hacerlo.

Doc Savage se dedicó, entonces, a encontrar al buque Tío Penguino. Para ello necesitó horas. Consultaron registros marítimos y pidieron informes a todos los buques que recorrían, a la sazón, el Atlántico cerca de los Estados Unidos y quo tenían una instalación de telegrafía sin hilos.

La necesidad de obrar con discreción resultaba un obstáculo.

A las diez de la mañana del día siguiente, el guardián de un faro

comunicó haber visto el buque Tío Penguino anclado en una pequeña ensenada de la costa al Sur de Connecticut.

Doc Savage, Monk, Ham, el puerco y el extraño mico, subieron a un taxi y se hicieron llevar a su aeroplano, pero no pudieron subir al mismo, pues la policía lo había descubierto allí donde lo habían dejado.

Doc vió de lejos al policía de guardia y dio al chófer la orden de dirigirse a Long Island.

El chófer del taxi había descubierto la identidad de sus pasajeros. No dijo nada, pero pasó delante de las oficinas de un periódico de última hora.

Los títulos en grandes letras decían que la policía y los agentes del gobierno buscaban a Doc Savage y a sus ayudantes. Unas órdenes de prisión habían sido extendidas para su detención.

La acusación era de sospecha de complicidad en el asunto del Regis.

Doc, Monk y Ham tenían un aeroplano en Long Island. Era un pequeño hidroavión y Doc lo guardaba en la granja de un campesino para casos de necesidad como el presente.

El aeroplano tenía alas plegables y se podía hacerle entrar y salir de la granja con toda facilidad.

Doc emprendió el vuelo hacia la playa de Connecticut.

La costa del Sur de Connecticut es relativamente abrupta y bastante poblada, pero tiene sitios completamente desiertos. La ensenada en cuestión se hallaba en uno de estos.

Un buque estaba anclado en la ensenada. Parecía viejo y su proa estaba reforzada para romper hielos. Achatado y feo de líneas, flotaba bastante hundido en el agua.

—Sin duda es el Tío Penguino —decidió Doc.

El hombre de bronce sacó una botella de tintura para la piel y Monk y Ham se apresuraron a untarse con ella. Se introdujeron trozos de parafina en la boca, en cada mejilla y su aspecto cambió notablemente.

Monk rellenó el fondo de su casco de aviador con pañuelos y esto le alargó singularmente la cabeza.

—Sigues pareciéndote a un mico —le dijo amablemente Ham, mirándole burlonamente.

Ataron a Habeas Corpus y a Química, ocultándoles para que no

se les viera.

Doc desapareció y Ham amaró el hidroavión. Lo dejó correr por la superficie del agua y llamó a los del Tío Penguino con toda la fuerza de sus pulmones.

Gritó algo en italiano, idioma que hablaba con la facilidad de un nativo del país.

—¿Dónde estamos? —preguntó en italiano.

Nadie a bordo del Tío Penguino parecía comprender el italiano, lo cual era lo que Ham esperaba. Monk se le unió, gritando en italiano también. Crearon una impresión perfecta, la de un par de aviadores extranjeros extraviados.

Aparentemente decidieron subir a bordo del buque con la esperanza de obtener la información deseada. Montaron una canoa desmontable que se hallaba a bordo del hidroavión.

Esta se abrió en el camarote y lograron sacarla por la puerta, en cuyo momento tuvieron mala suerte. Ham y el bote cayeron al agua y la canoa dio media vuelta.

Doc Savage estaba en el interior. Toda la escena había sido calculada para que pudiera salir del aeroplano y hallarse en el agua sin ser visto.

El hombre de bronce estaba casi desnudo y no llevaba más que unos cortos calzoncillos de natación, de seda, y un cinturón en cuyos numerosos bolsillos llevaba aparatos de su invención.

Entre los dientes sostenía un aparato respiratorio para zambullirse en el agua.

Monk y Ham siguieron luchando con el bote plegable. Ham hizo un llamamiento a les más famosos dioses de la antigua Roma para que se enterasen de lo que pensaba de los botes plegables en general. Monk contribuyó a la farsa lanzando gritos y exclamaciones en italiano, varios rostros curiosos asomaban por la borda del Tío Penguino. Los espectadores vestían de marineros, pero sus caras no pertenecían a hombres que creían en la necesidad de trabajar para vivir.

En el puente de mando había un hombre corpulento que llevaba lentes de gruesos cristales, algo opacos.

—¡Cheaters Slagg! —gruñó Monk, identificándole según las descripciones de Doc Savage.

—¡Calla! —mandó Ham—. ¡Maldice este bote, sube dentro y

rema hacia el barco sin dejar de gritar! Es preciso entretenerles mientras Doc sube a bordo por el otro lado.

—¡Calla tú! —gruñó Monk—. No me digas lo que he de hacer.

Movidas por una brillante inspiración, ambos empezaron a insultarse en latín, a la, par que remaban hacia el Tío Penguino.

Al propio tiempo, Doc Savage subía a la superficie al otro lado del barco.

Se acercó al casco, aguzando ojos y oídos. Todo el mundo parecía hallarse en la otra borda.

El hombre de bronce abrió el cierre relámpago de uno de los bolsillos de su cinturón y extrajo un aparato que llevaba siempre consigo, una delgada y fuerte cuerda de seda provista en un extremo de un gancho plegable.

El gancho estaba forrado de goma. Doc lo tiró hacia arriba con la destreza nacida de una gran práctica, y lo enganchó en la borda.

Se encaramó, logrando la ascensión por la delgadísima cuerda por medio de pequeñas grapas resbaladizas de que estaba provista. Una vez en la borda, se detuvo. Era un instante crítico, pero no había nadie a la vista.

Franqueó la borda. Una escalera se abría delante de él. Los peldaños eran de acero forrado de goma y en el más alto se hallaba un cubo de agua jabonosa y un estropajo abandonados por alguien deseoso de ver al aeroplano y a los dos locos forasteros.

Doc vertió parte del agua sobre la cubierta y pasó el estropajo por el suelo.

Esto borró las huellas húmedas que había dejado.

En el interior del buque reinaba la oscuridad y la ventilación era deficiente.

Hacia calor… Doc volvió un ángulo en el pasadizo.

La punta fría de un arma metálica que no podía ser otra cosa que el cañón de un revólver, le tocó en las costillas.

Velma Crale dijo: —¡No he sentido tanto miedo desde hace años, de manera que ándese con cuidado!

# CAPÍTULO XII

### *MALA SUERTE*

DURANTE unos momentos, Doc Savage se sintió disgustado. Hacía años que un enemigo no lograba acercársele sin ser visto hasta, el punto de tocarle con el cañón de un revólver.

Había empleado miles de horas entrenando sus oídos, sus ojos y su olfato para evitar precisamente lo que acababa de ocurrirle.

En el pasadizo se notaba un fuerte olor a aceite y cerca de allí una dínamo funcionaba.

—Usted acostumbra a surgir en sitios inesperados —dijo Doc Savage.

El cañón del revólver se apartó algún tanto de su cuerpo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Velma Crale—. Creí que era uno de los marineros.

Doc sintió el revólver en su muñeca. La muchacha intentaba entregarle el arma.

—¿Quiere usted esto? —preguntó.

—No.

—Lo necesitará.

Doc no le explicó que no llevaba nunca armas de fuego porque creía que su posesión tendía a hacer que el dueño se fiara en el arma y, en consecuencia, estuviera completamente indefenso cuando estaba desarmado.

—¿Cómo ha subido usted a bordo? —preguntó Doc—. ¿Y cuándo?

—Anoche —dijo Velma Crale—. Le seguí la pista a Derek Flammen. El vino aquí y yo detrás. La noche era oscura. Me encaramé por la cadena del áncora. Desde entonces estoy dando vueltas por el barco.

—¿Qué ha hallado?

—¡Muchísimo!

—¿Por ejemplo?

—¿Se ha fijado en la línea de flotación?

Doc contestó: —El barco está muy hundido en el agua...

—Esta cáscara de nuez está cargada hasta las escotillas —dijo Velma Crale—. La mercancía es muy extraña. En primer lugar, el buque ha sido realzado para recibirla. Hay largas escotillas sobre cubierta y debajo de éstas, lo que parece una cajonada muy grande. He espiado, sin poder averiguar lo que hay en la cajonada.

—Ha tenido usted suerte que no la descubriesen.

—Desde luego, pero ha sido fácil. Aquí dentro hace calor y huele mal y todos permanecen en cubierta. La bodega está aquí.

Doc se acercó a la celda contigua. Esta olía vagamente a ganado como el resto de llena de grandes cajas y jaulas. —He abierto una de ellas para ver lo que había dentro— dijo Velma.

—¿Qué era?

—Una manguera de goma reforzada para soportar una gran presión.

Doc Savage preguntó: —¿Ha visto usted a mis ayudantes?

—¿Cuáles?

—Long Tom, Renny y Johnny.

—Un sujeto pálido y esmirriado, otro parecido a un saco de huesos y el tercero con puños como martillos.

—¡Eso mismo!

—Están en popa.

—Enséñeme dónde —pidió Doc.

—Nos apresarán —se quejó Velma Crale.

Pero echó a andar hacia popa.

Renny estaba forcejeando con los barrotes de la puerta detrás de la cual estaba encerrado. Los barrotes tenían una pulgada de grueso, pero Renny había logrado doblar algunos de ellos.

Era probable que no se le ocultaba el hecho de que no lograría arrancarles del todo, pero el esfuerzo le ayudaba a desfogarse.

—¡Rayos y truenos! —dijo a media voz al ver a Doc y a la muchacha.

—¿Dónde están Johnny y Long Tom? —preguntó Doc.

—Aquí —contestaron dos voces detrás de Renny.

—De manera que los tres estáis ahí dentro —dijo Doc, examinando la puerta, que era de acero y muy fuerte.

La muchacha puso la mano sobre el brazo de Doc.

—Espere.

Y preguntó a Renny, a través de los barrotes.

—¿Dónde está Thurston H. Wardhouse?

—AL lado —contestó Renny—. En la otra celda.

La muchacha dijo: —¡Sáquele primero!

—Sacar a cualquiera de ellos va a resultar difícil —contestó Doc.

Se oyeron unos gritos en cubierta. Ham chillaba en italiano desde el agua, insistiendo para saber dónde se hallaba.

Doc metió una mano en el interior de la celda.

Renny exclamó: —¡Rayos y truenos! ¿Qué...?— En seguída guardó silencio.

Hoy día, los exploradores se llevan vacas en sus expediciones y las celdas aquellas eran las cuadras del buque.

—¡Wardhouse! —murmuró Velma Crale.

Wardhouse apretó el rostro de hermosas facciones contra los barrotes y la luz que alumbraba el pasadizo dio de lleno en el mismo.

Tenía la cara arañada y la nariz hinchada. Uno de sus ojos estaba negro y no llevaba camisa. Alguien se movió a su espalda.

—¿Quién está ahí con usted? —preguntó Velma Crale.

—Derek Flammen —contestó Wardhouse que tenía la pronunciación perfecta de un buen locutor de radio.

Derek Flammen se acercó a los barrotes y preguntó: —¿Quién está ahí? ¿Cómo diablos ha subido a bordo?

Doc intentó cerrarle la boca a Velma Crale.

—Es Doc Savage —dijo Velma Crale antes de que pudiera impedirlo.

Derek Flammen lanzó un grito ensordecedor:

—¡Socorro! —chilló—. ¡Doc Savage está a bordo! ¡Cheaters! ¡Muchachos! ¡Socorro!

Thurston H. Wardhouse se abalanzó sobre él y le asestó un puñetazo en plena cara. Flammen cayó lanzando gritos inarticulados.

—¡Flammen es el jefe! —gritó Thurston con gran excitación—. ¡Lo sospechaba! ¡Ahora lo sé! ¡Estaba aquí pretendiendo ser otro

prisionero, para sonsacarme lo que había dicho a la señorita Crale!

Fuera de sí de rabia, Wardhouse se inclinó y pegó repetidas veces a Derek Flammen. Este dejó de gritar.

—¡No le mate! —ordenó Doc Savage.

Un grupo de hombres llegaba corriendo por el pasadizo. La emprendieron a tiros tan pronto como vieron a Doc Savage.

EL pasadizo tenía las paredes de acero. A decir verdad, el buque entero era de acero y las balas rebotaron ruidosamente al tocarlo.

Doc dio un empujón a la muchacha y se tiró tras de ella. Se acurrucaron en el marco de una puerta.

—¡Derek Flammen! —dijo ásperamente Velma Crale—. Espero que... espero...

Era evidente que no sabía exactamente lo que esperaba. Doc cruzó el camarote en cuya puerta se encontraban y que se hallaba a babor.

Tenía una sola portañola que Doc examinó. Las portañolas se hacen pequeñas para resistir los embates de las olas. Un niño no habría pasado por ella.

—¡No podremos libertar a los demás prisioneros! —gimió Velma Crale.

—Es preferible que nos concentremos en la idea de salir de aquí —le dijo Doc.

El hombre de bronce abrió uno de los bolsillos de su cinturón. Extrajo del mismo un tubito de metal y apretó un botón, abriéndolo.

Se oyó un silbido y una luz brilló, dañando la vista.

Un chorro de una substancia en fusión salió del tubo, fluyendo como un líquido. Doc movió el tubo, derramando la substancia sobre el casco de acero del buque y formando un círculo. El liquido se comía el acero como el hierro candente deshace el hielo. Un ruedo de una yarda de diámetro quedó cortado.

Doc dio una patada al medio y el metal cayó en el mar, dejando una abertura par la cual podían fácilmente escapar.

Dejó caer el tubo de metal en el mar, en el que se hundió. Una nube de vapor y burbujas señalaron el sitio en el cual había desaparecido.

—Vamos —dijo Doc. La substancia que había empleado, era una mezcla similar a la que se usaba en las bombas incendiarias durante

la guerra, pero el momento no era oportuno para explicárselo a la muchacha.

—¡Salte! —ordenó Doc.

La muchacha cambió de expresión como si pensara en cosas espantosas.

—No puede ser —dijo con voz insegura.

—Es preciso intentarlo —dijo Doc—. Salte.

La muchacha se mordió el labio. Seguía sosteniendo su revólver y amenazó a Doc.

—Me es odioso hacer esto —dijo—. Pero hay demasiadas cosas en juego. Y tal vez usted pueda escapar. ¡Manos arriba!

Unos hombres se acercaban por el pasadizo. Doc no contestó.

—¡Si le entrego a esos hombres, tal vez no me hagan nada… no me maten!— —dijo rápidamente la muchacha—. ¡Voy a intentarlo!

—No tiene usted muchos escrúpulos —dijo Doc.

—Esto es según cómo mira el asunto. No le matarán. Lo intentarán, pero usted escapará. No se le puede matar.

Doc Savage dio unos pasos atrás y se metió por el agujero que había cortado en el casco del barco. La muchacha no disparó.

# CAPÍTULO XIII

### *MUERTE*

VELMA Crale quiso seguir a Doc Savage fuera del barco, pero no lo hizo con la rapidez deseada. Unas balas silbaron en sus oídos y se encogió involuntariamente. Varias manos se abatieron sobre ella.

—¡Me alegro de verla! —dijo sarcásticamente Cheaters Slagg—. ¡Que alguien la sujete!

Se asomó a la abertura del casco, cuyas orillas despedían todavía humo.

Miró, parpadeando y divisó una figura de bronce.

Apresuradamente, vació un revólver. Las explosiones resonaron tan fuertes en el camarote, que dejaron los oídos doloridos a todos los presentes.

—¡Doc Savage! —aulló Cheaters.

—¿Le has acertado? —preguntó un hombre.

—¡Infierno! Ya supones la respuesta.

Cheaters hizo un ademán: —¡Que dos de vosotros sujeten a la muchacha! ¡Otros cuatro hombres para vigilar los demás prisioneros! ¡Descanso en cubierta!

Cheaters Slagg corrió arriba, pensó de pronto en algo, dio media vuelta y gritó: —¡Que el jefe salga!

—¿Te refieres a Derek Flam...?

—¿Y quién diablo quieres que sea? ¡Hazlo subir a cubierta!

Slagg corrió a la borda, cargando su pistola por el camino. Enarboló el arma, apuntó cuidadosamente a Ham... y Ham saltó fuera del bote plegable.

—¡Maldición! —espetó Slagg—. ¡Me ha visto!

Slagg disparó sobre Monk, pero erró el tiro. Monk saltó del bote, tocó ruidosamente el agua y desapareció.

—¡Traed la ametralladora! —aulló Slagg—. ¡Intentarán, sin duda, ocultarse detrás del bote!

La ametralladora estaba a mano. Era una pesada arma militar. Tres hombres la levantaron sobre la borda y un cuarto manejó el gatillo y disparó.

La cinta de municiones corría a tal velocidad que parecía despedir humo y un montón de cartuchos vacíos llenó bien pronto la cubierta.

El bote desmontable cayó literalmente a pedazos bajo aquella tempestad de plomo.

Derek Flammen llegó corriendo, abriéndose paso brutalmente entre los marineros. Una mirada le bastó para hacerse cargo de la situación.

—Traed una pistola para cohetes —gritó.

Abalanzándose sobre la ametralladora, se apoderó del mando y encañonó al hidroavión. Disparó y en un momento, las alas se desprendieron, los tanques de combustible quedaron deshechos y un río de gasolina regó el aparato.

—¡Aquí está la pistola! —dijo un hombre.

Flammen la cogió y apuntó. Una bola de fuego verde salió del cañón, tocó el hidroavión y éste ardió.

Las llamas le envolvieron como un papel de seda encarnado envuelve un juguete de Navidad. Habeas Corpus y Química se tiraron del aparato y nadaron.

Flammen no estaba satisfecho.

—¡Echar gasoil al agua! —gritó—. ¡Y apostad unos hombres arriba para vigilar que no vuelvan a salir!

Unos hombres subieron al puente del buque y las bombas empezaron a echar el aceite, negro e inflamable, por las troneras del casco. Con el fin de que ardiera más deprisa, lo mezclaron con gasolina.

Flammen, satisfecho, gritó:

—Hay una playa arenosa en esta ensenada. No podrán alcanzarla sin que los veamos y les derribemos con nuestras ametralladoras. Y ahora voy a impedir que vuelvan a la superficie.

Arrancó un pedazo de tela de un toldo, le aplicó una cerilla y cuando ardió, lo dejó caer sobre el aceite que cubría el agua.

—¡En marcha! —ordenó—. ¡Hasta la desembocadura de la

ensenada!

Las planchas del casco del Tío Penguino era bastante gruesas para que no le molestara el aceite en combustión, pero sin embargo, no podía permanecer en medio de las llamas por mucho tiempo.

Subieron el ancla y un hombre armado de una manguera se encargó de apagar el aceite ardiente al pasar la cadena por el torno.

La hélice giró y el buque, meciéndose perezosamente, se dirigió a la desembocadura de la ensenada.

—¡Ojo avizor! —gritó Flammen a los hombres que se hallaban encaramados en los mástiles con fusiles ametralladoras.

Escudriñaron el horizonte sin ver rastro alguno de Doc Savage y de sus dos ayudantes, pero divisaron a Habeas Corpus y a Química que alcanzaron la orilla y subieron a la playa, sanos y salvos.

Uno de los hombres disparó sobre Química, creyendo a primera vista que se trataba de Monk, pero erró el tiro.

El aceite iba extendiéndose. Ardía lentamente pero se extendía rápidamente.

Unos nubarrones negros se elevaban sobre el agua.

—¡Botad las canoas! —gritó Flammen—. ¡No podemos dejarles escapar protegidos por ese humo!

Botaron las lanchas salvavidas, provistas de motores y varios hombres armados desembarcaron en la playa y tomaron posiciones a lo largo de ésta.

El humo subía verticalmente en el cielo, pues no hacía viento. Nadie podía alcanzar la playa sin ser visto.

Transcurrieron quince minutos sin que Doc y sus ayudantes dieran señal de vida. Derek Flammen empezó a mirar el cielo. Estaba muy despejado y el sol brillaba de un modo inusual.

—¡Enjarciad los escudos! —gritó Flammen.

Todos permanecieron inmóviles, llenos de estupor.

Cheaters Slagg empezó a decir: —Pero...

—¡Enjarciad los escudos! —repitió más secamente Flammen.

Slagg hizo una seña de asentimiento con la cabeza, giró sobre los talones y gritó: —¡Todos a enjarciar los escudos!

Algunos grupos de hombres se formaron en la cubierta, demostrando estar entrenados para un trabajo determinado, Abrieron unas escotillas largas y bastante disimuladas.

El buque tenía una cantidad grande de botalones cortos y

aparejos. Estos quedaron fijados al contenido de la cajonada que se hallaba bajo las escotillas y los hombres izaron los aparejos.

Unas hojas de metal plegables fueron sacadas de tal modo de la cajonada.

Las adaptaron al armazón de metal de los toldillos del buque, sujetándolas con grampas.

El metal era peculiar. Fuera, brillaba como un espejo y por la parte interior era opaco como el plomo. Además, las planchas eran muy gruesas.

Los hombres que las colocaban sudaban a mares y blasfemaban profusamente.

Únicamente las partes del buque donde los hombres debían situarse para gobernar la embarcación fueron cubiertas de tal modo.

Cheaters Slagg y Derek Flammen se paseaban por la cubierta, dando órdenes y lanzando ternos cuando los hombres colocaban inadecuadamente las extrañas hojas de metal.

Necesitaron treinta minutos para concluir la faena.

Flammen miró a Slagg.

—¡Está bien! —dijo.

Slagg bajó al interior del buque.

—¡Todos a cubierto! —aulló Flammen.

Los hombres que habían desembarcado subieron atropelladamente a las lanchas salvavidas y remaron rápidamente hacia el buque. El aceite no ardía ya y no se veía rastro alguno de Doc y de sus compañeros.

EL Tío Penguino había cambiado notablemente su posición. Su extraño toldo metálico le daba una vaga semejanza con un cigarro brillante.

Visto de cerca y con buena luz, el buque se hubiera tomado por lo que era: un barco provisto de un extraño toldo. Pero con luz deficiente o con niebla, su vista habría sido desconcertante.

Long Tom, que lo había visto en malas condiciones de visibilidad, quedó sumamente intrigado.

En el centro del barco, los hombres abrieron unas escotillas. Era un sitio inusual para unas escotillas y los hombres que las abrieron corrieron a refugiarse.

Los motores que se oían en el interior del barco hacían un ruido infernal, aunque los motores de un vapor, por regla general, son

silenciosos.

Empezó a hacer más calor y éste fue rápidamente en aumento. El mercurio subía visiblemente en el termómetro del Tío Penguino.

Los hombres se enjugaban el sudor que bañaba sus rostros.

Fuera de la ensenada, un pequeño queche navegaba apaciblemente. Sin duda sus ocupantes habrían visto el humo del aceite al arder y notado el aspecto exótico del buque que ocupaba la ensenada y se acercaban con el fin de investigar.

Los tripulantes del queche empezaron a portarse de un modo extraño.

Montaron rápidamente un toldo, pero éste no pareció aliviarles mucho.

AL cabo de unos momentos, sufrieron ataques y murieron. El queche, sin nadie al timón, dio contra un arrecife, hizo una vía de agua y se hundió.

A bordo del Tío Penguino nadie había salido de su refugio. Casi todos los hombres llevaban gruesos lentes de color o, si no trabajaban, se habían atado vendas negras sobre los ojos.

El sol parecía haber adquirido una fuerza increíble. La pintura de la cubierta se cubría de ampollas.

Derek Flammen presenció la muerte de los tripulantes del queche sin, al parecer, sufrir remordimiento alguno.

—Bien —dijo por un tubo acústico.

EL calor disminuyó. Cheaters Slagg subió a cubierta y los hombres cerraron las escotillas del centro del barco.

Flammen miró a Slagg con una mueca.

—Esto debe haber dado buena cuenta de Doc Savage. Si se halla a cuatro o cinco millas de aquí, está listo.

Slagg asintió: —¡Ya hemos concluido con el hombre de bronce!

Flammen dio una orden. Los hombres empezaron a desmontar el extraño toldo metálico, volviendo a ponerlo en la cajonada. El buque salió de la ensenada, dándose a la mar.

Una fuerte brisa soplaba y el aire frío azotaba la cara de los tripulantes.

Cheaters Slagg frunció el entrecejo:

—Ha sido un error detenerse en esta ensenada.

Derek Flammen torció el gesto. Su actitud era muy distinta de la que adoptó en presencia de Doc Savage. Se mostraba frío,

dominante.

—Era necesario que me recogieras —dijo.

—A ti… y a la chica —gruñó Slagg.

Derek Flammen miró fijamente a Slagg. Cambió de expresión y ésta se hizo diabólica.

—¿He de entender que criticas mis métodos? —preguntó con tono suave.

Cheaters Slagg miró a su jefe, pues se hacía patente que Flammen era el jefe. Slagg pareció perder estatura y sus ojos se desorbitaron detrás de los gruesos lentes que llevaba.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Nada de eso!

—Lleva los prisioneros a mi camarote —ordenó Derek Flammen. Todos los hombres que no estaban ocupados en la maniobra recibieron la orden de armarse con su revólver y escoltar a los cautivos. Se vigiló de una manera especial a los hombres de Doc Savage.

La muchacha, Velma Crale, había sido tratada con rudeza. Estaba despeinada y la piel de los nudillos le había saltado.

Los tres amigos de Doc Savage callaban y formaban un grupo, sin oponer resistencia a sus adversarios.

Thurston H. Wardhouse se mantenía algo apartado, erguido y con actitud de reto. Tenía una figura atlética y aunque contaría alrededor de cuarenta años, parecía tener el vigor de un muchacho de veinte.

Derek Flammen estaba bebiendo una botella de leche y comiendo un pan a mordisco limpio. Arrancó un pedazo, lo mascó, sacó la barbilla para tragarlo e hizo una mueca, mirando a los prisioneros.

—¡Que el herrero corte cuatro pedazos de cadena pesada! —ordenó—. ¡Esposad a esta muchacha y a los tres hombres de Doc Savage y tiradlos por la borda!

Cheaters Slagg hizo una pregunta: —¿Estás seguro que no les necesitarás?

—Guardaba los amigos de Savage para atraerle —dijo secamente Flammen—. Pero he decidido que esto es demasiado peligroso. La muchacha debió ser eliminada el día que fue a verte para decirte que había descubierto el valle antártico.

—¡Hicimos lo que pudimos! —murmuró Slagg.

Derek Flammen volvió la cara hacia Thurston.

—¡Traidor!

—¡No tenía la menor idea de lo que pensaba hacer! —replicó Wardhouse—. Mi trabajo debía ser una dádiva científica a la humanidad y no un arma en manos de bandidos como vosotros.

—¿De manera que somos bandidos —preguntó sarcásticamente Flammen.

—¡Lo son! ¡Han causado la muerte de docenas de personas!

—¿No comprende usted, Wardhouse, que esa gente no hubiera muerto si usted no nos hubiese traicionado?

Thurston H. Wardhouse descubrió los dientes en una mueca desagradable.

—La señorita Crale les oyó discutiendo mi muerte con el fin de no verse obligados a darme mi parte —espetó.

Flammen volvió el extraño rostro caballuno hacia la muchacha.

—¿Oyó usted eso? Empiezo a comprender cómo se enteró de tantas cosas. Nos espiaba, ¿no?

—¡Siempre que podía! —dijo la muchacha con aire de reto—. Escuchaba detrás de las puertas... Así me enteré que quería raptarme de la chalupa de plata y escapé sin soñar siquiera que causaría la muerte de todos los que iban a bordo.

—Espero que no nos acusará por eso —declaró untuosamente Derek Flammen.

—No —se mofó la muchacha—. Ni tampoco del asunto del Regis.

Flammen ordenó: —¡Pegadle un tiro antes de tirarla por la borda con una cadena atada al tobillo!

Thurston H. Wardhouse dio un paso adelante sin, al parecer, hacer caso de la amenaza de los revólveres.

—¡Oiga! —dijo rápidamente—. No puede usted hacer nada sin mí. Todavía me necesita.

—Podríamos ir haciendo sin usted —contestó Flammen—. No lo sé a ciencia cierta, pero, en último caso, lo intentaremos.

—¡Bien! —exclamó Wardhouse—. Tendrá que intentarlo si mata a esos prisioneros.

Flammen torció el gesto. Arrancó otro pedazo de pan, lo engulló y bebió un sorbo de leche.

—Pongamos esto en claro —dijo.

—No le ayudaré para nada si mata a estos prisioneros —dijo Wardhouse—. No quiero que se mate a nadie más. Déjelos vivir y le prestaré mi cooperación. Y créame, no podrá ir muy lejos sin mí o, mejor dicho, sin mis conocimientos.

Derek Flammen miró a Cheaters Slagg.

—¿Qué te parece, Cheaters?

—¡Mátalos! —dijo Cheaters—. ¡Al infierno con ellos!

—De manera que les perdonamos la vida —gruñó Flammen—. ¡Volved a encerrarlos!

Los prisioneros fueron arrastrados lejos de su presencia. Al pasar delante de una portañola, Long Tom divisó rápidamente la costa de los Estados Unidos que iba alejándose.

—¡Tengo ganas de escapar! —murmuró el mago de la electricidad.

—¡No seas novato! —le contestó el fornido Renny.

—¿Eh? —dijo Long Tom mirándole ceñudo—. Es la primera vez que te oigo predicar la prudencia.

—Tengo algo que tú no sabes —gruñó Renny.

—¿Qué?

—Puedes llamarlo un sistema… ¡Es parte de un sistema de todos modos!

—¿Cuándo lo ensayaremos?

—Cuando llegue la hora. ¡Rayos y truenos! ¡Aguántate y no pierdas los estribos!

# CAPÍTULO XIV

## *TIERRA HELADA*

CINCO semanas y tres días transcurrieron. Long Tom, Renny y Johnny contaban los días haciendo muescas en la gruesa capa de pintura del mamparo.

Sus apresadores tenían siempre un hombre de guardia al otro lado de la puerta y la luz de su celda no se apagaba nunca.

No les dejaban hablar entre sí y, cuando les sorprendían charlando, les negaban la comida siguiente. Podían escoger entre estarse quietos o hambrientos.

Esto no les preocupaba mucho, pues los tres conocían el lenguaje de los sordomudos; pero sus conversaciones, largas y complicadas, no les llevaban a ninguna parte.

Eran las cuatro de la tarde —lo sabían pues seguían en posesión de sus relojes a los que no habían dejado de dar cuerda,— cuando los motores del Tío Penguino se pararon y echaron el ancla.

Renny abrió y cerró convulsivamente los grandes puños.

—¡Rayos y truenos! ¡Hemos llegado!

—Si —asintió Long Tom—. Es probable que ya estemos allí.

Johnny, más esquelético que nunca, les lanzó una mirada.

—Pronósticos anticipados indicando precognición de nuestro destino.

—¡Es un milagro —gruñó Long Tom—, que estas palabras no te ahoguen!

Johnny prosiguió: —Vosotros habláis como si supieseis a dónde vais. ¿No es así?

—No —dijo Long Tom.

Habían discutido el asunto horas enteras durante las últimas semanas y creían haber sacado conclusiones. Ante todo, el buque

había viajado días y más días por regiones cálidas que ellos decidieron serían los trópicos.

Más tarde, hizo frío y en la actualidad helaba. Sus enemigos les habían dado chaquetas forradas de piel de cordero y un par de pantalones extra a cada uno.

No habían vuelto a ver, ni sabían nada de los otros prisioneros, Velma Crale y Thurston H. Wardhouse.

Permanecieron quietos, aguzando el oído. Se oían rumores y una gran actividad. El crujido de unos pescantes indicaron que botaban una canoa.

—Lo cual significa que estamos cerca de la orilla —dijo Renny.

—Opinión incontrovertible —asintió Johnny.

Los tres amigos se miraron. Hablaban en voz baja.

De pronto y como si el mismo pensamiento les animara a los tres, inclinaron la cabeza.

—¡Lo intentaremos ahora! —susurró Renny.

Se levantó, se metió una mano en el bolsillo, la sacó y se acercó a la puerta.

—¿Qué demonio pasa? —preguntó en voz alta.

La cara del guardián surgió al otro lado de los barrotes.

—¡Creía que os habían dicho de callar y permanecer mudos! —dijo el hombre.

Renny levantó la mano. Se oyó un silbido y un chorro de liquido brotó de la pequeña pistola de agua que tenía la forma de un cilindro y que ocultaba en la mano. EL guardia lanzó un suspiro y cayó de bruces.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Ese gas anestésico de Doc los deja fritos!

El ingeniero sacó entonces el segundo objeto que Doc Savage logró deslizarle en la mano, la última vez que se vieron en la ensenada de la costa de Connecticut.

El primero era la pistola de agua y el segundo otro de los cilindros que contenía la mezcla de termita capaz de horadar el metal con suma facilidad.

Renny lo empleó sobre la cerradura de la puerta. Entornó los ojos ante la luz blanca y cegadora de la substancia y a continuación, de un puñetazo, logró abrir la puerta.

—Espero que habremos escogido un momento oportuno —dijo

suavemente—. ¡Vamos, muchachos!

Salió, seguido de cerca por Johnny y Long Tom.

—¿Soltamos a Wardhouse y a la muchacha? —preguntó Renny.

—Le debemos la vida —dijo Long Tom—. Propongo que hagamos lo que podamos por él.

—¿Y la chica?

—Es lista y guapa. Me gusta la idea de salvarla.

Miraron en la cuadra contigua, transformada en prisión. Wardhouse y la muchacha no estaban ya allí.

Subieron rápidamente la escalera de cubierta, ansiosos de ver el lugar donde el buque había echado el ancla. Hacía frío en el interior del buque, pero al subir, la temperatura se hacía más mucho más baja todavía.

Se dieron cuenta, de pronto, que, sin duda, habría algunos grados bajo cero.

—¡P —s— s —s— t! —avisó Renny, parándose.

Sus compañeros se detuvieron igualmente, prestando el oído. Oían voces en un camarote situado a la derecha y se acercaron sigilosamente.

Cheaters Slagg estaba diciendo: —Tenemos bastantes provisiones a bordo para cuatro meses. Luego tendremos que traer más y ganaríamos tiempo enviando la lista de lo que necesitamos para que el género esté preparado y nos espere en algún puerto sudamericano, por ejemplo, Buenos Aires. ¿No te parece?

—Sí —contestó Derek Flammen—. Buenos Aires no estaría mal para el caso.

—Me he tomado la libertad de preparar las siguientes listas de los artículos que serán necesarios dentro de cuatro meses —siguió diciendo Slagg—. Las listas están dirigidas a compañías que venden las respectivas mercancías y el nombre firmado es el de mi propio buque. Mi crédito es bueno y enviarán el género sin hacer preguntas ociosas. ¿Envío el pedido por radio?

—¿Estás seguro que se trata de mercancías que necesitaremos?

—Desde luego.

—Envíalo, pues. Hemos gastado todo mi dinero y el tuyo en esta empresa o, por lo menos, casi todo. Ahorra es preciso ahorrar, pero de todos modos envía el radiograma pasando el pedido.

—Tómalos, Sparks —dijo Cheaters Slagg, hablando, sin duda, al

telegrafista—. Envíalos enseguida y recoge las últimas noticias para que sepamos si hablan o no de Doc Savage.

—He copiado las noticias hace unos minutos —contestó otra voz —. Dicen que no se ha encontrado el rastro de Doc Savage.

—¡Le habremos matado junto con sus dos ayudantes en esa bahía! —concluyó Slagg.

Renny, Long Tom y Johnny, que estaban escuchando, se enteraron por vez primera de la suerte que se suponía había corrido Doc Savage.

Quedaron momentáneamente helados y paralizados de horror y no oyeron sino vagamente el siguiente comentario del telegrafista.

—Acusan a Doc Savage del ataque contra el transatlántico Regís y la chalupa plateada y del asesinato de algunas personas que murieron en la vecindad de la ensenada —dijo el telegrafista—. En resumidas cuentas, el mundo cree en la actualidad que Doc Savage causó aquel extraño calor. Sospechan que se trata de un rayo mortal de su invención.

—¡Ah, ah! —rió Slagg—. Bien, envía esos pedidos.

El telegrafista salió del camarote un minuto después. Era un hombre de aspecto vulgar, como su voz, y caminaba con la cabeza inclinada sobre los radiogramas que sostenía en la mano.

Habría alrededor de una docena de mensajes.

Caminó hasta el recodo del pasadizo sin fijarse en nada más que en los mensajes que iba a transmitir. No oyó un leve silbido a un lado.

De lo único que se dio cuenta fue de una debilidad repentina que le acometió. Apretó los dientes, pero el malestar que sentía era tan fuerte que sucumbió al mismo, cayendo de bruces y quedando inanimado.

Diez minutos después, el telegrafista despertó. Consultó inmediatamente su reloj y se enteró de este pormenor. Permaneció inmóvil unos momentos, recobrándose. Su rostro vulgar tenía una expresión de preocupación. Se puso la mano sobre el corazón, contando los latidos. Estos eran bastante fuertes.

Luego se puso en pie, vió los radiogramas diseminados a su lado y se apresuró a recogerlos. Los contó, comprobando que no faltaba ninguno.

El hombre anduvo por el pasadizo hasta llegar a una puerta. La

abrió y se paró en el umbral, aspirando hondamente el aire helado, que le hizo toser.

Tuvo que apoyarse en el mamparo, palideciendo.

Un miembro de la tripulación pasó a su lado, se detuvo y le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Un leve mareo —murmuró el telegrafista.

—Te resfriarás si permaneces ahí.

El telegrafista cerró la puerta y entró en su cuartito. Allí hacía calor. Un reloj dejaba oír su tic-tac rítmico y un altavoz siseaba suavemente.

El telegrafista se sentó ante su aparato y empezó a transmitir los pedidos.

El quinto decía:

*HIDALGO TRADING COMPANY NEW YORK CITY N. Y.*

*SUMINISTREN BUENOS AIRES VEINTE INTERIORES VALVULAS OLSAM STOP TIO PENGUINO SLAGG.*

Cuando hubo concluido, el hombre bebió largamente el contenido de una botella que sacó de un cajón y salió a cubierta con un grueso gabán de piel, con el fin de respirar más aire fresco.

Parecía preocupado por el rato que estuvo sin conocimiento y que atribuía a un desmayo.

Anduvo hacia la escalera y por casualidad se volvió.

Vió entonces a Renny, que se deslizaba hacia la puerta del cuarto de la radio.

—¡Ohhhh! —gritó el telegrafista—. ¡Socorro!

Acudieron rápidamente. Fue una avalancha de hombres lo que se tiró en pocos segundos sobre Renny.

A Long Tom y Johnny les sacaron de sus escondites que estaban a corta distancia.

Renny había proclamado repetidas veces que nada le gustaba más que una buena lucha. En tal caso, los cinco minutos que siguieron debieron ser los más felices de su vida, pues no era probable que volviese a entablar otra más corta y violenta.

La refriega tocó fin para Renny cuando alguien dobló una barra de hierro sobre su cráneo. No supo más hasta que despertó, cuando le tiraron sobre un duro suelo de hierro. Vió entonces que le habían despojado de sus ropas. Debieron desnudarlo para registrarle y

asegurarse que no llevaba más armas ocultas sobre su persona.

Un momento después, le tiraron algunas prendas de vestir que no eran las suyas, pero sin duda provenían del guardarropa del buque. No querían correr nuevos riesgos.

Long Tom y Johnny estaban a su lado.

—¡Que me superamalgamen! —gruñó Johnny, tocándose las partes del cuerpo más doloridas y examinando su monóculo que, con gran disgusto suyo, estaba roto.

AL oír sus quejas, cualquiera habría dicho que estaba ciego sin llevarlo.

Examinaron su cárcel y decidieron que era la celda contigua a su anterior prisión, es decir, la que escudriñaron en busca de la muchacha y de Thurston H. Wardhouse.

Renny rió bajito.

—¡Pareces muy contento! —dijo Long Tom con acento disgustado.

—Lo estoy —replicó Renny.

—Eventualidad asombrosa —intercaló Johnny.

—Sí —continuó diciendo Long Tom—. ¿Qué es lo que te hace tan feliz?

—He sido afortunado —dijo alegremente Renny.

—¿Eh?

—Verás —explicó Renny—. Escondí un tubo de termita antes de que nos atraparan. Lo tiré aquí dentro cuando buscábamos a la chica y a Wardhouse. Sospeché que nos pondrían aquí si nos volvían a agarrar.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó el huesudo Johnny.

Se oyó ruido en la puerta. Esta se abrió y dos rifles amenazaron a los tres amigos.

Cheaters Slagg apareció y se quedó mirándoles con aire feroz. Se quitó los lentes de color, los limpió y se los volvió a calar en la nariz.

—He hablado con Flammen —dijo—. Hemos cambiado de idea.

Algo en su tono impulsó a Renny a preguntarle: —¿Qué quieres decir, bribón de siete suelas?

Slagg descubrió los dientes ante el insulto.

—Hemos decidido tomar lo que podéis llamar una disposición permanente en vuestro caso, muchachos —dijo.

# CAPÍTULO XV

## *PISTA POR RADIO*

APROXIMADAMENTE al mismo tiempo que William Harper Littlejohn lanzaba sus frases rimbombantes en la proximidad del Polo Sur, un joven telegrafista andaba por una calle de Nueva York, pues las comunicaciones por radio son rápidas.

EL mensaje para la Hidalgo Trading Company iba a ser entregado.

El telegrafista entró en un edificio destartalado de la calle Treinta y Cuatro y subió la escalera hasta una puerta mohosa que llevaba una placa con las siguientes palabras: Hidalgo Trading Company.

El telegrafista entró. Saludó a un hombre de edad que llevaba una pantalla verde sobre los ojos y estaba en mangas de camisa.

El hombre firmó el registro, se puso el sombrero, recogió el paraguas sin el cual no salía nunca y se lo colgó del brazo izquierdo de tal modo que, sin dificultad, podía alcanzar el revólver que colgaba, dentro de su funda, en el interior del paraguas. Salió de la casa, andando a buen paso.

Quince minutos después, entregaba el radiograma a Doc Savage. El hombre de bronce lo abrió y lo leyó. No cambió de expresión, pero dejó oír su extraño trino y anduvo hasta una puerta.

El hombre que había traído el radiograma se fue. Era un anciano que no hacía otra cosa que permanecer en las oficinas de la Hidalgo Trading Company y llevar a cabo tareas sencillas como la anterior.

No le extrañó el hecho de que Doc Savage estuviera vivo. El hombre de bronce no acostumbraba hablar de lo que le sucedía y su modesto ayudante ignoraba el episodio de la bahía de la costa de Connecticut.

El asunto de la bahía había sido cl objeto de considerable publicidad periodística y Doc Savage fue relacionado con él, a causa del extraño calor que, en la actualidad, se atribuía a los mágicos conocimientos científicos del hombre de bronce.

Nadie había visto a Doc o a sus ayudantes cerca de la bahía.

Nadie, pues, sabía que Doc, Monk y Ham habían escapado a los efectos del calor fantástico, permaneciendo en el fondo de la bahía, que era muy profunda.

Esto lo lograron con ayuda de los aparatitos "pulmonares" que llevaban para zambullirse.

Más tarde, se reunieron para llevar a cabo una búsqueda, que, desgraciadamente, no dio resultado, del Tío Penguino, con el fin de hundirlo o subir a bordo.

Doc Savage deseaba que el mundo, es decir sobre todo Cheaters Slagg, Derek Flammen y su banda, le creyese muerto y con este fin, no volvió a su cuartel general del rascacielos, excepto clandestinamente, en busca de aparatos y mecanismos que creía poder necesitar.

El sitio donde se hallaba, esperando encontrar las huellas de los ayudantes desaparecidos, era un aposento alquilado en un hotel de primer orden y muy concurrido, desde el cual podían ir y venir sin mucho peligro de ser descubiertos.

Sin embargo, Doc salía poco de su cuarto, dirigiendo unas pesquisas intensivas con objeto de descubrir el paradero de sus ayudantes y del buque Tío Penguino. Hacia varias semanas que no se tenía noticias de éste.

Doc puso la mano sobre el pomo de la puerta del cuarto contiguo y se paró.

Se oían voces y gritos.

Ham estaba gritando: —¡Eslabón que falta! ¡Error de la naturaleza! ¡Esperpento peludo!

—¡Déjame en paz! —chillaba Monk.

—¡Dejarte en paz! —aullaba Ham:— ¡Lo que voy a hacer es desmenuzarte, cortarte las uñas y las orejas!

Doc abrió la puerta y entró, a tiempo de ver a Monk dar una voltereta sobre la cama y correr alrededor de una mesa, perseguido de cerca por Ham.

Este tenla en la mano el bastón —espada con la hoja desnuda y

lo blandía ferozmente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Doc Savage.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Monk, que estaba sin aliento.

—¡Loco! —repitió Ham—. ¡Lo que la medida está ya colmada!..., ¿Conoces a mi mono Química?

Doc Savage no contestó.

—Pues bien —continuó Ham—. Monk, aquí presente, le ha enseñado a mascar tabaco. ¡Y esto no es todo! ¡No es ni la mitad...!

Monk se acercó a la puerta del cuarto de baño, la mantuvo a punto de cerrarla rápidamente y dijo con tono inocente: —No es mía la culpa si al mico le gusta mascar tabaco.

Ham aulló: —Pero no era preciso enseñarle a escupir en los bolsillos del primero que está a su alcance.

Dominado por el furor, Ham tiró su bastón —espada. Monk se apartó de un salto y la larga hoja se incrustó en la pared detrás de él.

Monk agarró una silla.

—¡Olvidemos esto de momento! —sugirió Doc Savage.

El hombre de bronce abrió el radiograma. Monk y Ham, mirándose airadamente, se acercaron con el fin de leerlo.

Su texto les interesó sobremanera.

*SUMINISTREN BUENOS AIRES VEINTE INTERIORES VÁLVULAS OLSAM STOP TIO PENGUINO SLAGG.*

—¡Maldición! —exclamó Monk—. Un pedido que nos mandan para el dichoso barco...

—¡Vuelve a mirar, so estúpido! —le dijo Ham—. Se trata de un mensaje en código.

Monk volvió a leer el texto.

—¡Caramba! Es cierto. Se toma la primera letra de cada palabra, se abre un poco la inteligencia y se obtiene...

Doc Savage escribía ya al pie del radiograma:

*BUENOS AIRES VIVOS TIO PENGUINO SLAGG.*

—La letra "S" significa, probablemente, "Sur" —dijo.

—¡Long Tom! —gritó Monk.

—¡Renny y Johnny! —exclamó Ham—. ¡Viven!

Doc Savage se encaminó al teléfono.

—¿Vamos allá? —preguntó Monk.

—Vamos —contestó el hombre de bronce, descolgando el

receptor del aparato.

Nadie conocía la extensión de los intereses de Doc Savage ni de los bienes que poseía, además de sus actividades, en el sentido de enderezar entuertos y castigar a los criminales.

Estos comprendían líneas de comunicación, empresas industriales terrestres y marítimas. En ninguna de éstas aparecía Doc Savage como dueño, sino que controlaba los negocios por medio de hombres que cuidaban directa y activamente de todos sus intereses.

Doc Savage se puso en contacto por teléfono con el presidente, a quien todos creían el dueño, de una de las más importantes compañías de vapores del Atlántico y sostuvo con él una larga conversación.

A continuación, Doc Savage llamó a una entidad que fabricaba dirigibles.

Habló un buen rato y colgó el receptor.

—Vamos —dijo a Monk y Ham—. Es preciso que visitemos una pequeña población de la costa de Nueva Jersey.

EL cobertizo de la Hidalgo Trading Company, donde Doc Savage guardaba sus aeroplanos, su dirigible y sus botes, se hallaba bajo la vigilancia de la policía.

Esta estaba enterada que el gran edificio pertenecía al hombre de bronce.

Forzando la entrada, descubrieron en el interior el extenso equipo de Doc.

Esperaban que Doc acudiera y todo estaba preparado para detenerle, si se presentaba el caso. A última hora de aquella tarde, un accidente ocurrió en el puerto. Dos grandes buques que pertenecían a la misma compañía de vapores, estuvieron a punto de chocar delante del cobertizo de la Hidalgo Trading Company.

Con el fin de evitar una colisión, uno de los buques se apartó repentinamente y embistió el cobertizo que estaba edificado en un muelle.

Se oyeron gritos y numerosos silbidos. Una brecha se abrió en la proa del buque, varios barriles de gasolina rodaron fuera y se incendiaron.

El buque viró en redondo y de momento pareció que peligraban buque y cobertizo.

Algunos hombres salieron corriendo con el fin de salvar el contenido de este último.

El objeto más importante que se guardaba allí era el dirigible estratosférico especial de Doc Savage, la nave más moderna que éste poseía.

Más que nada, temía los efectos del fuego.

El techo del cobertizo se abría de un modo especial que permitía la salida del dirigible. Antes de que nadie comprendiese lo que sucedía en medio de la confusión, el pequeño dirigible subió por el techo del cobertizo.

Al principio la policía dio gracias al cielo que hubiese habido entre la muchedumbre alguien que entendiera la maniobra de los dirigibles, pero cuando éste se alejó hacia el Sur, el pánico y la confusión se apoderaron de los representantes de la ley.

Se supo después que la colisión y el incendio se habían reducido casi enteramente a ruido, confusión y humo. El cobertizo y el buque no habían corrido gran peligro.

La policía hizo preguntas, reflexionó y sometió a los oficiales de ambos buques a un severo interrogatorio, sin sacar nada en claro.

Poco después de la puesta del sol, alguien declaró haber visto el dirigible bajar a tierra en la costa de Nueva Jersey.

Nadie habló de un grupo de hombres que vestían el mono de mecánico y hablaban la jerigonza de los pilotos, que tomaban un tren en dirección a la ciudad y más tarde otro tren para la fábrica en la cual estaban empleados construyendo dirigibles.

En aquel momento, Doc Savage, Monk y Ham se hallaban a bordo del dirigible, en la estratosfera y el piloto automático había sido colocado para llevar directamente la nave a Buenos Aires.

La policía no tuvo nunca la seguridad de que había sido víctima de una estratagema hábil por medio de la cual el hombre de bronce se apoderó de su dirigible.

Se buscó a éste, pero nadie comunicó haberlo visto.

No era extraño que nadie señalara su paso. Su ligereza era formidable y el gas que llenaba los diversos compartimientos era el resultado de numerosos experimentos realizados en el laboratorio del hombre de bronce. Aquel gas tenía el mismo poder que el hidrógeno para hacer remontar la nave y las cualidades no inflamables del helio.

Además, el dirigible estaba equipado con enormes gobernalles y elevadores.

Tenía motores Diesel y hélices, pero también poseía, otra fuerza motriz no tan ordinaria: una instalación eléctrica especialísima que, a intervalos, impulsaba al dirigible a una velocidad no igualada por las naves más rápidas del mundo.

El dirigible llevaba bastante combustible para sus motores Diesel para un vuelo directo hacia cualquier punto de la tierra.

Además, la nave estaba equipada con un piloto automático que asumía el mando y dirigía el aparato hacia cualquier punto designado del globo, mientras sus ocupantes podían entregarse al sueño durante la duración del viaje.

Cualquier peligro de colisión, el único existente en la estratosfera, aunque muy remoto, desaparecía con la existencia de señales de alarma que indicaban la presencia de cualquier cuerpo extraño en la línea del vuelo.

El dirigible entero era una maravilla mecánica. Su construcción había costado más que la deuda exterior de algunas naciones europeas y en la actualidad seguía en la fase experimental.

Monk subió al barril de observación situado en la parte superior de la nave, al cabo de unas horas de viaje, y estudió la posición de los astros.

Cuando hubo concluido, dejó oír un silbido.

—¡Hermano, este cacharro se come el espacio! —murmuró.

Ham exclamó secamente: —Podrías emplear tu gran inteligencia en adivinar por qué Derek Flammen y Cheaters Slagg se han ido al Polo Sur.

—En busca de un valle misterioso —contestó rápidamente Monk.

—Claro, dispensen ustedes... Un valle... Ningún otro valle servia para el caso. Tenía que ser un valle en el Polo Sur y también era preciso para eso matar a no sé cuántas personas, detener transatlánticos, raptar a Thurston H. Wardhouse y no sé qué más.

Monk lanzó un suspiro dramático.

—Tengo que confesar que ignoro por qué ese valle en particular es tan atractivo y que tampoco sé qué es ese extraño calor.

Siguieron peleándose, como siempre que no tenían nada mejor que hacer y sin que Doc tomara parte en la discusión.

El hombre de bronce subió al barril de observación con varios y delicados instrumentos, sin dar explicaciones respecto a lo que iba a hacer, pero al cabo de unos momentos llamó a Monk.

—Sube un poco más el mando de altitud —ordenó.

Monk obedeció y al rato el dirigible volaba a sorprendente altura en la estratosfera.

—Doc, ¿qué estás haciendo? —preguntó Monk.

El hombre de bronce no pareció oírle, costumbre irritante que le era peculiar cuando se le hacían preguntas a las que no quería contestar.

Empleó repentinamente, en los experimentos que hacía, el trozo de metal parecido a un espejo que halló semanas antes en el aeroplano de Long Tom.

Sabían en la actualidad que el aeroplano debió ser hundido por el Tío Penguino, de modo que el trozo de metal reluciente era, sin duda, parte del escudo de metal que recubría el buque durante los intervalos del calor fantástico.

Volaron sobre Buenos Aires de noche y a tanta altitud, que la ciudad no era más que un vago foco luminoso en medio de la oscuridad infinita de la tierra.

Al Sur de Buenos Aires no había ciudades de importancia y después de estudiar la ruta que seguían y encontrarlo todo conforme, colocaron el piloto automático marcando el Sur.

Habían dormido bastante e hicieron bien, pues ya no debían poder dormir más.

Volaban muy alto, buscando constantemente el buque Tío Penguino.

No lo hacían al ojo desnudo ni siquiera con anteojos, sino con un gran aparato fotográfico especial que penetraba la más densa niebla.

Había señalado la presencia del Tío Penguino al Sur de Buenos Aires, pero los informes de ese género son a menudo muy vagos.

Emplearon dieciséis horas buscando al buque con mayor ahínco de lo que buscaron nada en su vida. Hicieron centenares de las maravillosas fotografías y las estudiaron detenidamente.

Alcanzaron la barrera de hielo en el linde del continente antártico.

En el interior del camarote herméticamente cerrado y

adecuadamente ventilado del dirigible, no notaron mucho cambio en la temperatura pero ésta debía ser enorme.

La barrera de hielo que formaba la orilla de las desiertas tierras del Polo Sur era inmensa, centelleante y frígida.

Vieron al buque Tío Penguino por primera vez en el mapa fotografiado de la barrera, dieron media vuelta al dirigible y usaron los anteojos.

—¡Ahí lo tenemos! —declaró finalmente Monk.

# CAPÍTULO XVI

### *BUQUE ABANDONADO*

DURANTE una estación cálida y pasada, un campo de hielo consistente en algunos centenares de acres de icebergs se separó de la orilla helada del continente del Polo Sur y la fuerza de las mareas lo mantuvo alejado.

Esta entrada en el hielo presentaba la forma de una herradura de caballo de gran superficie. El agua estaba limpia de hielo, pues el verano del Polo Sur empezaba a la sazón.

El Tío Penguino estaba anclado en la bahía. El dirigible bajó hacia el buque y unos controles automáticos cuidaron de los elevadores y gobernalles, siendo únicamente necesario colocar una palanca indicadora a la altura deseada de una escala dentada para que el dirigible flotara a la misma.

Doc y sus ayudantes miraron por las ventanillas del camarote con sus anteojos. Las ventanillas tenían dos gruesos de cristal irrompible y el espacio entre ambos estaba aislado, como sucede con las paredes de una botella termos. Hacía calor en el interior del camarote.

Nada se movía en la cubierta del Tío Penguino ni en el suelo helado que lo rodeaba.

No subía humo por las chimeneas del buque.

—Se parece a un ataúd puntiagudo en ambos extremos —dijo Monk, refiriéndose al barco.

—Tienes un carácter tan alegre —le dijo Ham—, que alguien haría bien haciéndote saltar la tapa de los sesos.

Doc Savage desenchufó el piloto automático y asumió el mando. Hizo bajar el dirigible a unas cien yardas sobre el buque y lo paró. Miró con ayuda de sus poderosos anteojos.

El aspecto muerto y desolado del buque persistió.

—¡Maldición! —rezongó Monk—. ¿Dónde habrán ido todos?

Trasladaron su atención a la playa. No se veía allí más que hielo y nieve.

Esta parecía recién caída y formaba una capa de una yarda aproximadamente sobre el suelo helado.

Doc tocó la palanca del gobernalle de bajada.

—Vamos a amarar y a registrar el buque —dijo.

El dirigible bajó lentamente.

—Alguien debería permanecer a bordo —dijo Monk.

Doc intervino: —¡Que la suerte decida entre vosotros dos!

—Lo haremos a cara y cruz —dijo Monk, sacando a relucir su moneda falsificada y tirándola al aire.

—¡Cara! —dijo Ham como siempre.

Monk hizo una mueca alegre y dijo: —Espero que te diviertas.— No hacía viento y el mar estaba tranquilo, cosa poco frecuente en aquella región áspera. No fue empresa difícil amarar el dirigible que era sumamente fuerte y bien construido para resistir la presión de la velocidad tremenda que desarrollaba..

Estaba provisto en la parte inferior de flotadores y se posó sobre el agua con la ligereza de una pluma, quedando las hélices bastante fuera del agua.

Ham se puso al mando y maniobró cuidadosamente. Si hubiese habido el menor soplo de aire, no habría podido hacer lo que hizo después, es decir, rozar con la envoltura el casco del Tío Penguino.

Doc Savage y Monk se deslizaron hasta una escotilla por la cual se salía del dirigible y se dejaron caer sobre la cubierta.

Ham alejó algún tanto el dirigible.

Monk seguía riendo para sus adentros al pensar en su estratagema de la moneda y recorrió la cubierta al lado de Doc. Entraron en el castillo de proa y se pararon en seco.

Un hombre estaba allí, un hombre armado con un revólver.

Monk vio el arma e instintivamente se tiró adelante.

—¡Dame ese revólver, camarada! —chilló, agarrándolo.

El hombre perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo, como habría podido hacerlo una estatua de piedra. Monk dio un paso atrás, asombrado.

El hombre estaba muerto y helado.

Frotándose la mano con la cual había tocado al hombre helado en la manga de su parka —pues tanto él como Doc llevaban en la actualidad el traje ártico de rigor— Monk murmuró:

—¿Por qué me ocurrirán siempre a mí esas cosas?

Doc no le contestó y se limitó a señalar el cadáver. Monk comprendió que le hacia observar de qué modo había muerto el hombre... de un tiro que le alcanzó entre los ojos.

—Pues bien —dijo Monk, suspirando hondamente—. ¡No es Renny, ni Long Tom, ni tampoco Johnny!

Bajaron al interior del buque en busca de sus amigos pero no encontraron rastro de ellos.

Monk se detuvo delante de las celdas y prestó oído. Una expresión de asombro se pintó en sus facciones.

—Oye —dijo—. Me parece que este barco está abandonado.

Así era en efecto; pero no estuvieron seguros de ello sino media hora más tarde, cuando lo hubieron recorrido enteramente.

Además, hicieron otro descubrimiento interesante. La cala del barco estaba vacía.

—¿No te dijo la muchacha que había muchas cajas a bordo? —preguntó Monk.

—Sí —asintió Doc—. Me dijo además que una de las cajas contenía una larga manguera de goma.

—¡No está aquí!

Doc Savage volvió a cubierta y estudió la escotilla practicada en medio de la cubierta. Se abría por medio de poleas y cuerdas reunidas a un motor eléctrico y dejaba al descubierto una vasta estancia, a la sazón completamente vacía; pero que se conocía había contenido maquinaria y aparatos.

El interés de Monk empezó a desvanecerse.

—¡Voy a echar una mirada a tierra! —anunció.

—Je —contestó Doc—. Hay botes y sin duda podrás echar uno al agua.

Monk descolgó una lancha salvavidas, hazaña digna de su fuerza de gorila.

Se fijó en que todas las lanchas salvavidas parecían ocupar sus respectivos puestos.

¿Cómo, pues, se habrían ido los tripulantes del Tío Penguino? AL remar hacia la orilla, Monk lanzó varios gruñidos que traducían

su perplejidad.

El misterio del buque abandonado empezaba a antojársele uno de los mayores que halló en el mar.

Ham estaba ocupado echando el ancla del dirigible. Tuvo una idea genial para conseguirlo. Empleando un pedazo de mezcla de termita, abrió un agujero hondo en el hielo, plantando un áncora en el mismo.

El agua empezaba ya a helarse nuevamente.

—Dime ¿cómo sacarás el áncora? —gruñó Monk.

—Con un poco más de termita, so estúpido —dijo Ham—. ¿Qué habéis descubierto a bordo?

Monk se lo explicó.

—¿No hay rastro de Renny, de Long Tom ni de Johnny? —preguntó Ham, humedeciéndose los labios.

—¡No les habrá pasado nada! —murmuró Monk, expresando un deseo más que un hecho patente.

Acabaron de sujetar el dirigible, dejando caer un áncora de popa en el mar que, según comprobaron con la sonda, tenía allí una profundidad de tres brazas escasas.

Habeas Corpus y Química fueron trasladados a tierra con una cuerda.

—¿No quedó convenido que tú guardarías el dirigible? —preguntó Monk a Ham sarcásticamente, cuando este último demostró su intención de tomar parte en las pesquisas que iba a realizar a lo largo de la costa.

—Puedo vigilarlo desde lejos —contestó secamente Ham.

Echaron a andar sobre el hielo con gran dificultad. Al cabo de un momento, regresaron al dirigible en busca de largos clavos que fijaron en sus mocasines para no resbalar. Se llevaron, además, un par de largos palos para tantear el terreno en busca de grietas ocultas y echaron a andar por la barrera de hielo.

Aunque el mar estaba tranquilo, había marejada y al entrar y salir el agua de las grietas del hielo dejaba oír un ruido parecido a un sollozo que acabó por alterarles los nervios.

Habeas Corpus, el marrano, corría y saltaba para luchar contra el frío.

Química, el mico, seguía de cerca a Ham. Química llevaba un abrigo de piel de cordero que aumentaba su semejanza con un ser

humano.

Esta vez, Química no intentó sacarse aquella prenda de vestir, según su costumbre y a pesar de los esfuerzos de su amo por hacérsela perder.

Para contrarrestar la sombría impresión de aquellas masas de hielo y nieve, Monk volvió a hablar de lo que habían hallado a bordo del Tío Penguino.

Estaba explicando el episodio del hombre helado y cómo él lo había agarrado.

—No se veía claro allá, dentro —gruñía—. No distinguía más que...

Una voz desconocida les habló a corta distancia, veinte pies apenas.

—¡Espero que aquí haya bastante luz para que veáis a un hombre vivo con un revólver! —dijo la voz.

# CAPÍTULO XVII

## *UN BREVE ENCUENTRO*

MONK reaccionaba ante lo imprevisto como los animales. Si se asusta a un animal, su reacción instintiva es casi siempre un movimiento repentino.

Monk se movió repentinamente.

Saltó a un lado con la idea de ocultarse en la nieve. Lo logró mejor de lo que pensaba. Se oyó un ruido de hielo que se rompe y Monk desapareció completamente.

—¡Oh…! —aulló.

Aullaba siempre que algo violento le ocurría pero su grito pareció hundirse en las profundidades de la tierra.

Ham quedó petrificado, olvidando la voz que acababa de hablarles de modo tan sorprendente. Apreciaba muchísimo a Monk a pesar de sus eternas disputas y la consternación estaba pintada en sus facciones.

El hombre que había hablado surgió de la nieve en la cual había estado oculto. Blandía un revólver en la diestra y parecía completamente aturdido.

—¡Rayos y truenos! —exclamó—. ¡No hubiera querido que eso ocurriese por nada del mundo!

Ham gritó con toda su fuerza:

—¡Malditas sean esas bromas tan pesadas! ¡Si Monk está muerto, tendrás la culpa de lo ocurrido!

Ham se acercó con cuidado a la grieta, seguido de Renny.

—¿Habéis visto a la muchacha? —preguntó éste.

—No —gruñó Ham.

—¿O a cuatro sujetos armados de rifles?

—No.

Ham usó el clavo de su zapato para abrir un agujero en el hielo. Se enganchó el pie en el hoyo y se tiró de bruces, colando la cabeza por la grieta de hielo. Renny se acercó más todavía.

—Han abandonado el buque y se han ido tierra adentro. Han dejado cinco guardias con rifles para custodiarnos, junto con la muchacha. Pudo desatarnos y hubo una lucha. Uno de los hombres fue muerto de un tiro por los demás, por error. Bajé luego a tierra con la chica... Ya no la he vuelto a ver. Escapó... yo la busqué y los cuatro hombres armados de rifles nos han buscado a ambos. Que yo sepa, nadie ha visto a nada ni a nadie más.

Ham no contestó. Peligrosamente inclinado sobre el precipicio, escudriñaba sus profundidades. No veía nada, a causa de la oscuridad. Algo muy parecido a un sollozo escapó de su pecho.

—Lo siento —murmuró Renny, contrito.

Renny se inclinó a su vez para ver. Se oyó un silbido y la nieve resbaló, precipitándose en la grieta.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny al caer en el precipicio.

La nieve hizo un ruido siniestro al desplomarse en la grieta. Ham se irguió, tan tembloroso que temió que su pie saliese del hoyo que había practicado en la orilla. Habeas Corpus y Química se le acercaron por detrás y empezaron a chilar.

Transcurrieron unos minutos antes de que Ham se serenara. Tenía todavía el pecho agitado y unas lágrimas en los ojos. Dejó oír un breve sollozo...

Pensaba en Monk.

Se inclinó sobre la grieta y una bola de nieve se aplastó en su cara.

—¡Tonto de capirote! —dijo alegremente Monk.

Ham se quedó de piedra durantes unos segundos.

—¿Estáis sin novedad los dos?

—Este hoyo tiene unos doce pies de profundidad —dijo Monk riendo—. El fondo está tapizado de nieve blanda, pero no he dicho nada después de caer, porque quería vengarme de Renny.

Ham se levantó y se hizo atrás. Miró en torno suyo. A sus espaldas el suelo subía, formando una vertiente cubierta de nieve de tres o cuatro pies de espesor. Ham se encaramó por la vertiente, resbalando bastante por el camino.

—Esto es para ajustar cuentas con vosotros, señores bromistas —

dijo en voz alta y se tiró con todo su peso sobre la nieve. Esta formó un pequeño alud y Ham logró no ser arrastrado por el mismo, hundiendo los clavos de sus zapatos en el suelo.

La nieve cayó en la grieta y los comentarios airados de Monk y Renny subieron al aire. Ambos sudaban cuando lograron salir del hoyo mediante grandes esfuerzos.

Sacudiéndose la nieve de la ropa, Renny rezongó: —¡Momento oportuno para bromitas de este género!

—¿Dónde están Johnny y Long Tom? —preguntó Monk.

—Cheaters Slagg, Derek Flammen y sus hombres se los han llevado.

—¿Adónde?

—Al valle.

—¿Dónde está?

—No me lo preguntéis —exclamó Renny—. Tenían aviones en la cala del barco, que lo creáis o no. ¡Hidroaviones… tres…! También sacaron cajas y se las llevaron en los hidros. Formaban un verdadero cargamento.

Monk hizo una pausa dramática antes de hacer una nueva pregunta.

—¿Qué se oculta tras este asunto?

—Sigo sin saberlo —dijo Renny.

—¿Lo sabe esa muchacha?

—Creo que sí. Se lo pregunté… Yo creo que buscan algo que hay en el valle y así se lo dije pero se rió en mis narices y declaró que no hablaría mientras existiese la posibilidad de que ella se apoderara de eso.

Al hablar de la muchacha, la voz de Renny traducía dolor.

—No parece serte simpática —dijo Monk, riendo.

Renny apartó levemente la capucha de su parka, dejando al descubierto un arañazo de consideración.

—Mirad —dijo—. Y sólo por decirle que la creía tan criminal como los demás.

—Esa muchacha empieza a gustarme —dijo Monk— …a pesar de su avaricia.

—Algún día un milagro ocurrirá —dijo Ham.

—¿Eh? —preguntó Monk, ceñudo.

—Alguien con faldas se presentará y no te gustará —le dijo

Ham.

Renny se irguió de pronto.

—¡Rayos y truenos! —dijo—. Alguien...

Lo dijo tarde, un hombre surgió detrás de un bloque de hielo con un fusil ametralladora apoyado en el hombro.

Era un hombre de cara delgada y cuerpo esbelto, sin duda, aunque la voluminosa indumentaria que llevaba le engordaba bastante.

El fusil ametralladora tenía un gatillo tan pequeño que un dedo enguantado no podía maniobrarlo cómodamente.

El hombre aquel había solucionado el problema atando una tira de piel al gatillo y sosteniendo el otro extremo en la mano enguantada con la cual podía disparar de esta manera, sólo con tirar del pedazo de piel.

—¿Es uno de los sujetos de los que nos has hablado? —preguntó suavemente Monk.

—Es uno de ellos, —contestó Renny del mismo modo—. Pero la última vez que le vi llevaba un rifle.

El hombre dijo entonces: —¡Manos arriba, muchachos! ¡Y bastante arriba! Si lleváis pistolas en la manga, es preferible que no hagáis uso de ellas.

Los tres amigos mantuvieron las manos en alto. El hombre que se les enfrentaba no era de los que tolerarían bromas, eso se le conocía en la cara.

—¿Dónde está la chica? —preguntó de pronto.

—¿La muchacha? —dijo Renny, meneando la cabeza—. Lo ignoro, amigo.

—Salió del barco con ella ¿no?

Renny asintió.

—¿Qué ha sido de ella?

Renny hizo una mueca feroz: —Me dio un empujón cuando estábamos en una pequeña altura de hielo y no la he vuelto a ver. Estaba nevando y no he podido seguirla lejos.

El hombre suspiró: —Hay que confesar que es lista.

—Vaya que sí.

—¿No sabe dónde está?

—No.

—¿No sabe dónde está Doc Savage?

—No —contestó Renny sin apartarse de la verdad.
—Entonces no me sirve ya para nada.
Y tiró de la correa atada al gatillo de su arma.

# CAPÍTULO XVIII

## *ABANDONADOS*

EL fusil ametralladora emitió un ruido infernal, escupiendo plomo y llamas.

El extremo de la correa estaba enrollado alrededor de la muñeca del hombre, con lo cual el arma colgó y disparó al azar cuando la hubo soltado. El hombre había sido herido en la cabeza con un trozo de hielo. Estaba fuera de combate aunque seguía de pie, bamboleándose de un lado a otro, como si el instinto del equilibrio lo mantuviera derecho.

La nieve saltó en forma de abanico bajo el fuego graneado del fusil ametralladora. Monk saltó adelante e intentó agarrarlo, pero la lluvia de plomo amenazó sus pies y el químico, cambiando de idea, saltó atrás.

El hombre cayó en la nieve, la correa se aflojó y el fuego cesó.

Doc Savage surgió detrás de un montículo de hielo, desde el cual había tirado el pedazo de hielo y se acercó sigilosamente.

—¡Brrr! —dijo Monk—. ¿Cuánto tiempo hacia que estabas ahí, Doc?

—Bastante rato —contestó el hombre de bronce.

Monk se enjugó el sudor frío que le cubría la frente.

—Has llegado a tiempo… Un minuto más y..

El hombre de bronce se acercó al fusil ametralladora, lo recogió y lo tiró a Ham que lo recogió y distraídamente empezó a calentarse las manos en el cañón que seguía caliente, mientras estudiaba las facciones del caído.

Renny se acercó y le imitó. Doc examinó el individuo, viendo que respiraba.

—Ha de poder decirnos unas cuantas cosas.

—¡Así lo espero! —exclamó Renny con su vozarrón—. Empiezo a cansarme de no saber nada de este asunto.

Doc Savage pareció a punto de añadir algo, pero en vez de eso, giró sobre los talones y echó a correr por la nieve.

Monk y sus amigos sin comprender de qué se trataba, pero dándose cuenta de que algo sucedía, corrieron tras él.

Resbalaron y cayeron, no logrando, a pesar de sus esfuerzos, desarrollar más que la mitad de la velocidad del hombre de bronce.

Un momento después, comprendieron qué era lo que Doc había oído.

Un ruido metálico llegó hasta ellos desde el sitio en el cual Ham dejó el dirigible anclado. A corta distancia del dirigible vieron confirmados sus temores.

Velma Crale estaba a bordo del dirigible y el ruido que habían oído era el que hacia en sus esfuerzos por soltar el cable del áncora. Había recogido ya el de popa y concentraba su atención en el de proa: Finalmente, lo desalojó.

El dirigible empezó a alejarse y la asombrosa muchacha, de pie en el camarote de proa desde donde había recogido el cable del áncora, les saludó con un gesto burlón.

Las facciones expresivas de Ham decían más que un libro mientras miraba alejarse el dirigible cuya vigilancia le había sido encargada.

No tenía excusa alguna por haberlo abandonado para acompañar a Monk, excepto la de haber sentido ganas de hacer ejercicio. El dirigible no se levantó sobre el agua por haber perdido bastante ligereza al amarar. Habría sido preciso dejar caer lastre, pero aunque la brisa rizaba apenas el agua, la nave aérea se apartó de la barrera de hielo a una velocidad sorprendente.

Doc Savage empezó a desnudarse al correr y se hizo evidente su intención de echarse al agua helada en una tentativa para alcanzarlo.

Juzgando que ganaría más terreno en el agua que corriendo por la resbaladiza superficie del hielo y de la traidora nieve, cambió de dirección y se tiró al mar.

El agua helada formó un remolino en el sitio donde desapareció. Volvió a la superficie casi enseguida y empezó a nadar con tremendo vigor, hendiendo el agua de tal modo, que parecía volar

por la misma.

Entonces fue cuando los motores del dirigible empezaron a funcionar.

La muchacha debió realizar la maniobra adecuada, lo cual no presentaba grandes dificultades, sobre todo para una aviadora famosa en el mundo entero como lo era Velma Crale.

El dirigible se alejó de la barrera de hielo, salió de la bahía y empezó a subir y bajar siguiendo el ritmo de las olas, pero no se paró.

Doc Savage dio media vuelta y volvió atrás.

El dirigible siguió a ras del agua algún tiempo, mientras sin duda, Velma Crale estudiaba la maniobra. Luego subió repentinamente, elevándose con rapidez extraordinaria.

—Ha dejado caer demasiado lastre —murmuró Renny—. Antes de que se dé cuenta, estará tan arriba que las bolsas de gas reventarán…

Doc Savage se ponía las prendas que se había quitado, después de quitarse la ropa mojada y secarse como pudo. Parecía insensible al intenso frío.

—Lo mejor que podemos hacer es volver al lado de ese prisionero —dijo.

Nada en su tono o expresión traducía disgusto por la pérdida del dirigible.

Ham guardó silencio mientras volvían sobre sus pasos, hundiéndose en la nieve y deslizándose con dificultad en ocasiones, sobre montículos de hielo, pero el elegante abogado parecía desgraciado.

—Ha sido culpa mía —gimió.

—Claro —contestó alegremente Monk—. Traes más disgustos que alegrías.

El ver a Ham cabizbajo y entristecido alegraba siempre de un modo particular a Monk.

Dieron la vuelta a un bloque y vieron que el hombre del fusil ametralladora había desaparecido.

No tardó en hacerse evidente cómo había ocurrido el hecho. Se veían huellas en la nieve, huellas de dos hombres que se habían llevado al tercero.

—¡Sus camaradas! —exclamó Renny:— ¡Rayos y truenos!

¡Deben haberle seguido! —Doc Savage guardó silencio. Echó a correr, siguiendo las huellas que llevaban en línea recta hacia la bahía.

Renny tuvo una corazonada.

—Han llegado al agua y creo que tienen un bote plegable que esconden en algún sitio. No puede ser una embarcación corriente puesto que la habría visto. Debe ser un bote plegable que pueden ocultar.

No se engañaba. Lo habían montado y se hallaban ya a alguna distancia en la pequeña bahía, remando desesperadamente. Dos hombres empuñaban los remos y el tercero seguía sin conocimiento.

—¡Voy a pararles! —gritó Ham, levantando el fusil ametralladora que pertenecía al hombre que quiso matarles—. ¡Deteneos! —gritó—. ¡Poneos al pairo!

Cinco balas de revólver llegaron en su dirección a manera de respuesta.

—¡Bien! —gruñó Ham—. ¡Ellos lo habrán querido! ¡Voy a hundir esa barca de lona tan deprisa que no van a darse cuenta siquiera!

El fusil ametralladora escupió cinco veces y se paró. Ham hizo una mueca feroz, abrió la recámara y miró al interior.

—¡Vacía!

Los tres hombres subieron a bordo del Tío Penguino. El barco tenía motores Diesel que podían ponerse en marcha sin pérdida de tiempo para ponerlos bajo presión.

Subieron ruidosamente el ancla y el buque salió de la bahía, internándose en el mar.

Doc Savage, de pie en la orilla de la barrera de hielo, miraba, al Tío Penguino que se alejaba, sin que sus facciones metálicas tradujeran sus pensamientos.

A corta distancia de él, sus tres ayudantes eran más expresivos.

—Esto es lo que se llama técnicamente estar en un aprieto —declaró Renny—. ¡Abandonados en una, isla desierta!

—Sin medios de transporte —añadió Ham.

—Ni comida —contribuyó Monk.

—Esto es —concluyó Renny—. ¡Y a mil millas de la civilización!

Doc Savage apartó los ojos del Tío Penguino y miró el cielo. El dirigible estaba a gran altitud pero parecía haber dejado de subir.

Era evidente que Velma Crale empezaba a comprender la maniobra. Al cabo de unos momentos, se movió. La muchacha había aprendido a gobernarlo, ayudada por sus conocimientos de aviación.

Doc se encaramó al montículo de hielo más alto que había cerca de allí y sacó de sus ropas un par de extraños lentes, gruesos y opacos.

Monk y sus amigos le miraron. Sabían qué clase de lentes eran y que hacían visibles al ojo ciertas ondas de luz ordinariamente invisibles. En muchas ocasiones, Doc los usaba junto con un poderoso reflector. Siguieron mirando, intrigados. Doc no tenía reflector y de todos modos ¿de qué le habría servido?

Doc miró el dirigible con los lentes y pareció satisfecho.

—¿Quieres probar? —preguntó, alargando los lentes a Ham.

Ham los tomó y se los puso: —¡Caramba!

Doc explicó: —Todos sabéis que hay un reflector especial montado debajo del dirigible para el caso de expediciones nocturnas.

Después de tomar los lentes de manos de Ham y probarlos, Renny exclamó:

—¡Rayos y truenos! Podemos seguir las huellas de ese dirigible por espacio de un centenar de millas más o menos.

—Eso depende de que vuele a bastante altitud —corrigió Doc.

—¿Enchufaste el reflector antes de dejar el dirigible anclado, Doc?

—¡Sencilla precaución! —admitió el hombre de bronce.

—¿Y vamos a seguir el mismo itinerario?

—Exactamente.

# CAPÍTULO XIX

## *PISTA HELADA*

CONTRASTANDO con el Polo Norte, que no es otra cosa que una vasta extensión de mar cubierto de hielo, el Polo Sur es casi todo continente, pero no hay que deducir de ello que la región del Polo Sur sea más clemente para la existencia humana o cualquier existencia, sea la que fuere.

No hay desierto en la superficie de la tierra que no mantenga, más vida que el continente antártico.

Monk optaba por ponerse inmediatamente en camino después de que hubieron llegado a la conclusión que el dirigible volaba hacia el Sur.

Renny y Ham encontraron buena la idea, pero Doc Savage difirió la marcha casi un día entero y se entregó a la pesca.

Traía unos anzuelos en sus bolsillos y la cuerda de seda del gancho que hizo servir en otra ocasión le fue una vez más de gran utilidad. Cogieron tres peces, de feo aspecto y demasiado aceitosos, pero uno de ellos tenía la cualidad de ser enorme. Doc preparó el pescado, lo dejó helar, lo empaquetó y se pusieron en camino.

Este fue el principio de uno de los periodos más penosos y fatigosos de su vida. Habían penetrado en selvas vírgenes de distintos puntos apartados del globo, habían estado en el Sahara, en el Valle de la Muerte y en el desierto más desconocido de todos, el Rub —El— Khali, de Arabia, pero Monk expresó:

—¡Amigos, hasta ahora todo ha sido juego de niños!

A lo largo de la costa no hacia un frío insoportable, sin duda debido a la proximidad del agua, pero una vez que se hallaron tierra adentro, al pie de unas montañas escarpadas y sombrías, la temperatura bajó notablemente.

El camino era bueno, en apariencia, pero resultó sumamente engañoso. La nieve y el hielo cubrían el terreno y las grietas abundaban.

—Si no fuera por esta nieve, no sería tan malo —rezongó Ham.

La nieve tenía unos tres pies de profundidad y, habiendo caído poco antes, era blanda. No llevaban zapatos adecuados, aunque poco les habrían aliviado.

No vieron a ningún ser humano durante los primeros cuatro días. El quinto mataron tres pingüinos y los comieron en el acto.

—¡Ahora sé cual es la carne peor del mundo! —se quejó Monk.

Con la ayuda de sus respectivos dueños, Habeas Corpus y Química salían bastante bien del paso.

—La piel de ese maldito Química hará buenas correas para zapatos— raquetas si encontramos de qué hacer el armazón —declaró Monk.

—Habeas Corpus hará un tocino estupendo —replicó Ham—. Aunque eso presentaría sus dificultades. Este marrano necesitaría guisarse un buen rato y no tenemos nada para cocinarlo.

El sexto día, el viento empezó a soplar.

Empezó de repente y, al principio, siguieron andando sin hacerle caso pero antes de que transcurriera mucho tiempo empezó a tumbarles con su fuerza.

Además, levantaba la nieve en torbellinos y se vieron obligados a guarecerse.

Era imposible seguir viajando. La respiración se hacía difícil y se acurrucaron al abrigo de un montículo de nieve, apretujándose unos contra otros para entrar en calor.

Con excepción del de Renny, que le habían entregado en el Tío Penguino, sus parkas estaban provistos de calentadores químicos muy eficientes, pero que no querían emplear sino en último caso, pues no obrarían su efecto más que un tiempo limitado.

Permanecieron guarnecidos tanto tiempo que Monk y sus dos compañeros perdieron la noción de éste y únicamente el reloj de Doc Savage que señalaba, además de la hora, el día, les sacó de dudas.

El viento no dejaba de soplar y decidieron seguir adelante, fuese como fuese. Doc tomó esta determinación sin explicar por qué.

Cada paso era una tortura. Sus mocasines estaban gastados y

tuvieron que sacrificar otras prendas para envolverse los pies. Las provisiones de pescado que al principio pesaban mucho, no tardaron en ser desagradablemente ligeras.

El viento no soplaba ya con tanta fuerza, y la temperatura, cosa asombrosa, iba subiendo. El viento no removía tanta nieve como antes y se calmó de repente.

Hallaron entonces a su dirigible… es decir que encontraron sus restos, el armazón y despojos diseminados. Todos los fragmentos estaban retorcidos y chamuscados.

—¡Una bomba! —exclamó Monk.

Doc Savage miró las ruinas sin comentario alguno. Había invertido una fortuna en la construcción de aquel dirigible y ésta se había perdido, pero no demostró contrariedad ni disgusto.

—¡La muchacha! —exclamó Monk con voz ronca.

Excavaron en la nieve, sacando los restos de la envoltura del dirigible, buscaron y escudriñaron, sin encontrar a la muchacha.

Doc participó a sus amigos algunas deducciones que eran el resultado de sus observaciones.

—Hay un hoyo en el suelo, lo cual prueba que el dirigible fue destruido después de aterrizar o de verse obligado a aterrizar —dijo —. No hay rastro de las cajas de equipo que teníamos a bordo. Se desprende de eso que el dirigible ha sido saqueado antes de saltar.

Monk lanzó un suspiro de alivio.

—Tal vez se hayan llevado a la muchacha prisionera —sugirió.

Doc no contestó pues estaba examinando una caja de metal que encontró intacta y que a primera vista parecía contener píldoras.

Los que saquearon el dirigible antes de destruirlo debieron creer que eran píldoras, pero en realidad se trataba de tabletas de alimentos concentrados que les mantendrían vivos varias semanas.

—Estaréis muy bien aquí durante algún tiempo —dijo Doc.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¿Adónde vas?

—A realizar un pequeño viaje de exploración —le contestó Doc.

El viaje de exploración del hombre de bronce no fue tan prolongado como pensaba. Ante todo, buscó las huellas de aeroplanos que podían haber aterrizado en la vecindad y las halló.

Eran tres y eso concordaba con los aparatos de que disponía el enemigo.

Los aterrizajes y la explosión del dirigible habían ocurrido antes

de la tempestad de viento, pero quedaban huellas de ellos.

Además varios indicios tendían a indicar que todos los hombres que saquearon el dirigible no habían estado a bordo de los aviones. Doc siguió buscando y descubrió una pista, hecha por hombres, en dirección al Suroeste.

—Esto cambia la cosa —dijo el hombre de bronce a sus ayudantes—. Significa que la banda acampa cerca de aquí, probablemente al otro lado de esta altura. Seguiremos adelante, todos juntos.

La pista que Doc y sus amigos siguieron llevaba hacia las montañas, pero cerca de doce horas transcurrieron antes de que llegaran a la cumbre.

Se habían fijado en que hacía mucho más calor a medida que iban subiendo.

Muy poca nieve cubría ya el suelo rocoso y por todas partes había charcos de agua de nieve derretida.

Siguiendo la indicación de Doc, anduvieron con cuidado, aunque el hombre de bronce se limitó a decir que no se sabía nunca lo que se podía encontrar y que no costaba nada ser prudente.

Así fue cómo se deslizaron furtivamente hasta un promontorio de rocas, miraron al otro lado y se encontraron ante un espectáculo inesperado a la par que incongruoso.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. ¡Un hombre que se pasea en el Polo Sur con un paraguas!

# CAPÍTULO XX

## *EL VALLE PRECIOSO*

EL hombre era uno de los tripulantes del Tío Penguino. Todos lo habían visto a bordo del buque durante el episodio de la ensenada de la costa de Connecticut. Era un hombre delgado, huesudo y de rostro tostado por el sol.

Lo más extraordinario era que el paraguas no era ordinario. Tenía el tamaño de las sombrillas que se llevan en las playas y estaba hecho de metal brillante, sin duda el mismo de las extrañas planchas que formaban el escudo del Tío Penguino.

El hombre lo llevaba descuidadamente, sin hacer ningún esfuerzo particular por abrigarse con el mismo. Bajo el brazo izquierdo sostenía un rifle.

Encaramándose a un peñasco, el hombre buscó una grieta, clavó el mango de su extraño paraguas en la misma, y se construyó un asiento con piedras y pedazos de la roca.

Consultó el reloj y miró el cielo repetidas veces. No parecía llevar prisa alguna.

De pronto, se oyó un sonido extraño y ondulante que vibró a través del desierto ártico. Era un sonido familiar en los centros populosos de la civilización pero que nadie hubiera esperado oír allí.

—¡Sirena de policía! —exclamó Monk.

—Es alguna señal, eso es obvio —corrigió Ham.

Vieron al individuo largo y huesudo meterse rápidamente debajo de su sombrilla. No sólo se sentó debajo de la misma, sino que sacó una cuerda, se la ató al cuello y anudó el otro extremo en torno al mango.

—Teme salir de allí por accidente —gruñó Monk.

Doc Savage se hizo atrás.

—¡Es preciso salir de aquí! —dijo secamente.

—¡Eh! —exclamó Renny.

—Corred —aconsejó Doc.

Sin saber exactamente qué era lo que iba a ocurrir, pero temiendo adivinarlo, echaron a correr. Desde luego, la sirena había sido una señal, un aviso de algo que iba a pasar.

AL oírla, el vigía, pues eso seria, se había refugiado bajo su sombrilla.

Y llegó… Al principio creyeron que sentían calor porque corrían, pero no tardaron en darse cuenta que el sol brillaba de un modo increíble.

No sólo no podían mirarlo directamente, cosa que hacían fácilmente momentos antes, sino que no podían siquiera levantar la vista al cielo.

—¡Qué calor tan infernal! —dijo sombríamente Ham.

Corrían sin detenerse. El camino era malo; resbalaban y caían tan a menudo que estaban empapados del agua de nieve derretida que se hallaba en todos los hoyos y huecos del terreno.

Oyeron un tiro a sus espaldas, seguido de otro. Venían de lejos y las balas no llegaron en su dirección. El tiroteo aumentó en intensidad.

Doc se detuvo para escuchar.

—Algunos de sus prisioneros intentan escapar.

—Esto es distinto —gruñó Monk.

—Lo es.

Dejaron de correr y esperaron hasta darse cuenta, por el sonido, de la dirección de los tiros. A continuación echaron a andar en la misma.

Sudaban a mares. Sus parkas les molestaban y Monk se dispuso a quitarse la suya.

—Quédatela puesta —aconsejó Doc—. La ropa puede parar los rayos hasta cierto punto.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¿Crees que tienen una especie de máquina de rayos mortales?

—No —corrigió Doc—. Los rayos que sentimos vienen del sol.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el vozarrón de Renny—. ¿No querrás decir que algo extraño le pasa al sol?

Doc no contestó, pues en aquel preciso instante descubría la causa del tiroteo. Johnny, Long Tom, Thurston H. Wardhouse y Velma Crale huían en grupo compacto por el desierto antártico.

Derek Flammen y sus hombres los perseguían. Llevaban unas extrañas sombrillas como la del vigía, mientras los fugitivos carecían de ellas.

—Vamos a reunirnos con Long Tom y los demás —dijo Doc—. No tenemos nada que perder…

Cambiaron de rumbo. Un segundo después, los fugitivos les vieron y cambiaron el suyo. A los pocos momentos, los dos grupos se reunían.

Los perseguidores disparaban, pero a tontas y a locas, sin herir a nadie.

Estaban muy atrás, pero había que contar con la mala suerte que podía hacer que una bala hiriese a alguien de un momento a otro.

EL calor era horroroso.

Long Tom meneó los brazos y lanzó gritos de alegría al verles.

Thurston H. Wardhouse miró a Renny, atónito.

—¡Le creía muerto!

—Pues que yo sepa, no lo estoy —exclamó Renny.

—Hablé con Slagg —explicó Wardhouse—. Dijo que le habían matado a usted y que el resto de los prisioneros sufrirían la misma suerte, a menos de que hiciera lo que me mandaban sin resistirme. Pero decidimos escapar porque sospechábamos que nos matarían de todos modos.

—¿Por qué le diría eso Slagg?

—Para asustarme, pero le salió el tiro por la culata.

Doc intervino diciendo: —Lo mejor será callar y echar a correr.

Velma Crale añadió: —Sí… Podemos correr tan deprisa y más que esa banda.

Echaron todos a correr.

—¿Hasta dónde se extiende esta zona de calor, Wardhouse?

—¡A diez millas de distancia, maldito sea! —dijo Wardhouse.

Monk levantó el brazo al aire:

—No conseguiremos nunca correr diez millas. Oíd…

Todos se dieron cuenta de lo que quería señalarles… ¡Un aeroplano!

No era un aeroplano sino tres los que llegaban, a juzgar por el

zumbido múltiple de sus motores. Era imposible mirar arriba.

—¡No lo intentéis! —aconsejó Wardhouse—. Os dañaría la vista de un modo permanente. Cheaters Slagg tiene la vista estropeada por haber mirado el cielo. Por eso lleva lentes de color.

Doc dijo entonces: —Me parece que el calor es bastante fuerte ahora como para habernos vencido.

—Sí —contestó Thurston H. Wardhouse—. No pensaba que llegásemos tan lejos.

Mientras, los aeroplanos iban acercándose.

Doc preguntó:

—La penetración del espectro entero de los rayos cósmicos es acelerada por el uso de propulsores electromagnéticos que obran en su poder...

—Por los mismos aparatos que se hallaban a bordo del buque — asintió Thurston H. Wardhouse—. Los llevaron en avión al valle y yo los monté.

Los ojos de Monk le salían de las órbitas.

—¡Doc! ¿Tú sabes qué es este calor?

El hombre de bronce asintió con la cabeza.

—Explícate —pidió Monk—. Moriría feliz si comprendiese esto.

Doc se situó al lado del químico y le dijo: —Es del dominio público que la capa atmosférica que rodea la tierra, detiene gran parte de los rayos solares. Algunos de estos son inofensivos y otros capaces de producir la muerte o de herir gravemente el cuerpo humano.

—Lo sé —dijo Monk—. Se sabe que algunos de ellos son muy poderosos.

—Existe una teoría —siguió diciendo Doc,— según la cual esos rayos cósmicos son detenidos hasta cierto punto por la presencia de una condición electromagnética en la estratosfera. En otras palabras, un estrato de electrificación. Por ejemplo, las partículas de aire están hechas, según la teoría de Schroedinger, de átomos que a su vez consisten en esferas latentes de electricidad. Estas absorben o reflejan los rayos de luz. De todos modos, es cierto que muchos rayos de luz no pasan.

Monk parpadeó: —Entonces, esos sujetos han...

—Poseen un aparato que cambia las características de un sector limitado de la atmósfera sobre la tierra, para permitir la entrada, a

través de la misma, de los rayos cósmicos —concluyó Doc—. Este calor que sentimos es, en realidad, un bombardeo de rayos cósmicos.

—No veo cómo pueden hacerlo —dijo Monk, que tenía ciertos conocimientos de electricidad aplicada a la ciencia—. ¿Cuándo descubriste eso, Doc?

—En el dirigible, mientras volábamos hacia el Sur —explicó el hombre de bronce.

—Pero ¿quién ha perfeccionado el aparato? —quiso saber Monk.

Thurston H. Wardhouse, contestó. Respiraba fatigosamente y habló con voz entrecortada: —Yo… realizaba experimentos… para permitir a la luz pasar por la niebla… adelanto para la aviación…

Calló unos minutos, recobrando el aliento.

—Un día… hice funcionar el aparato… notando que la temperatura subía… Más adelante… fui a ver a Derek Flammen… Se presentaba como explorador y hombre de ciencia… creí que podría ayudarme, prestarme dinero… Lo hizo… Pero quiso el aparato para engendrar calor… Yo ignoraba con qué fin… Desarrollé el invento… Fui a Inglaterra para comprar material… Velma Crale me comunicó la verdad por cable… Quise separarme de Flammen y Slagg. Empezaron a matar gente… Detuvieron el transatlántico para apresarme… y aquí estamos…

Los tres aeroplanos bajaron del cielo. El rugido de sus motores quedó cubierto por fuertes explosiones espasmódicas. Las balas empezaron a azotar la tierra con violencia.

—¡Ametralladoras! —grit5 Ham.

—No creí… que me matarían —exclamó Wardhouse.

—¿Y por qué no? —preguntó Monk.

—No saben reparar el aparato… si se estropea —dijo Wardhouse.

El grupo de fugitivos no se tiró de bruces, aunque la idea parecía oportuna.

Ofrecían un blanco más pequeño cuando corrían y cualquier retraso les acercaría a la banda que les perseguía.

Con un aullido triple, los aeroplanos bajaron todavía más. Las ametralladoras escupieron fuego y los trenes de aterrizaje de los aparatos por poco rozaron a los fugitivos.

—¡Estamos indefensos! —rugió Renny, iracundo.

Tenía razón, pero todos se habían fijado en que ni una sola de las balas había pasado cerca de ellos y por un motivo que no tardó en ser aparente.

Uno de los aviones aterrizó a corta distancia de ellos, un poco a la izquierda.

La portezuela del camarote se abrió y la voz de Derek Flammen les gritó:

—¡Os vengo a hacer una oferta!

—Esperad —dijo rápidamente Doc Savage.

EL grupo se detuvo.

—¡Necesitamos a Wardhouse! —gritó Flammen—. ¡Entregaos y salvaréis la vida mientras Wardhouse haga lo que se le diga!

Hubo un breve silencio.

—Lo harán así —dijo amargamente Wardhouse—. Les he ocultado adrede algunos detalles del aparato y no pueden hacer nada sin mí. Además, en otras ocasiones han hecho lo que antes dijeron que harían.

—¡No me fío de ellos! —gruñó Monk.

—Nadie se fía —dijo Doc Savage—. Pero todo se reduce a saber si podemos escapar ahora. Se echa de ver que no es posible.

Monk gimió:

—Así, pues, es preciso entregarse...

—Desde luego —asintió Doc con toda serenidad.

EL hombre de bronce se volvió hacia el aeroplano.

—¡De acuerdo! —gritó.

—¡No os mováis hasta que la banda llegue! —gritó Flammen con evidente alegría.

La banda no tardó en llegar. Estaban fuera de sí, lanzaban ternos y durante un momento pareció como si iban a sonar algunos disparos; pero Flammen les calmó.

—Es preciso que tengamos a ese sujeto Wardhouse —dijo—. Podemos maniobrar el aparato, pero no sabremos componerlo si ocurren averías que son frecuentes.

Los prisioneros fueron metidos debajo de las extrañas sombrillas de metal y experimentaron un cambio notable. Los rayos cósmicos quedaban interceptados en una gran superficie.

Anduvieron hacia la cumbre de las colinas y la traspusieron. Renny, que sentía curiosidad por ver el valle, sufrió una honda

desilusión.

—¡Rayos y truenos! —rezongó—. No veo nada aquí que tenga valor alguno.

# CAPÍTULO XXI

### *LA MUERTE EN EL CIELO*

EL valle no tenía nada de particular. No era hondo, no tenía laderas escarpadas, no ofrecía a la vista ni peñascos ni nada inusual.

Era un sencillo valle que, antes de haber sido empleado el aparato que al concentrar ondas electromagnéticas en el cielo causaba la admisión de fuertes rayos cósmicos, debió estar más o menos lleno de nieve.

No toda la nieve habíase derretido. Únicamente parte de ella se había fundido, formando charcos en el fondo del valle.

En la ladera opuesta, en la altura, habían construido varias cabañas. Eran edificios ordinarios, con la excepción de los techos, que eran del metal reluciente que detenía los rayos cósmicos.

AL ver los techos —escudos, Monk estudió más detenidamente las sombrillas que llevaban sus enemigos, decidiendo que se trataba de una aleación de plomo con algún material brillante, posiblemente cromo o también un sencillo baño de plata como el de los espejos, con una capa de una substancia transparente y flexible, similar a la celofana.

El grupo llegó a las cabañas que se echaban de ver habían sido construida rápidamente. Cerca, se veían paredes de piedra y cemento, sin duda destinadas a transformarse en viviendas permanentes.

—No parece sino que esperan pasar bastante tiempo aquí —dijo Monk.

—Eso piensan —dijo Thurston H. Wardhouse—. Remover el valle es trabajo que durará años si se hace como es debido y esos hombres no se darán por satisfechos hasta tenerlo todo.

—¿Qué es lo que buscan? —preguntó Monk con gran curiosidad.

Cheaters Slagg se acercó con un rifle en las manos. Cogiéndolo por el cañón, lo dejó caer en la cabeza de Monk. Monk se desplomó debajo de la sombrilla, que le protegía mientras andaba, pero se levantó en el acto, meneando la cabeza.

—¡Maldición! —gruñó Slagg, asombrado al ver que el químico no quedaba tendido, privado de conocimiento.

—¡A mi no se me pone fuera de combase así como así! —gritó Monk, disponiéndose a luchar.

—Si te ponte tonto, grabarás esto —dijo Slagg, encarándole con su arma.

—¡Cálmate, Monk! —dijo Doc Savage y Monk depuso su actitud belicosa.

Se detuvieron delante de las cabañas. Derek Flammen se acercó y se rascó la barbilla con indecisión.

—¡Más vale que sirvan de algo! —dijo.

Ataron los prisioneros juntos con una cuerda fuerte que corría de cuello en cuello. Les dieron sombrillas y les mandaron traer piedras adecuadas para reunirlas con cemento para levantar las paredes de las casas.

Les pegaban cada vez que intentaban hablar y callaron.

Trabajaron diez horas, al cabo de las cuales, parecían exhaustos. Sus manos sangraban.

—Estáis domados, ¿no? —les preguntó Cheaters Slagg, sonriendo.

Cheaters miró a Doc Savage. El hombre de bronce parecía tan agotado como sus compañeros.

Hicieron entrar a los prisioneros en una de las cabañas, los cachearon y un guardia se situó en la entrada.

La cabaña estaba abierta y el viento que soplaba con mucha fuerza, silbaba en las aberturas. El suelo era fangoso, pues la humedad de la nieve y del hielo salía de la tierra.

Los prisioneros estaban de pie a lo largo de las paredes, cabeceando, pero bastante fuertes todavía para no dejarse caer en el barro.

Desde fuera, se veían sus rostros demudados.

—Empiezan a desear, sin duda, no haber metido las narices en esto —dijo Cheaters Slagg, riendo desde lejos.

Derek Flammen asintió con la cabeza y cogió a Slagg por el

codo.

—¡Quiero hablarte!

—¿Eh?

—En particular.

Dieron unos pasos, apartándose con el fin de que los prisioneros no pudiesen oírles.

—Guardarlos aquí va a ocasionarnos un sinfín de molestias —dijo Derek Flammen, con una expresión de sátiro en su rostro de caballo.

—¡Eh, eh! —contestó Cheaters, comprendiendo que iba a decirle algo interesante.

—El hombre de bronce encontrará la manera de escapar si lo tenemos aquí —siguió diciendo Flammen—. Es un sujeto muy notable a su manera.

—¡Eh, eh!

—Si pudiéramos hacer creer a Wardhouse que viven, nos desharíamos de ellos.

—¡Eh, eh!

—¿No sabes decir otra cosa?

—Claro, pero ¿cómo hacerlo?

—Pretendiendo enviarles al buque por aeroplano y pegarles cuatro tiros una vez que estén lejos de este valle.

—¿Y cómo engañar a Wardhouse?

—Le diremos que establezca un código secreto entre los hombres de Doc Savage y él, para que puedan enviarle un mensaje por radio a intervalos diciéndole que siguen vivos. Una palabra en código dará a comprender si siguen vivos o muertos.

—¿Sí?

—Sí, pero les obligaremos a revelárnosla y la usaremos para tranquilizar a Wardhouse.

—¡Es una idea luminosa! —exclamó Slagg.

—Deslumbrante —rió Derek Flammen.

Se separaron y se alejaron, cada cual bajo su sombrilla.

Doc Savage, de pie en la cabaña, veía de lejos a los dos cómplices y llenó de aire su enorme pecho.

—Completan nuestra muerte —dijo.

—¡Eh! —exclamó Monk—. ¿Cómo lo sabes?

—Slagg y Flammen acaban de conferenciar.

—Pero ¿cómo? —exclamó Monk—. Estaban lejos de aquí.

—Pero no demasiado para poder leer lo que decían en sus labios.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró Johnny, que había estado muy callado hasta entonces.

El tiempo transcurrió sin que los prisioneros presenciaran preparativos algunos para un vuelo precursor de su muerte.

—¡Desde luego, no voy a permitir que os alejen de mí! —gruñó Wardhouse.

—¿Cuánto tiempo cree poder imponer su voluntad? —le preguntó Monk.

—Bastante tiempo —contestó con confianza Wardhouse—. No arreglo nada en su presencia.

EL guardia que estaba en la puerta hizo una mueca.

—¿Qué hay en este valle? —preguntó Monk.

El guardia exclamó: —Todos de cara a la pared y el primero que diga una palabra se ganará un porrazo en la sesera.

Más tarde —el día antártico era largo, Slagg y Flammen vinieron a exponer a los prisioneros su plan para llevarlos al Tío Penguino, donde, según ellos, estarían mejor alojados.

Doc Savage les repitió casi textualmente su anterior conversación y se alejaron mirándose con una expresión rara.

Cuando se hubieron ido, la muchacha tomó la palabra, explicando su odisea con el dirigible. Los enemigos descubrieron la presencia del dirigible y los aeroplanos se lanzaron al ataque.

—La maniobra no me era bastante familiar para que pudiera hacer gran cosa —concluyó.

El guardia la hizo callar.

Slagg y Flammen volvieron, dieron unas breves órdenes y los prisioneros fueron separados y encerrados en cabañas distintas.

—Esto evitará cualquier complot —explicó Flammen.

Encerraron a Doc en la cabaña más fuerte y dos hombres fueron apostados delante de la puerta.

A intervalos traían a Wardhouse delante de las cabañas para que constatara que los prisioneros seguían vivos. Era evidente que él insistía para que se lo permitieran.

El tiempo pasaba. Los hombres trabajaban con ahínco, cavando, usando martillos y sierras.

Construyeron una presa en el valle, una presa de reducidas dimensiones.

Cerca de la misma, levantaron una bomba de gasolina a presión, a la que fijaron una manguera larguísima.

Doc presenciaba estos preparativos desde su cárcel. No le hicieron trabajar así como tampoco a sus compañeros. Sin duda, sus enemigos lo juzgaban peligroso.

Llegó una ocasión en que Wardhouse, al hacer su ronda, acompañado de un guardia, para ver si los prisioneros seguían vivos, habló a Doc Savage.

Se limitó a formar las palabras con los labios, sabiendo que el hombre de bronce le comprendería.

—Malas noticias —dijo Wardhouse—. Se han ocultado en la cabaña donde está la maquinaria y me han visto ajustar el aparato. Yo lo ignoraba. Creo que ahora sabrán ajustarlo por sí solos.

—¿Está seguro? —preguntó Doc Savage.

—Sí —contestó Wardhouse con los labios—. Es probable que lo intentarán un día o dos para asegurarse que no se equivocan. Luego nos liquidarán.

Al día siguiente, Wardhouse no vino, ni tampoco se presentó al otro. Doc Savage permaneció en el fondo de su cabaña. Se daba cuenta que Wardhouse había acertado. Flammen y Slagg estaban haciendo ensayos y no tardarían en obrar.

Desde el sitio que ocupaba, el hombre de bronce veía, por la puerta abierta, a los dos únicos miembros de su grupo que disfrutaban de libertad.

Esos eran Habeas Corpus, el marrano y Química, el simio, favorito de Ham.

Habeas y Química eran, sin duda, notablemente inteligentes o los rayos cósmicos les debieron causar bastante daño para que comprendieran lo que tenían que hacer.

Fuese como fuese, ambos animales permanecían casi continuamente a cubierto.

Sin moverse de donde estaba, Doc Savage empezó a emitir sonidos extraños.

Esos sonidos consistían en una combinación de cacareos y gorgoteos, bastante difíciles da reproducir. En conjunto, no resultaban faltos de armonía, pero para la generalidad de los

hombres, no habrían tenido sentido alguno.

Únicamente unos cuantos arqueólogos eruditos habrían reconocido que esos sonidos guturales eran el idioma maya.

Doc hablaba maya para comunicar secretamente con sus hombres. No le cabía duda que éstos le oirían y le comprenderían.

AL cabo de unos instantes, cambió de tono y éste se hizo zalamero como si les suplicara algo.

A continuación, Doc calló.

Los dos guardias de la puerta miraban al interior con el fusil en la mano.

Doc empezó a hacer gestos extraños con las manos e inició un baile que consistía en doblar levemente el busto y enderezarlo, repitiendo muchas veces el gesto.

—¡Se ha vuelto loco! —murmuró uno de los guardias.

—Si —asintió el otro—. ¿Qué haremos? ¿Pegarle un tiro?

—Llama a Flammen —aconsejó el primero.

No llamaron a Flammen y en vez de eso, ambos lanzaron gritos agudos y dieron saltos al aire.

Es dudoso que supieron nunca lo que les ocurrió, pues Doc Savage les cayó encima con la rapidez del rayo. No perdió un segundo.

Había llegado su oportunidad, la última, la más desesperada y la aprovechaba, porque no le quedaba otra alternativa. Era eso o esperar la muerte.

Doc asestó un puñetazo al primero de los guardias. Hasta la fecha ningún ser humano pudo resistir el impacto de sus tremendos nudillos. El guardia se desplomó. Su compañero disparó una vez al cielo y enseguida levantó los brazos locamente, intentando aflojar la terrible presión que ejercían sobre su cuello. Al cabo de unos segundos, quedó inerte y paralizado por la presión de los dedos de Doc, ejercida sobre ciertos centros nerviosos.

Doc lo dejó caer al suelo.

Habeas Corpus y Química se hicieron atrás. Ambos animales eran responsables del susto de que habían sido víctimas los guardias.

Monk y Ham habían empleado largas horas enseñando a sus respectivos favoritos a obedecer a ciertas órdenes dadas en idioma maya.

# CAPÍTULO XXII

## *DESBARAJUSTE GENERAL*

DOC Savage estaba corriendo. No gritaba y corría doblado sobre sí, dedicando toda su energía a aumentar la velocidad de su carrera. Los demás prisioneros debieron oír lo que dijo previamente en maya.

Les habían comunicado lo que pensaba intentar, aconsejándoles derivar la atención de sus enemigos si les era posible.

Doc sabía dónde se encontraba la cabaña en la cual Renny estaba encerrado.

Miró en su dirección y vió que el guardia se disponía a disparar sobre él.

EL hombre de bronce llevaba consigo una pistola que había pertenecido a uno de los guardias. Blandió el arma,...

El hecho de que no llevaba nunca armas de fuego, no quería decir que fuese mal tirador. Había invertido más horas practicando su puntería que una mecanógrafa intentando perfeccionar el uso de la máquina de escribir.

Apretó el gatillo, alcanzó el guardia en la pierna izquierda y el hombre cayó gritando. Renny salió y le redujo al silencio con un formidable puñetazo.

Se oían varios disparos y las balas convergían hacia el hombre de bronce.

Este se movía de un lado a otro.

La maquinaria que proyectaba las ondas magnéticas al cielo, se hallaba al otro lado de una pequeña loma. Doc subió hasta la cumbre, divisó el edificio y se le acercó.

Era circular y tenía un techo móvil que podía correrse en su sitio en caso de tormenta. La alteración de la temperatura normal en la

región ocasionaba, sin duda, tempestades y de ahí la precaución y la fuerte construcción del edificio de la maquinaria.

Un motor a gasolina provisto de gran número de cilindros, giraba rápidamente en el interior del edificio.

Doc llegó a la puerta que era baja y cuadrada y se metió en el interior. Dos hombres se le enfrentaron, portadores de fusiles. Eran guardias que, sin duda, no habían oído el tiroteo debido al ruido que hacían el motor de gasolina y las dínamos.

Doc tiró su pistola y tocó a uno de los guardias, dejándole sin aliento.

El segundo guardia que luchaba con su arma, sin poder quitarle el seguro, intentó batirse en retirada..

No hizo más que un paso atrás antes que un puño metálico le alcanzase en la mandíbula. El hombre cayó y perdió el arma, pero no perdió el conocimiento, puesto que el golpe había sido ligero.

Se levantó y echó a correr. Doc le persiguió, pero vió algo y desvió a la derecha.

Derek Flammen y Cheaters Slagg llegaban acompañados de Thurston H. Wardhouse. Flammen y Slagg iban armados y empezaron a disparar.

Dando un salto a la derecha, Doc Savage se ocultó detrás de la dínamo.

—¡Ve a la derecha! —gritó Flammen.

—O. K., jefe! —contestó Slagg.

Se oyeron pisadas rápidas detrás del edificio, Doc notó una leve vibración en el suelo, además del temblor engendrado por la dínamo.

De pronto, Slagg empezó a blasfemar.

—¿Qué pasa? —aulló Flammen.

—¡Mis lentes! —chilló Slagg—. Ese maldito Wardhouse me las ha arrancado y la luz me hace daño en los ojos hasta el punto que no veo…

Un golpe cortó su queja.

Doc alcanzó una caja de metal que estaba a su lado y la vació. Contenía herramientas… Se apoderó de un martillo con la mano derecha y de una llave inglesa, de unos alicates y de un formón en la izquierda.

Eran las herramientas más pesadas que había en la caja.

Tiró el martillo a la cabeza de Flammen tan pronto como le vió. Flammen era ágil y estaba ojo avizor. Esquivó el golpe y simultáneamente disparó, pero la bala se perdió.

Quiso volver a disparar y Doc le tiró los alicates que esquivó igualmente, aunque no pudo esquivar la llave inglesa que le tocó en el hombro y le hizo soltar el revólver.

Flammen dio media vuelta y echó a correr.

Wardhouse y Slagg daban tumbos en el suelo como gato y perro. Flammen se paró para dar una patada a Wardhouse en la cabeza y Wardhouse cayó inerte.

Flammen recogió a Slagg y corrió con él hasta una puerta trasera por la cual salió.

Tan pronto como Flammen y Slagg hubieron salido, las balas empezaron a entrar.

Doc Savage se hizo a un lado, alcanzó la puerta sin ser herido y la cerró de golpe. A continuación, miró en torno suyo.

Las paredes habían sido hechas a prueba de balas y para resistir a los elementos. Esta circunstancia favorecía en la actualidad a Doc.

Doc se acercó a Wardhouse. Este tenía una herida de bala en el muslo.

Debió ser herido mientras yacía sin conocimiento por uno de los proyectiles que penetró por la puerta, aunque la sangre no manaba peligrosamente de su pierna.

Doc se irguió y lanzó una ojeada a su alrededor. Era la primera vez que veía el aparato. Este era aproximadamente lo que esperaba.

Las ondas eran creadas, desde luego, por el aparato, que no difería mucho en aspecto del mecanismo de una poderosa emisora de radio.

Había incluso una antena, pero de forma distinta, colgada sobre el aparato.

Se parecía a una gran telaraña de barras de cobre.

Había lámparas, numerosos hilos condensadores y tableros negros que soportaban contadores de oscilantes agujas.

Doc recogió las armas que el cuarteto vencido había dejado caer y se acercó a la puerta.

Sus ayudantes luchaban para abrirse camino hasta la instalación proyectora de ondas.

Todos habían logrado escapar de sus cabañas en las que se les

retenía prisioneros.

Doc Savage vació uno tras otro todos los revólveres, disparando lentamente y con eficacia. Su puntería era notable. No infligía heridas que, con cuidados normales, pudiesen ser peligrosas.

Desconocía las armas que empleaba y todas eran distintas, pero tan sólo dos veces erró el tiro y eso porque a dos de los revólveres les faltaba la guía.

Sus disparos hicieron efecto y sus amigos no tardaron en llegar.

—¡Maldición! —exclamó Monk—. Aquí estamos, pero ¿qué sacaremos con ello?

No esperó una contestación y, agarrando su marrano, Habeas, por una oreja, le sacudió como prueba de cariño.

Thurston H. Wardhouse volvió en sí e intentó ponerse de pie. Gimió fuertemente, se apretó la herida y volvió a dejarse caer en el húmedo suelo.

Doc Savage se le acercó: —El proyector no está funcionando con la máxima fuerza, ¿verdad?

Wardhouse parpadeó, mirando los contadores: —No.

—Si se le da toda la fuerza ¿habrá mucha diferencia? —preguntó Doc—. ¿Hará que la mayor cantidad de rayos cósmicos penetren en la atmósfera?

—Muchos más.

Renny exclamó: —¡Rayos y truenos! ¡Ven aquí, Doc!

Renny estaba mirando por la puerta y Doc se le reunió.

—Mira —dijo Renny.

Desde donde estaban veían el valle y en éste una excavación bastante considerable. Unas largas mangueras la cruzaban y habían construido allí varios depósitos.

—Ahora comprendo —añadió Renny—. Era de la única manera que podían apoderarse del género. Les habría costado demasiado llevarlo por aeroplano a la costa antes de extraerlo. Era preciso que tuviesen agua para trabajar en los yacimientos y ésta está helada todo el año en esta región, de manera que es probable que no había agua hasta que montaron ese aparato que engendra calor.

Monk se acercó y miró: —¡Una mina! ¡Trabajan en un yacimiento arenoso con fuerza hidráulica y presas!

Renny llamó: —¡Wardhouse!

—¿Sí?

—¿Qué extraen esos pájaros?

—Platino —contestó Wardhouse—. Hay oro también. ¿No lo sabíais?

—No —contestó Renny—. Pero me parece recordar que deseaba saberlo.

Wardhouse iba a contestar, pero en vez de eso, prestó el oído.

Derek Flammen, estaba gritando.

—Tenemos bombas en los aeroplanos. ¡Salid de ahí u os haremos saltar al infierno!

La amenaza era brutal y concreta.

Monk murmuró: —Tal vez podremos tumbar sus aeroplanos...

—No seas tonto —le dijo secamente Ham—. Es imposible hacerlo con rifles y más tratándose de tres aeroplanos.

Flammen gritó desde fuera: —No voy a esperar aquí mucho tiempo. ¿Sí o no?

Doc Savage se acercó rápidamente a Wardhouse.

—Le sostendré. Ayúdeme a aumentar la radiación del aparato.

Wardhouse crujió los dientes mientras Doc lo sostenía y empezó a manipular botones y palancas.

EL ruido de la dínamo aumentó en intensidad al abrirse completamente el gollete. Las agujas indicadoras se inclinaron hasta los sectores rojos que marcaban un exceso de presión.

Doc Savage ayudó a Wardhouse, manipulando él también los controles.

—¡Caramba! —exclamó Wardhouse—. ¡Parece conocer el funcionamiento de este aparato!

Doc contestó: —He hecho experimentos de este género en otras ocasiones. ¿Cuánto tiempo lo ha experimentado usted con este sistema?

—Unos meses. ¿Por qué?

—A menos de que me equivoque —le dijo Doc,— todos los que quedan expuestos a esos rayos sufren quemaduras que no son aparentes al principio, pero salen después, por el estilo de algunos tipos de envenenamientos por radio y requieren tratamiento.

—Temí esto —admitió Wardhouse—. Quería experimentar más detenidamente, pero Flammen y Slagg no dejaban de acosarme.

Flammen gritó desde fuera.

—¿Qué decís ahí dentro? ¡No queremos echar a perder el

aparato para deshacernos de vosotros, pero lo haremos sin reparos si es preciso!

Doc Savage se situó cerca de la puerta, teniendo cuidado de permanecer debajo de los escudos que cubrían parte del local que contenía el aparato.

Sus enemigos empezaban a sufrir molestias bajo sus sombrillas. Se retorcían y muchos se habían puesto el brazo sobre los ojos.

Un verdadero bombardeo de rayos cósmicos iba llegando y no tardaría en ser seguido de otros.

Doc levantó la poderosa voz para que todos le oyeran desde fuera.

—Tenéis media hora de vida —dijo—. El aparato está funcionando con toda la potencia...

Flammen aulló: —¡No podéis hacer eso!

Su protesta arrancó una risa a Monk.

—¡Me gustaría saber por qué no! —gritó a Flammen.

Doc Savage se retiró y agarró la primera hoja de una pila de metal —escudo que se hallaba en un extremo del edificio.

—Ayudadme —pidió—. Es preciso que preparemos abrigos más fuertes para nosotros.

Todos acudieron. Empezaban a sentir la necesidad de los escudos protectores: La cabeza les dolía, los ojos les escocían y tenían la piel seca y caliente.

Fuera, Derek Flammen empezó a gritan frenéticamente, dando órdenes.

—¡Subid en avión! ¡Bombardearlos antes de que los rayos cósmicos nos hagan caer!

En el interior del edificio, los sitiados no paraban, preparándose gruesos escudos debajo de los cuales se acurrucaban.

Renny exclamó: —No entiendo eso de que los rayos cósmicos aumenten gradualmente. Son rayos de luz ¿no? ¿Y acaso la luz no viaja a ciento ochenta y seis mil millas por minuto o algo por el estilo?

Wardhouse se mordía los labios de dolor. —El aumento gradual es una sensación engañadora.— dijo penosamente —. El bombardeo de rayos cósmicos ocurre casi instantáneamente después de empezar a funcionar el aparato. Pero es preciso un momento para que el aire se caliente. Y cuando llegan, los rayos cósmicos no

derriban instantáneamente a una persona, al contrario, su efecto es acumulativo y obra con el tiempo, como las quemaduras del sol. Una leve exposición no es necesariamente mortal.

Llegó a sus oídos el ruido de un motor de aeroplano. Fue un aviso breve y un cambio en la calidad del sonido indicó que el aparato había despegado.

—¡El rifle! —exclamó Doc Savage, con voz breve.

Le alargaron el rifle, el único que tenían. Doc se colocó sobre la dinamo, sitio ventajoso desde el cual veía, llegar el avión.

—Pero no puedes apuntar acertadamente con esos rayos cósmicos —gimió Monk—. ¡Son cegadores!

Doc llamó a Wardhouse: —Cierre la corriente tan pronto como mueva el brazo.

Wardhouse asintió y se colocó delante de los mandos.

Doc esperó. No veía el aeroplano… era imposible ver nada y la vista dolía atrozmente al mirar el cielo.

Tuvo que basarse en el ruido del motor para juzgar de la distancia a la cual estaría el aeroplano y finalmente movió el brazo.

Wardhouse cerró el contacto. Instantáneamente fue posible ver, con lo cual quedó probado que los rayos cósmicos dejaban de penetrar tan pronto como el aparato no funcionaba.

Doc apuntó y disparó. Nada ocurrió. El aeroplano estaba desagradablemente cerca. Volvió a disparar una y otra vez.

El motor del aeroplano se paró.

Lo que ocurrió entonces no habría pasado si el piloto del aeroplano no se hubiera apresurado tanto a tratar de salvar el pellejo.

Hizo una evolución brusca, creyendo tal vez que el motor se había parado por si solo y queriendo regresar al campo de aterrizaje, mientras le quedaba fuerza impulsadora.

Entonces, Wardhouse volvió a dar la corriente.

Doc Savage, que miraba el aeroplano, lanzó una exclamación involuntaria y se tapó los ojos cuando el terrible brillo de los rayos cósmicos le hirió las pupilas.

Se alejó de un salto de la dínamo y tomó refugio bajo el escudo que había erigido.

Los rayos cegadores fueron la pérdida del piloto. Cegado, no veía lo que hacia.

Realizó una falsa maniobra después de la media vuelta que dio, perdió el dominio del aparato y cayó en barrena. Se desplomó en el valle y saltó en medio de una nube de humo y llamas. Los explosivos de que el aparato estaba cargado, saltaron bajo el impacto. La tierra tembló y los restos del aeroplano cayeron al cabo de un momento sobre la vasta extensión de terreno.

# CAPÍTULO XXIII

### *A CARA Y CRUZ*

AL cabo de unos minutos, los hombres de Flammen llamaron a Doc y a sus amigos. Estaban asustados y deseaban entregarse.

Temían subir a los dos aeroplanos restantes, pues no veían. La luz era cegadora y los ojos no lograban acostumbrarse a la misma.

Sabían que no podrían escapar ilesos.

—¡Enviadnos a Derek Flammen y a Cheaters Slagg solos! —ordenó Doc.

—No podemos —le contestaron.

—¿Por qué?

—Estaban en el aeroplano que cayó.

Doc Savage miró hacia el lugar donde el avión se había desplomado. Era dudoso que pudiesen siquiera identificar los restos de Cheaters Slagg y de Derek Flammen.

Dejó que los hombres se entregaran.

Más tarde, voló en aeroplano hasta la barrera de hielo, alcanzó el Tío Penguino y aterrorizó a los tres hombres que estaban a bordo, amenazándoles con bombardearles. Se rindieron sin resistencia.

El traslado de la banda de Flammen al buque donde quedarían encerrados y llevados al Norte para transformarse en huéspedes de la notable institución de Doc Savage para la cura de criminales en el Estado de Nueva York, fue largo.

Renny pilotaba uno de los aeroplanos, mientras Monk y Ham se encargaban del otro.

Doc Savage examinó y realizó pruebas en las minas de platino y oro. Hacía tiempo que Slagg y Flammen habían dicho que se harían millonarios y no se habían equivocado.

Doc sugirió un reparto, tanto a la muchacha Velma Crale, tanto

a Thurston H. Wardhouse, cuyo genio inventivo había sido tan maltratado y el resto, es decir, la parte del león, para ser puesto al crédito de una obra internacional de caridad, conocida por el bien que hacia.

Velma Crale rehusó su parte.

—No tendría la conciencia tranquila —dijo.

Ahora que había, perdido todo deseo de enriquecerse con las minas del Antártico, la muchacha resultaba de trato sumamente agradable.

Era inteligente, graciosa. Era de sospechar que intentaba hechizar a Doc Savage, pero Doc era inmune, por lo menos a juzgar por las apariencias.

Hacía mucho tiempo que decidiera la necesidad de que no hubiera complicaciones femeninas en su existencia. Esas habrían sido demasiado peligrosas y sus enemigos le habrían herido en la persona amada.

Doc dedicó tiempo a realizar experimentos con el aparato de radiación inventado por Wardhouse.

Este era, según Doc descubrió, uno de los hombres de ciencia más prominentes de nuestra época y el hombre de bronce decidió ayudarle en sus experimentos, después de que Wardhouse, imitando a Velma Crale, rehusó la parte que le ofrecían de los beneficios derivados de la extracción del platino.

Se dieron cuenta de algo respecto al aparato de radiación; era peligroso de un modo inesperado y traidor o mejor dicho, lo eran los rayos cósmicos; pero no se dieron cuenta de ello, sino semanas después, cuando empezaron a sufrir a consecuencia de quemaduras dolorosas, pero, afortunadamente de fácil curación.

Para emplear el calor, era preciso que no hubiese nadie cerca del aparato y que los obreros trabajaran de lejos.

Eso limitaba el uso del aparato al verano, cuando el agua necesaria para extraer el platino no se helaba demasiado pronto después de cesar el funcionamiento del aparato para permitir a los obreros volver al lugar de la extracción.

Pero fueron precisos meses para ajustarlo todo y cuando se preparaban para abandonar el valle del platino del continente Antártico, Monk y Ham tuvieron una de sus siempre renovadas querellas.

Esta fue distinta en eso de que acabó de un modo inesperado.

La pelea empezó con motivo de decidir quién volaría con la atractiva Velma Crale hasta el Tío Penguino. Fue calurosa y finalmente, Monk tuvo una idea.

—¡A cara o cruz! —dijo, sacándose del bolsillo la moneda que tenía, según se sabe, cruz en ambos lados.

—¡O. K.! —dijo Ham.

Monk tiró la moneda al aire.

—¡Cara! —dijo Ham.

—¡Gano yo! —dijo Monk, riendo y se alejó volviendo a meterse la moneda en el bolsillo.

Lo tenía agujereado y la moneda cayó al suelo. Ham la recogió y la examinó con atención.

A continuación, agarró una llave inglesa, la envolvió con su bufanda, se acercó tranquilamente a Monk y le dejó fríamente tendido en el suelo.

—¡Una cara nueva, eso es lo que te voy a hacer cuando despiertes! —dijo el abogado al dormido Monk.

En todo el país iban a hablar del “Día de la Resurrección", pues tras años de experimentos, Doc Savage acababa de descubrir el modo de infundir nueva vida a los muertos.

No podía resucitar más que a una sola persona.

¡Al público le tocaba decidir! ¿Sería un gran hombre de ciencia? ¿Un jefe político? ¿Un predicador famoso? ¿Un industrial de renombre?

Se trata de una historia asombrosa y desconcertante.

¿Quién resucitará en "El Día de la Resurrección", y qué ocurrirá a raíz de ello?

**FIN**

Título original: *The South Pole Terror*